

Una Realidad más amplia

Historias desde
la periferia bicultural

Editado por Libia Brenda

Cuentos de Gabriela Damián, José Luis Zárate, Verónica Murguía,
David Bowles, Raquel Castro, Alberto Chimal, Julia Ríos,
¡y muchos más! ¡Trae un cómic en las páginas centrales!

**UNA REALIDAD MÁS AMPLIA
HISTORIAS DESDE LA PERIFERIA BICULTURAL**

**A LARGER REALITY
SPECULATIVE FICTION FROM
THE BICULTURAL MARGINS**



UNA REALIDAD MÁS AMPLIA

HISTORIAS DESDE LA PERIFERIA BICULTURAL

DAVID BOWLES / LIBIA BRENDA
RAQUEL CASTRO / FELECIA CATON GARCIA
ANDREA CHAPELA / ALBERTO CHIMAL
GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE
ANGELA LUJAN / JULIA RIOS / PEPE ROJO
ILIANA VARGAS / JOSÉLUIS ZÁRATE / RICHARD ZELA

EDICIÓN: LIBIA BRENDA



ESTE EBOOK ES DE DISTRIBUCIÓN LIBRE Y GRATUITA.

Una realidad más amplia



Cúmulo de Tesla

El contenido de este libro es gratuito y no se puede usar para fines comerciales.

Por los textos, imágenes y traducciones: José Luis Zárate Herrera, David Bowles, Julia Rios, Felecia Caton Garcia, Iliana Vargas, Angela Lujan, Raquel Castro Maldonado, Pepe Rojo, Mauricio Alberto Martínez Chimal, Gabriela Damián Miravete, Andrea de Lourdes Chapela Saavedra, Libia Brenda Castro Rojano, Richard Zela, John Picacio, Joey Whitfield, Adrian Demopulos, Megan Berkobien, Patricia Coral, Ruth Clarke, Jesse Ward, Kelsi Vanada

Edición:

2018, Cúmulo de Tesla

<https://medium.com/@cumulodetesla>

Imagen de portada: John Picacio

Edición y coordinación editorial: Libia Brenda Castro Rojano

Lectura de planas: Ariadne Ortega González

Diseño de portada: Pablo Defendini

Formación: Ana Paula Dávila

Rizoma

Libia Brenda Castro Rojano y Richard Zela

Historia: Libia Brenda y Richard Zela, (basada en una idea original de Libia Brenda)

Ilustraciones: Richard Zela

Editado en México, agosto de 2018



ÍNDICE

PRÓLOGO	6
AGRADECIMIENTOS	9
VALLAS José Luis Zárate	11
AZTLÁN LIBERADO David Bowles	20
UNA VERDAD UNIVERSALMENTE RECONOCIDA Julia Rios	26
MATACHÍN Felecia Caton Garcia	33
KAN/TRAHC Iliana Vargas	41

LA CARPETA Angela Lujan	47
ROSAS DE LA INFANCIA Raquel Castro	54
DISPARA Pepe Rojo	57
AQUÍ SÍ SE ENTIENDE TODO Alberto Chimal	61
LA MÚSICA Y LOS PÉTALOS Gabriela Damián Miravete	66
EL AIRE LIMPIO OLERÁ A ALBARICOQUE PLATEADO Andrea Chapela	76
RIZOMA Libia Brenda / Richard Zela	82



PRÓLOGO

Me quebré la cabeza toda una semana para hacer un texto que pareciera un prólogo y no fuera ni demasiado personal ni demasiado subjetivo, porque tenía el prejuicio de que un prólogo que se respete “debe ser” literario, serio y formal. Pues no, voy a hacer exactamente lo que estuve evitando toda una semana, porque es lo que me sale más natural. Tengo cuatro páginas literarias, serias y formales y no las quiero leer ni yo. (El texto que sigue por lo menos me interesa a mí, porque es la más pura verdad.) Todo empezó con unos mensajes privados y unos correos que decían: “¿Y si hacemos un libro con nuestros cuentos?”. Las respuestas abarcaron del: “¡Sí, qué buena idea!, ¿en qué te puedo ayudar?”, al silencio absoluto, pasando por algunos: “Uy, no puedo hacer nada por ti, pero buena suerte”. Luego la cosa escaló cuando una dijo: “¿Y si se hace bilingüe?”, y otro: “Puede ser un flipbook”. Así que empecé a pedir cuentos, podrían estar publicados con anterioridad y escritos en español o inglés (de preferencia, ya traducidos a una de las dos lenguas). El resultado: doce cuentos y un cómic en inglés y en español; muchos inéditos, escritos o traducidos por primera vez para esta antología.

Siempre que alguien me pregunta a qué me dedico (y quieren decir en qué trabajo), me gusta responder que hago libros. Hacer libros no es, como sí es la escritura, una labor de concentración, soledad, tallereo, cuidado de las palabras y silencio. Para esta antología en particular colaboró un equipo de veintisiete personas, contando autorxs y traductorxs, y hacerlo fue una labor colaborativa de voluntad, diálogo, paciencia, mucha caféina, generosidad, locura, cientos de correos (sí, cientos), solidaridad, fuerza bruta, crea-

tividad, largas horas de trabajo y auténtico talento. En el proceso fue fundamental que toda la gente involucrada estuviera bien dispuesta y lo hiciera sin esperar dinero ni nada a cambio (la campaña de Kickstarter vino mucho después); y, sobre todo, que siempre mantuviéramos el ánimo arriba.*

Estas trece historias son de gente mexicana y méxicoamericana, y nos inspiramos en la Mexicanx Initiative de John Picacio, quien decidió que la Worldcon haría bien en recibir a cincuenta de nosotrxs para que estableciéramos un diálogo bicultural, internacional y, sobre todo, amistoso: ese es el mismo espíritu que animó la ejecución de este volumen. Otro de sus objetivos es que ayude a que se conozca más y mejor la labor creativa de quienes estamos en sus páginas. Estos cuentos son de una calidad tan alta que apostarí a un dinero de mi propia bolsa a que vamos a tener que reimprimir el tiraje: en estas historias hay horror, superhéroes, fantasmas, weird fiction, humor, fantasía, personajes queer, viajes en el tiempo, trucos de magia, zombis, un cómic, cholos y ciencia ficción; es decir, son historias de literatura de la imaginación.

Y a propósito de imaginación, en el discurso de aceptación del National Book Award de 2014, Ursula K. Le Guin habló de resistencia y de cambio.** Dijo que se avecinaban tiempos difíciles y sería necesaria gente que recordara la libertad: “Poetas, visionarixs: realistas de una realidad más amplia”. Bueno, si este libro tiene un valor además del literario, que ya es enorme, es que fue hecho fuera del esquema capitalista: no se vende, el ebook se va a liberar en septiembre y se podrá leer de manera gratuita en todo el mundo, no está pensado para perseguir una ganancia ni para que a nadie se le considere importante o con más valor que a alguien más.

Por todo lo que digo en los párrafos previos, este proyecto es el resultado del trabajo colectivo y es una gran felicidad haberlo hecho y haber trabajado con todas esas personas. Que sirva este libro para que nos conozcamos entre nosotros, desde al menos dos países, para que nos conozcan más lectores; este es un puente para transitar en dos sentidos, una puerta para que podamos entrar y salir sin tocar; es también una muestra de nuestro trabajo, es el resultado de un profundo acto de amor. Este libro es una pieza (pequeña, modesta, una de muchas en el mundo) que puede usarse para construir la libertad que queremos.

LIBIA BRENDA

*Nota para la edición digital: esta versión del libro no incluye el cuento de nuestra querida Verónica Murguía. Pero si quieren leerlo en español, pueden comprar esta antología en su versión digital: *Atrapadas en la escuela* (ant.), Selector (la venden la tienda más grandes de ebooks y de libros en papel y la tienda más grande de computadoras, teléfonos y música, con una fruta en el logo).

**Si no lo han visto, les recomiendo encarecidamente que antes de empezar a leer vayan y vean este video: <<https://www.youtube.com/watch?v=Et9Nf-rsALk>>, de ahí salió, entre otras inspiraciones, el título de esta antología.



AGRADECIMIENTOS

Este libro, tan compacto y ordenado, tan bonito, fue el resultado de una idea loca. Mucha gente solidaria, además de lxs escritorxs, decidió sumarse y el resultado es esta antología. Tantas personas locas y entusiastas no pueden quedarse sin recibir un sonoro “gracias” (y, en algunos casos, varios) por su labor impagable que además hicieron en tiempo récord:

A Andrea Chapela, Ana Paula Dávila, Ariadne Ortega y David Bowles: ustedes fueron las primeras (ni modo, David, si son mayoría se va en femenino :)) en unirse al equipo y ofrecer apoyo, hicieron incluso demasiado: sin ustedes, el tiempo que le dedicaron y su trabajo impecable este libro no existiría. David Bowles también tradujo al inglés el prólogo, los agradecimientos y parte del cómic; lo hizo todo en un santiamén y con la mejor disposición del mundo.

A Andrea y Kelsi, Adrian (vía George Henson), y Patricia (vía Julia) por ofrecerse a traducir varios de estos cuentos. A Joey Whitfield, Ruth Clarke, Jesse Ward and Megan Berkobien por permitirnos usar sus traducciones. A Felecia Caton por hacer *proofreading* en inglés.

A Iliana Vargas y Gabriela Damián por ayudarme a encontrar la imprenta y transportar los libros de un lugar a otro y de un país a otro. A Raquel Castro y Alberto Chimal por llevar libros en sus maletas, también de un país a otro. Y, con mucho cariño, a José Luis Zárate por descamisarse para cargar libros bajo el sol californiano, con Gaby y con la editora.

A John Picacio por donar la increíble imagen de portada y a Pablo Defendini por diseñar los forros con el estilo retro que buscábamos.

A Julia Rios, Meg Frank y Pablo Defendini (equipo de *Fireside Magazine*: <https://firesidefiction.com/>) por encargarse de la fantástica campaña de Kickstarter que hizo posible que este libro existiera en su forma física sin la preocupación del limitado presupuesto personal.

Y, por supuesto, gracias a toda la gente involucrada en The Mexicanx Initiative: John Picacio lanzó la convocatoria y reunió a lxs 50 mexicanxs, pero mucha gente dio su apoyo y cooperó para que se hiciera posible y, por eso, les agradeceremos siempre:

John Scalzi, Ctein, Ty Franck, Christopher Brown, Chris Rose, Joanna Volpe, John & Christina, O'Halloran, Mary Robinette Kowal, Kate Elliott, Richard Flores IV, Fast Forward: Contemporary Science Fiction, Kat Angeli, Superfan Canadiense Anónima, Rina Weisman & SF in SF Events, Randall Shepherd, Elizabeth B. McCarty, Amazing Stories Magazine, Mur Lafferty and Jim Van Verth, BWAWA (Baltimore-Washington Area Worldcon Association), ALAMO (Alamo Literary Arts Maintenance Organization), Worldcon 76, Kevin Roche, Ric Bretschneider, Jeremy Brett, Misty Hawkins, Adam Rakunas, Cheryl Souza, Daniel Dern, Renny Christopher, Kate Nepveu, John Yarrow, Jean Stuntz, Ian Monroe, Scarlet Moderne, Pablo Defendini, Gay and Joe Haldeman, J. Van Ekeren, Joseph Monti, Martha Wilson, Pamela Burr, Tasha Lennhoff, Peter Krulevitch, Caroline Spector, Silvia Moreno-Garcia, Timothy Martin, Clifford Winnig, Reid Brennan Kermit Woodall, Benjamin Sparrow, Ellen Datlow, Reilly-Rose Hayes, Chris Duval, Leanne Verlhust, Laura Majerus, The Mighty Constellation (of Nebraska), Legion of Rassilon, Lester Gibo, Fred Moulton, Book Basement, Laurel Hill, Kevin Mukhar y Aquella Majestuosa Quien no Debe ser Nombrada.



VALLAS

JOSÉ LUIS ZÁRATE

El conejo tenía rabia. El mago, con la mano metida en la chistera, lo comprendió súbitamente. El calor enfermizo, los músculos que saltaban sin control bajo la pelambre, la fuerza inusitada con la que lo mordía: no había otra explicación.

Sin dejar de sonreír al público, metió la otra mano al sombrero para romperle el cuello al animal. Después lo sacó, acurrucándolo entre sus brazos como si el conejito blanco necesitara protección y cariño. La orina del roedor fluyó lentamente por su manga. No hubo ni un aplauso. No importaba. Ya se había acostumbrado. De todas maneras agradeció la (poca) atención prestada y le cedió su lugar a Melvira con su escaso traje de lentejuelas. A ella le aplaudieron de entrada. Entre los dedos de John: sangre y saliva de conejo. Se chupó la herida. Después de todo, no podía infectarla más.

Fue con el gitano que seguía intentando componer el jeep que transportaba el Circo Orillero por todo el perímetro de la Valla. Parecía imposible que ese pequeño vehículo pudiera arrastrar el pesado carro-matado de madera y plexiglas. Pero lo hacía. El gitano era lo más cercano que tenían a un jefe. Lo sabía todo. Casi todo: ignoraba cómo conseguir dinero. Fuera de eso, era un genio. Casi un genio.

—El conejo tenía rabia —dijo John, con su español trabajoso.

—Tonterías, a los conejos no les da.

—Me mordió.

—Pendejadas, los conejos son roedores, como las ratas, y cuando a las ratas les da rabia se quedan tiesas, sin atacar a nadie.

John puso el conejo sobre el carburador que reparaba el gitano.

—Nadie se lo explicó a él.

El gitano vio al animal, tocó la piel febril, suspiró lentamente y dijo, bajito, lo que el mago más temía:

—Mierda.

Detrás de ellos, la Valla resplandecía.

No hubo ceremonia de ningún tipo ni discursos ni un último día oficial. De pronto, sin aviso alguno, el complicado mecanismo empezó a funcionar. Una luz incandescente recorrió el desierto, susurrante. Tormenta electromagnética que dejó a México y al resto del mundo fuera de las fronteras de Estados Unidos. ¿Quién podía negarles su derecho de marcar sus límites con un muro impenetrable? El complicado ecosistema del *Border* fue roto en un solo instante. Los polleros, el camino de los ilegales, las rutas secretas, los sobornos, el negocio millonario de traspasar gente como ganado, los depredadores que esperaban a los inmigrantes, todo arrasado, destruido.

La Valla era parte del sistema estratégico de defensa de Estados Unidos. El mundo se había convertido en un lugar peligroso para el imperio. Ante la alternativa de ser volatizados por el fuego nuclear de algunas de las docenas de potencias nucleares del nuevo siglo o de perder mano de obra barata y útil, el gobierno optó por la seguridad. El hundimiento de Houston en un mar nuclear ayudó a que la Valla fuera aprobada sin problemas. Los extranjeros debían permanecer al otro lado de la barrera. Nunca fue más importante para los norteamericanos la pureza de su raza, una pureza que no se medía mediante ningún código genético sino por el otorgamiento de documentos: la carta de ciudadanía, el pasaporte que identificaba a alguien como ciudadano de ese país era linaje suficiente.

—John, tenemos diez días antes de que se presenten los primeros síntomas de la rabia —dijo el gitano, mientras armaba el jeep a toda prisa.

—Diez días... ¿Cerca de qué estamos?

—De nada. Para ganar velocidad vamos a dejarlos a todos e ir tú y yo. Tal vez encontremos algo. Tal vez no. Pero al menos lo intentaremos, ¿o qué otra cosa podemos hacer?

Podían abandonarlo. Que se las arreglara como pudiera. Pero el gitano nunca contemplaba ese tipo de alternativas. Para él los miembros

del circo eran su tribu, su familia. Nunca había perdido a nadie, excepto a su esposa y a un par de bailarinas. Y ellas lo habían abandonado por su propia voluntad.

Cargaron el jeep con todas sus preciosas reservas de gasolina, alcohol, gas. Incluso con las pilas solares que nunca terminaban de cargarse (“Ni siquiera el desierto da tanto sol como el que necesitan”, refunfuñaba siempre el gitano).

El vehículo todoterreno no era rápido ni cómodo. John hubiera preferido los caballos, pero se los habían comido hacía mucho tiempo. Era peligroso andar con ellos, una tentación casi irresistible. En las Tierras Vacías era conveniente no atraer demasiado la atención hacia los bienes propios. En sí, jamás fue conveniente, pero ellos no lo sabían. El Circo Orillero debió aprenderlo sobre la marcha. En los años que llevaban en ruta las cosas habían cambiado, nunca de golpe, jamás en forma tan traumática como el nacimiento de la Valla; se volvían diferentes lentamente, de tal modo que pudieran acostumbrarse, que no le vieran mala cara, que fuera parte del ciclo de las cosas: como las estaciones o las lentas mutaciones de los insectos. A veces hasta el gitano olvidaba que la frontera había sido diferente. ¿Cuántos años ahí? Muchos, demasiados en el camino. El gitano se dijo que no tantos para no hacer hasta lo imposible para salvar a uno de los suyos. Cuando eso ocurriera, cuando fuera más sencillo dejar morir a alguien, lo único que iba a hacer era correr hacia la Valla y tocar esa luz sólida, fundirse en el relámpago momentáneo de su fuego.

El jeep entró en una de las tantas ciudades fantasmas que penaban a lo largo de la frontera. Estaban acostumbrados a esos restos polvorientos donde nadie se quedaba demasiado tiempo. Eran de mala suerte. Después de todo, era la suerte lo que los había matado.

Aquellos páramos manufacturados dependieron siempre del ininterrumpido paso de productos y personas, ciudades-vampiro que sorbían un poco de la sangre de los viajeros. O un todo.

Los edificios polvorientos, las carreteras rotas, la sed en cada grieta en el cemento soñaban aún con los camiones incesantes, con los viajeros de paso y su escaso capital caminando por ahí.

Pero la Valla había terminado con todo eso. La nueva paranoia de la supuesta seguridad. Ahora solo existen los transportadores automáticos que no llevan nada que no esté autorizado, contenedores que se

comen la distancia entre países sin detenerse nunca, dirigidos por una ficha de sílice a la que nunca le han importado los cafés de paso, los moteles dispuestos, las gasolineras expectantes, las personas sedientas de los que pasan.

Los contenedores son una parte móvil de Estados Unidos, territorio en tránsito, como los llaman las nuevas leyes. Un ataque contra ellos también va contra la nación del norte. Aunque eso nunca detuvo a los desesperados, piratas de la ruta. Pero los contenedores eran demasiado duros para asaltar. Disparaban a la mínima provocación.

Y pasaban por las ciudades vacías.

Espectros grises de furia inmediata.

John y el gitano vieron partir a uno de ellos, ajeno a lo que lo rodeaba: los pocos nómadas que habitaban en el vacío.

No se les ocurrió pedirles ayuda. El gitano los dejó atrás sin pensarlo. Siempre hay alguien con Hambre. Sobre todo en las Tierras Vacías.

En sí no existía ninguna razón para abandonar todo ese territorio y dejárselo a los parias (como ellos). Ciertamente no era un camino viable a Estados Unidos y que la incesante radiación de la Valla había provocado mutaciones en los insectos, que devoraban toda cosecha, pero en realidad fueron los movimientos políticos los que terminaron con el lugar. Era un sitio que nadie deseaba. La actividad se concentró, más que nunca, en las ciudades. El cultivo de algas dependía de toda una infraestructura centralizada. Era la forma más económica de conseguir alimento, y las tierras se volvieron cada vez más innecesarias.

Las tierras y sus habitantes...

Los padres de John habían formado parte de una raza casi extinta: norteamericanos en el exilio. Su pecado había sido terrible: visitaron la Isla, fueron admitidos en infinidad de países enemigos. Cada territorio visitado era una prueba más en su contra. Ellos no lo ignoraban. Por amor a otras tierras, a personas ajenas, a lugares distintos, renunciaron a volver. Nunca les pesó. La Valla aún no había marcado a su generación. Al cerrarse el circuito, el país quedó aislado del resto del mundo. Las únicas transmisiones posibles se generaban dentro de la Valla, no había otra forma de conocer otros lugares, excepto ir a verlos, pero las Cadenas decían que eso era suicida, y la mejor opción era ver *Las Tierras del Mundo* en horario estelar por su televisora favorita.

Los padres de John nunca se dijeron rebeldes, gustaban de descubrir lo extraño, nada más. Sus *dossiers* no contenían manchas significativas, por eso no se les retiró la ciudadanía. Por eso conservaron sus pasaportes de un país que los esperaba (tal vez) con las cárceles abiertas por sus pecados, con psiquiatras bienintencionados que los limpiarían de ideas extranjeras. Nunca supieron si era así o no. No se preocuparon por averiguar si los rumores eran ciertos. No les importaba morir en otras tierras, porque de tanto habitarlas ya les pertenecían.

El gran movimiento turístico fuera de Estados Unidos se detuvo en seco, como si la Valla también hubiera impedido la salida. A nadie le extrañó. Estaban seguros detrás de sus fronteras, la Valla era una muestra palpable de su invulnerabilidad, dejarla atrás significaba más que simplemente alejarse. Era posible llegar al mundo por medio de la fibra óptica. Las comunicaciones permitían seguir vigilando los negocios desde casa. La Valla que levantó poco después Japón fue, en cierta forma, una justificación. Japón volvía a dejar fuera al mundo. Era la nación más poderosa económicamente hablando y podía permitírselo. Las Vallas empezaron a crecer sobre el planeta. El aislamiento fue volviéndose norma, el nacionalismo del encierro: lo único con calidad era lo interno; lo único justo, lo propio, la norma era aquello que ocurría dentro de la Valla.

Las comunicaciones fueron haciéndose más específicas. Hablaban menos de personas y más de números, cifras, negocios.

La nueva tecnología alimentaria hizo autosuficientes a casi todos los países. Y un día, detrás de su protección, las naciones empezaron a guardar silencio.

John soñó que se acercaba al gitano en medio de la noche y le decía algo en su lento inglés antes de morderlo en el cuello. Se despertó con el gusto de la sangre en la boca. El gitano dormía pesadamente. John se miró la mano, blanca y pálida como toda su piel. No había señales de que estuviera infectada o de que el virus de la rabia se incubara en su interior. Podía ser una falsa alarma. Y podía no serlo.

Luego de tres días en el camino todavía no encontraban nada, excepto gente con menos recursos que ellos. Al mago nunca se le ocurrió preguntarles qué hacían ahí, en las Tierras Vacías. Después de todo él también se encontraba ahí, creció en aquel territorio aparentemente muerto. Desde que tenía memoria existían ese jeep, ese gitano, los pueblos nómadas, los escasos asentimientos permanentes, el Circo Orillero.

Buscaban lo mismo que él: pasar otro día. Vivir su vida. Mucho más sencillo de ese modo, los riesgos y peligros familiares. Vivir en los bordes de una civilización tenía ventajas. El servicio médico no era una de ellas.

La cercanía de la Valla viciaba todas las transmisiones, cerraba cualquier tipo de comunicación inalámbrica, no había manera de pedir ayuda. Los Orilleros nunca la pedían. Las ciudades se encontraban terriblemente estratificadas. El gitano decía que era imposible ser admitido sin dinero o influencias. Ni siquiera en Mantenimiento. Los padres de John se lo habían dicho. Cuando llegaron a la frontera con sus maletas al hombro y los ojos muy abiertos se toparon con el Circo Orillero. Se incorporaron a su ruta por curiosidad. El gitano los recibió en cuanto le demostraron que podían desaparecer monedas, crear flores, materializar conejos en sombreros. Se ganaban el sustento y nunca le hicieron daño a los otros miembros del circo. No era necesario más. Incluso tuvieron a su hijo dentro del carromato. Le pusieron John porque pensaban que el gitano se llamaba Juan. Cuando murió el padre de John entregaron su cuerpo al desierto, como todos los Orilleros. En la frontera no hay tiempo para tumbas ni rutas para los muertos. ¿Y qué era el mago en ese momento sino un muerto en espera? Se había cuidado mucho de no acercarse al gitano, de comer en otros platos, de no contaminarlo. En cuanto sintiera alguno de los síntomas de la enfermedad iba a internarse en el desierto, o a abrazar la Valla. En cierto modo, durante todo el viaje se había estado preparando para el fin. Lo sentía por el gitano. John había sido una de las grandes atracciones del circo, no tanto por sus escasas dotes de mago, sino por el hecho de ser un gringo. Era tan raro verlos en la actualidad. Habían pasado apenas sesenta años desde que Estados Unidos cerró sus fronteras, pero en ese tiempo transcurrieron demasiadas cosas. Se fueron convirtiendo en curiosidades, como la lagartija de dos cabezas que, durante un tiempo, le robaba cámara. En la Orilla el tiempo fue modificando la forma de los gringos. Eran quienes habían expulsado al mundo de su entorno. Gente especial. Las pocas imágenes que venían de Estados Unidos hablaban de una increíble realidad de doradas playas, maravillosos presentes, ciudades de luz. Los Orilleros fueron forjando su mitología. Y John no entraba en ella.

El gitano insistía en que presentara su número de magia en inglés, y que señalara al conejo con expresión de triunfo diciendo *nice rabbit*.

“Todo un norteamericano”, afirmaba cuando recitaba en dos idiomas.
Is my mother, bohemos!

El número concluía, casi siempre, con la exhibición del máximo objeto mágico. El pasaporte de John. La llave que, solo a quien poseyera el código genético plasmado en su memoria magnética, abriría las puertas de la Valla.

El pasaporte era real, pero nadie lo creía así después de pensarlo un poco. Si era de verdad, ¿qué hacía un gringo ahí?

John no podía decirlo.

Cuando llegó el séptimo día, y fue claro para ambos que no iban a encontrar nada, el gitano enfiló hacia la Valla. No estaba muy lejos, podían ver su resplandor en la noche.

—Es hora de que regreses con los tuyos.

John tardó un rato en comprender que se refería a los norteamericanos. No supo por qué. Siempre le habían dicho gringo, y el gitano lo obligaba a practicar diariamente su inglés. “No eres de aquí”. De una u otra forma siempre se topaba con esa afirmación. Cuando era niño, los Orilleros acostumbraban a contarle los prodigios de Estados Unidos. ¿Cuántas veces oyó de las maravillas de la ciencia al otro lado de la Valla? Podían hacerlo todo, si querían. Gratis, si uno era ciudadano gringo. John nunca supo si creyó alguna vez en esas leyendas, sus padres siempre le dijeron que algún día conocería su país. Lo dijeron hasta que el gobierno estadounidense impuso el estado de sitio. Ningún ciudadano podía abandonar el país, a menos que fuera importante para la patria. ¿Cómo convencer a cualquier burócrata de que el Circo Orillero era vital, al menos para ellos?

De alguna manera el que John fuera extranjero le daba cierto orgullo al circo. “Nosotros somos extranjeros en todas partes”, decía el gitano, “pero tú eres un gringo. Un gringo verdadero, sí señor”.

Ahora era un gringo enfermo. De algo le iban a servir todos esos años en que se sintió fuera de lugar, la tristeza que le daba que las Tierras Vacías no le pertenecieran de ninguna forma. John quiso decir algo, protestar, tal vez. Pero no lo hizo porque los Orilleros solo tenían un mandamiento: sobrevivir. Decir que prefería la rabia a abandonar esa tierra, en cierto modo era demostrar que no era un hombre de la frontera.

—No te preocupes, John... Recuerda que al otro lado también debe haber una orilla.

Pero ¿sería como la suya? ¿Habría oportunidades y humor para un circo ambulante? Todo el mundo le decía que era un gringo, pero él se preguntaba cómo eran los gringos. ¿Idénticos a él? ¿Y cómo demonios era él?

—Te voy a extrañar, gitano.

—Y yo a ti... Si conseguimos otro mago se va a tener que llamar Magic John.

John sonrió. Como al gitano, le costaba trabajo.

—¿Sabes lo que vas a encontrar?

—Sí... espero..., no sé. ¿Qué importa, gitano? Son los míos, ellos se ocuparán de mí.

Al noveno día llegaron a uno de los puestos automáticos de acceso de la Valla. Una cabina que se abría para dejar pasar a una persona con pasaporte norteamericano. Ningún otro era aceptado. De cierta manera era una puerta de emergencia. El tránsito pesado de gente y objetos se realizaba en las ciudades, a través de los contenedores.

El gitano no le dijo adiós a John. Simplemente le deseó suerte cuando entró a la cabina. John tampoco se despidió, nada más le encargó que usaran sus cosas y le preguntó su nombre. El gitano no se lo dijo, los gitanos nunca dan su verdadero nombre.

El pasaporte abrió las puertas de la Valla. La máquina no se lo devolvió. Se quedó en la cabina, esperando. Estados Unidos no lucía tan diferente a la frontera, no desde esa cabina al menos.



John supo que tampoco pertenecía a aquel lugar cuando se aproximaron a él dos hombres armados y empezaron a preguntarle su nombre, su edad, los nombres de sus padres, por qué estaba ahí.

Pero John no entendió su inglés.



JOSÉ LUIS ZÁRATE (México, 1966) es uno de los autores más reconocidos y respetados dentro de la Literatura de la Imaginación. Ha publicado en México, España, Estados Unidos, Argentina, Perú y Francia. Tiene una larga lista de reconocimientos nacionales e internacionales. Entre ellos el Premio Puebla y dos veces el Premio Internacional de Novela MECyF. Su obra abarca ensayo, cuento y novela. Conferencista invitado en el Festival Internacional de Ciencia Ficción Utopiale de Nantes, Francia. Recibió la mención especial del Premio UPC de Ciencia-Ficción 2000. En 1992 ganó el Premio Nacional Kalpa al mejor cuento mexicano de ciencia ficción de la década de los ochenta, por *El viajero*. Ese mismo año El Círculo Argentino de Ciencia Ficción le otorgó el premio Más Allá. Ha publicado, entre otros, los libros *Hyperia* (1999), *Las razas ocultas* (1998), *Xanto. Novelucha Libre* (reeditada en 2015) y *La Glace et le Sel* (2016). Su ebook *El tamaño del crimen* es el primer libro electrónico presentado en El Palacio de Bellas Artes en México. Con su cuenta de Twitter @joseluiszarate y Facebook dedicadas a la Twitteratura es una presencia constante en la microficción.



AZTLÁN LIBERADO

DAVID BOWLES

Emergen de los escombros de Juárez, ciudad destripada por la guerra: el Chamuco y su clica de vatos pesados. La Güera está en la vanguardia, empuñando machete y pistola Glock, su cabello triqueño recogido con un pañuelo. Luego viene Einstein, con la redicilla torcida y los zapatos Stacies sin su acostumbrado brillo, cargando una mochila llena de libros desgastados y aparatos electrónicos. Payaso lleva la retaguardia, balbuceando un constante monólogo cómico a pesar de la devastación.

El Chamuco está de luto por sus carnales caídos, víctimas de la Guerra entre los Pochos y los Zetas, pero sonríe victorioso. Los cuatro pachucos han vengado su barrio, obedeciendo el único código que permite la supervivencia en este desierto apocalíptico: matar o morir.

Los buitres sobrevuelan en espiral. La vida continúa su camino serpentino.

La Güera alza el machete para indicar una parada repentina. Baja un poco el brillante cañón de su pistola. Sobre el asfalto destrozado, aparece un vehículo inesperado, un jeep verde militar ostentando la bandera de Estados Unidos con sus cuarenta y dos estrellas blancas, burlonas. Despatarrado contra una llanta todoterreno se encuentra un soldado, sosteniendo sus tripas rojas en sus manos. No hay señal de sus compañeros.

“Ataque de chupis”, el Chamuco conjetura y se adelanta con cautela, los ojos atentos, el AK-47 levantado.

El yanqui es latino. Mira con dolor a la pandilla, suspira.

—Bueno —tose y carraspea—, mátenme.

—Ya estás muerto. —El Chamuco se arrodilla frente al moribundo—. ¿Qué chingados estás haciendo en Aztlán, yanqui?

Un riachuelo de sangre gotea por la barbilla del soldado.

—Los científicos. Encontraron la solución. Cómo acabar con los pinches chupacabras. Dieron con la reina. ¿Ese meteoro que cayó cerca de Las Cruces?, una nave espacial. Los otros chupis eran tropas avanzadas. Ahora están todos... enchufados. Una mente colmena.

El yanqui —Chávez, según su uniforme— señala el jeep con un suave golpe de la cabeza.

—Un arma nuclear. Atrás. Las defensas chupis chingan el sistema de guiado. Hay que llevarla en persona. Dejé el detonador en la cabina.

—Putos yanquis —murmura Payaso—, con sus pinches bombas atómicas. Cabrones.

Resollando y gimiendo, Chávez extiende una mano ensangrentada y se aferra a la andrajosa camisa de franela que trae el Chamuco.

—Ustedes son unos cholos, nomás. No creo que sean capaces. Pero ahí está.

Sus ojos se vuelven vidriosos y la Santísima Muerte se lo lleva.

—Chale —dice Payaso—. Ya mero vamos a olvidar quince años de este pedo. Los putos levantaron un muro. Nos atraparon aquí dentro con los chupis y nos rodearon con guachos listos para fusilarnos si intentamos escapar a Madremex o Gringolandia.

Einstein niega con su cabeza rapada.

—Sí, ese, pero no solo estaríamos salvándolos a ellos. Liberaríamos a Aztlán, de Brownsville a Tijuana. Luego se podría construir un hogar permanente para la raza.

La Güera les echa una mirada burlona.

—A mí me vale verga quién se libere. Yo nomás quiero machetearme unos pinches chupacabras. Si usar esta bomba hace que se mueran chingos, pos órale.

El Chamuco los contempla orgulloso. Son los más valientes que ha conocido.

—Entonces lo hacemos. Vamos juntos hasta Las Cruces, luego alguien lleva la bomba al borde del cráter y regresa hecho madre. Hay que estar pero lejos cuando la detonemos. —El silencio hierve con implicaciones que nadie quiere expresar—. Ahorita tú estás a cargo de la

bomba, Einstein. Payaso va a manejar. Güerita, agarra cualquier arma que haigan dejado esos yanquis, haz que jale. Nos vamos en diez.

Mientras Einstein recupera el detonador y un teléfono satelital militar, el Chamuco arrastra al soldado a las dunas, lo empapa de gasolina y le prende fuego. No deja nada para la horda alienígena. El sol se hunde rojo en un horizonte de jade. El cholo baja su rostro tatuado, murmura una oración.



La oscuridad se espesa mientras se dirigen hacia el norte. Los restos oxidados de carros viejos aparecen de la nada como para sacarlos de la carretera. Del silencio ventoso surge un gemido chirriante. Los cuatro empuñan sus armas, listos para el ataque. Unos impactos sordos hacen que el vehículo tambalee. Grandes ojos brillantes y dientes afilados se asoman a las ventanas. Garras rasgan las láminas de metal. El Chamuco dispara contra el techo, táctica que provoca gritos chillones. Luego el enemigo redobla sus esfuerzos. Los chupacabras, su propósito tan inefable como siempre, arremeten furiosos contra la pandilla.

Una bruma se eleva de entre la ráfaga de disparos. Payaso maneja a ciegas por la arena oscura. A través de un agujero de bordes afilados, Einstein es raptado. Saliendo del jeep de un brinco, la Güera aúlla y dispara. Como una furia, ahuyenta a los monstruos con balas y gritos. Esas espaldas espinosas se tumban en las dunas iluminadas por las estrellas. Einstein ruge de dolor. Tanto su brazo como el detonador están destrozados. Vendan su herida y se ponen en cuclillas cerca de un afloramiento de rocas, esperando el sol, sus pensamientos sombríos.

Cuando el amanecer se arrastra por el cielo, Einstein usa su mano buena para hurgar en su mochila. En cuestión de minutos ha ideado un sistema extraño: un teclado estropeado y una tableta agrietada conectados al teléfono satelital del soldado.

El Chamuco observa por un momento cómo el genio de barrio pulsa las teclas y hace ajustes.

—¿Qué haces, carnalito?

—Un *sat-hack*, ese. Obtengo acceso a la red haciendo que se rebote una señal en un satélite militar. Tengo que descubrir cómo detonar manualmente la pinche bomba.

Alguien aspira profundo, pero nadie discute. La elección es clara. El Chamuco se dirige a sus hermanos.

—Siempre lo supimos. Para acercar esta madre hasta el cráter en Las Cruces, uno de nosotros iba a arriesgar el pellejo. Ahora alguien más tiene que morir.

Einstein asiente con la cabeza.

—Sé cómo activarla. Solo necesito que alguien maneje. He vivido mi vida como quise. Leí mucho. Iré yo.

—Ni madres. No voy a permitir que este pendejo se lleve todo el crédito. —Payaso sonrío. Los ojos le brillan—. Manejo yo.

—Pobres menso —murmura la Güera—. En el momento en que los chupis ataquen, se van a arrepentir de que yo no esté.

Su líder clava la mirada en cada uno, escudriñándoles el corazón. Los tres asienten con la cabeza. El Chamuco aprieta un puño. El pecho le duele de orgullo.

—Órale, pues. Hora de mostrarle al mundo quién chingados somos. Einstein señala su equipo.

—Simón. Eso es exactamente lo que haremos, jefe. Acabo de configurar una conexión de *streaming*. Se envía un video de todo lo que hacemos de aquí en adelante y desde ese satélite yanqui. Ni Madremex ni Gringolandia pueden llevarse el crédito.

El Chamuco extiende una mano y lo ayuda a pararse.

—Perrón. ¿Puedo hablar con esa madre?

—Simón. Todo tuyo.

El cholo inclina su rostro tatuado hacia el pequeño iris.

—Oigan, cabrones. Mi nombre es Chamuco. Los guachos yanquis trajeron una bomba atómica a Aztlán. Querían acabar con los chupis, pero les faltaron huevos y los espinosos los mandaron a la chingada. Así que ahora mi clic y yo vamos a hacerles el jale sucio a todos ustedes. ¿Me oyeron, pendejos? Estos cuatro pachucos, nomás.

Se da vuelta y apunta hacia el jeep.

—Bueno, pos súbasen, carnalitos. Vamos a salvar el mundo.



Una hora más tarde, el jeep se aleja de la carretera llena de baches. Payaso activa la doble tracción. De día los chupacabras descansan en sus

madrigueras arenosas y sueñan con sangre, pero el zumbido del motor y el rodar de las llantas los llaman. Manchas negras pronto salpican las dunas, se acercan rápido. Pronto un mar de noche chirriante fluye hacia el jeep desde todas direcciones. En la vanguardia, rostros cánidos se retuercen con feroces gruñidos.

—¡No dejes que esos putos espinosos se acerquen a Einstein. Yo respaldo a Payaso! —el Chamuco le grita a la Güera, luchando para hacerse entender encima del ruido creciente—. A toda costa, ¿entendites?

—Un placer, jefe.

Todavía están a diez minutos del borde del cráter. La primera oleada llega. El Chamuco rocía balas contra los chupis de enfrente, despejando el camino. Payaso embiste y aplasta a los heridos. La Güera gruñe y dispara, patea y apuñala.

Su defensa dura tres minutos, antes de que la horda se eleve como un tsunami, unos chupis trepando por las espaldas espinosas de otros, chocando contra el jeep, cortando llantas, perforando el tanque de gasolina, rompiendo el bloque del motor.

—¡Hasta aquí llegamos! ¡Ojalá y baste! —grita el Chamuco. Se escabulle por el parabrisas roto y se enfrenta a una docena de bestias—. ¡Detona esa chingadera, Einstein!

Los chupacabras han entrado en la parte trasera del jeep. La Güera lucha contra ellos, golpeando, pateando, mordiendo, aullando como Cihuacóatl, feroz diosa azteca. Los drones extraterrestres le arrancan el brazo, pero ella sigue alejándolos de Einstein, dándole a su compañero cada segundo que puede.

—Órale, pendejo —gorgotea al final—. ¡Ahora o nunca! ¡Mándalos a la verga y te veré en el puto infierno!

Los monstruos la desmiembran. El jeep se detiene. Decapitan a Payaso con un violento golpe de garras. Empujan al Chamuco de vuelta al interior del jeep a través de la masa retorcida. Sus ojos se encuentran con los de Einstein, quien establece la conexión final en el mecanismo de detonación.

—Ahí los wacho, hijos de la chingada —murmura el genio, sonriendo a la cámara.

—Ese es mi carnalito —logra susurrar el Chamuco.

El mundo se pone blanco.



No toma mucho tiempo. Cuando la nube de hongo se expande encima de las Montañas de Órgano y cada chupacabras cae muerto, tanto Estados Unidos como México suponen que la misión militar ha sido un éxito. Pero el video de la Zona de Cuarentena se viraliza, y los nombres de los cuatro cholos se divulgan por las redes sociales y los medios de comunicación. Los PSI piratas difunden la noticia a través de las tierras yermas: liberados por fin.

Ni México ni Estados Unidos quieren la responsabilidad de limpiar la Zona de Cuarentena, por lo que cuando las decenas de miles de personas atrapadas en esas murallas insisten en su derecho a la autodeterminación, los argumentos son superficiales, puramente para aparentar.

La bandera de la libertad se levanta sobre Aztlán.

Sus salvadores, sea cual sea el paraíso o infierno en que se encuentren, levantan la mano para mostrar su placazo, la señal de su pandilla, por última vez.



DAVID BOWLES es un autor méxicoamericano del sur de Texas y es profesor en la Universidad de Texas Valle del Río Grande. Ganador de premios de la American Library Association, Texas Institute of Letters y Texas Associated Press, ha escrito varios títulos, entre ellos *Flower, Song, Dance: Aztec y Maya Poetry* (Premio Soeurette Diehl Fraser a la mejor traducción), *The Smoking Mirror* (premio Pura Belpré) y *Feathered Serpent, Dark Heart of Sky: Myths of Mexico*. En 2019, Penguin publicará *The Chupacabras of the Rio Grande*, escrito con Adam Gidwitz, y Tu Books lanzará su novela gráfica *Clockwork Curandera*. Su trabajo también ha aparecido en múltiples antologías y revistas como *Journal of Children's Literature*, *Rattle*, *Strange Horizons*, *Apex Magazine*, *Nightmare*, *Asymptote*, *Translation Review*, *Metamorphoses*, *Bookbird* y *Eye to the Telescope*. En 2017, Bowles fue admitido en el Instituto de Letras de Texas.

NOTA: Este cuento se publicó en *Chupacabra Vengeance*, Broken River Books, 2017.



UNA VERDAD UNIVERSALMENTE RECONOCIDA

JULIA RIOS

TRADUCCIÓN DE PATRICIA CORAL

Está lloviendo y Osmundo me detiene junto al cruce. No estaba lloviendo hace un momento. En otra realidad, a medio paso a la izquierda de esta, el sol está brillando y Osmundo es un patinador punk conocido como Oz. En esa realidad nunca te dije nada que no debí decirte. Pero solo fue así porque nunca te conocí.

Es una verdad universalmente reconocida que una persona que haya sido cortada de la vida de su amiga más querida, quiere tener un cambio de realidad.

Este Osmundo viste una camisa negra apretada que dice *Glitter Queer* en letras rosa brillante. En esta realidad, él se encuentra en buena forma. Bien cortado. Debe entrenar mucho. Pienso en mi Osmundo, cuando veía en la tele *El hombre más fuerte del mundo* y decía de forma casual que pensaba que sería interesante intentarlo, y me pregunto si este Osmundo planifica concursar.

—Carrie —dice—, ¿qué demonios haces?

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —le pregunto.

Es el tipo de pregunta que puedo hacer en broma, pero también puede comprarme tiempo y quizá, si tengo suerte, darme una respuesta. Porque, por supuesto, no tengo idea de qué estoy haciendo. Acabo de llegar.

Osmundo mueve la cabeza con desaprobación.

—No lo hagas, chica. Esto es un lío y solo se va a poner peor.

—¿Cómo sabes? —pregunto.

Osmundo resopla, lo que no ayuda en nada, pero así es Osmundo. El Osmundo de casa hace exactamente ese sonido cuando se impacienta conmigo, lo que no es... infrecuente.

Osmundo nunca está muy lejos cuando un cambio ocurre. El yo que diseña los cambios lo estableció como una condición. Su Osmundo tiene una especie de artefacto casero. Una llave.

—De acuerdo —digo—. Mira, obviamente necesito ayuda. ¿Podemos salirnos de la lluvia mientras discutimos esto?

Osmundo mete las manos en los bolsillos, de esa forma suya que significa que las necesita ahí en vez de usarlas para sacudirme y hacer que entre en razón, pero me sigue y nos paramos debajo del toldo del café que está cruzando la calle.

—No puedo creer que quieras entrar ahí —dice Osmundo.

—¿Por qué? —pregunto, deseando desesperadamente que esta pregunta me dé algunas respuestas útiles acerca de quién soy.

En algún lugar en otra realidad, otra yo le está haciendo lo mismo al Osmundo patinador punk y al Osmundo contable y al Osmundo de mi realidad original, quien no ha decidido qué quiere hacer aún, a pesar de tener veintisiete años.

No sé qué provocó que todas las otras yo quisieran el cambio, pero el deseo tuvo que haber sido unánime, si es que entiendo las notas de la yo genio científica. Me pregunto si alguna de nosotras ha encontrado respuestas o satisfacción. Me imagino que no, porque los cambios todavía siguen.

Estoy empezando a pensar que preferiría estar en casa nuevamente. Aun sin que estés en mi vida... Quizá.

La parte de mí que se sentía tan desgarrada y herida que añoró entrar a una línea de tiempo diferente aún está ahí, como una vocecita, pequeña, pero persistente. “¿Y qué si pudieras tenerla de vuelta aquí?”, me pregunta. “¿Y qué si no tenías que haber arruinado esa amistad para siempre?”.

Así que no, no estoy lista aún.

Cuando entramos al café, entendí de inmediato por qué Osmundo estaba tan asustado. Es un lugar familiar, con pisos de madera que crujen bajo los pies, tragaluces, mesas que no combinan y pesadas tazas de cerámica. Todo en el lugar es reconfortante y acogedor, como mi café favorito allá en casa. Pero en este, tú eres barista.

Osmundo nota el pánico en mi cara, que debe ser evidente, y me conduce a una mesa.

—¿Cambiaste de opinión? —me pregunta—. No te preocupes. No tienes que hablarle.

—Será que ella no tiene que hablarme —murmuré.

—Oh, ella va a hablarte —me responde—. No sé por qué querrías provocar eso. —Él no tiene una barba de chivo en esta realidad, pero se toca la barbilla de la misma forma que lo hace en las que no está afeitado. No puedo evitar sonreír por eso. Todos los pequeños detalles son reconfortantes dondequiera que llego. Mi gente sigue siendo la misma. Yo sigo siendo yo. Hay algo en nosotros que es intrínseco, fijo.

—Es una verdad universalmente reconocida que a una Carrie que se le presentara la oportunidad de hablarle a Alicia, la tomaría —digo.

Osmundo arruga la frente.

—¿Por qué ahora hablas de una forma tan rara?

Saco la copia de *Orgullo y prejuicio* que cargo en mi bolsa en todas las realidades y señalo la famosa primera línea. Pero aquí es diferente.

“Todo el mundo sabe que un hombre soltero en posesión de una gran fortuna algún día necesitará encontrar una esposa.”

Bueno, las cosas en esta realidad son definitivamente raras.

—No entiendo —dice Osmundo—. Quédate aquí y yo iré por las bebidas.

Regresa con dos capuchinos y *biscottis* de almendras. Usualmente yo pido café negro y un *croissant*.

—Gracias —digo, tratando de no verme decepcionada, pero mi cara me delata.

—Perdón —me dice—. Te traje mi orden regular en vez de la tuya. No podía dejar que Alicia supiera que estás aquí. Se sabe tu orden de memoria.

—Cierto —digo. Porque por supuesto que te la sabes. Nos conocemos demasiado bien en todas las realidades. Excepto en las que nunca te he conocido. No sé si esas son mejores o peores. Todo lo que sé es que en todas esas, las posibilidades de acercarnos están arruinadas. Cada vez. No sé con exactitud cómo se arruinaron las cosas en esta, pero claramente se arruinaron. Y no lo supero.

Me pregunto si alguna de las otras yo ya lo superó.

—Bueno, Osmundo, sé que quieres ayudarme. Y sé que yo estoy hecha un desastre. Así que... intentemos un pequeño experimento de pensamiento.

Osmundo mueve su mano en un círculo, como invitándome a continuar. “Adelante”, está diciendo. Este es otro de sus gestos, consistente en todas las realidades. Hay mucho que no sé acerca de este Osmundo, sus esperanzas y sueños, su rutina diaria, pero conozco su alma.

—Háblame de mi vida —le digo—. Dame todos los detalles. Imagina que tengo amnesia. Las cosas básicas y las buenas y todas las cosas que ciertamente necesito arreglar.

Osmundo frunce el ceño, escéptico, como dudando que pueda hacerme bien.

—¿Por qué?

—Solo entreténme.

Osmundo es amable en todas las realidades, así que lo hace.

En resumen, me entero de que tengo veinticinco años (como siempre). De que soy Carrie Anna Cynthia González (casi cierto; una letra de más con respecto a la realidad de casa, en la que soy Carrie Ann en vez de Carrie Anna). Osmundo es mi primo que no es mi primo, nuestros padres son mejores amigos de la infancia (siempre cierto). En general, mi plan de vida iba bien hasta el año pasado en el que comencé a arruinarlo todo (cierto en su mayoría). Tengo muchos amigos (siempre cierto). Nunca he salido en citas con nadie (50/50). Te conocí hace tres años (cierto, excepto en las realidades en las que nunca te he conocido). Siempre estábamos juntas por dos años (lo mismo). Tú eres una cristiana evangélica (usualmente no es cierto, usualmente ya rechazaste eso en el momento en que te conozco). Eres mala influencia para mí (eso no puede ser cierto... ¿puede serlo? Me niego). Vienes a nuestra mesa ahora (0% cierto en todas las otras realidades...).

—Carrie, no pensé que vinieras hoy —me dices. Solo me miras a mí, ni reconoces la presencia de Osmundo, lo que es un poco raro, pero no me importa. Tu voz cae sobre mí como una ducha tibia, después de un camino largo y frío en la oscuridad. Soy un nudo de amor y miseria. En la realidad de mi casa, no me has querido hablar en meses. No sé si alguna vez lo volverás a hacer.

—Hola —digo, tímida, sonriente.

—¿Eso quiere decir que ya lo pensaste bien? —preguntas.

Asiento, como si supiera de qué hablas.

Tu cara se ilumina.

—¡Oh, fantástico!

En este momento pienso que sea lo que sea a lo que haya accedido, vale la pena.

—¿Te quieres sentar con nosotros? —pregunto.

Osmundo me mira como si dijera: “¿Qué carajo estás pensando, mujer?”, pero se libra porque dices:

—Tengo que regresar al mostrador. Pero ¿te veo esta noche?

—Definitivamente —digo. Tengo que descubrir dónde, pero si me quieres ver, allí estaré.

—¿Qué fue eso? —me pregunta Osmundo mientras tú te retiras caminando.

—Arreglo las cosas —le digo.

—¿En qué planeta eso puede arreglar algo?

—Ella quiere que seamos amigas. Soy miserable sin esa conexión.

—Ella cree que estás de acuerdo en que tu “conexión”, como le llamas, es una unión espiritual centrada en Jesús —responde Osmundo.

Frunzo el ceño. Él dijo que eras una evangélica en esta realidad, pero...

—Pero no soy religiosa, y ella lo sabe.

—Acabas de ofrecerte a ir con ella al servicio de la iglesia del miércoles en la noche.

—Oh —digo—. Cierto. Pero ¿qué tan malo puede ser?

Osmundo bebe su capuchino como si fuera uno de esos GIF en los que la gente toma té con actitud reprobatoria.

—¿De verdad crees que ella no te va a presionar para que vayas otra vez a la terapia de conversión? Ya hemos discutido esto. Puedes decirte a ti misma que no sientes nada por ella, puedes salir solo con chicos o con nadie, si eso es lo que quieres, pero los estudios demuestran que es realmente dañino tratar de que se te quite lo gay a base de rezos.

Por un momento lo consideraré seriamente: dejarme convertir, tratar de aceptar todo ese asunto de Jesús. Imagino un futuro en el que somos amigas del alma y planificamos juntas eventos de la iglesia y hablamos todos los días. Imagino la calidez de saber que me quieres. El sentimiento es maravilloso. Seguramente cualquier precio valdría la pena.

Pero luego miro a Osmundo, mi no primo, quien vela por mí. Y pienso en cómo sería el futuro sin él en mi vida. Porque por eso fue que no lo miraste cuando viniste. Si te escojo aquí, lo pierdo. ¿Y a cuánta otra gente?

Suspiro, largo y profundo.

—Tienes razón —le digo.

Entonces lo siento, el crujido al fondo del salón que implica que un cambio es inminente. Esta vez no me pregunto a dónde voy. Lo sé. Es tiempo de volver a casa.

¿Qué haría la yo de esta realidad? ¿Qué le han enseñado las visitas a las otras realidades?

No importa. Tengo la sensación de que va a estar bien.

De pronto estoy en una cafetería, pero es una cafetería un poco diferente y estoy sola. Tengo un café negro y un plato con residuos de hojuelas de *croissant*. Mis ojos se topan con los del barista y él me saluda desde el mostrador. No eres tú. Definitivamente no eres una barista en esta realidad. Estás en tu casa, con tu bebé, disfrutando una licencia de maternidad de tu trabajo importante. Saco *Orgullo y prejuicio* de mi bolsa. Su línea inicial es la que espero.

Ir a la iglesia no me va a acercar a ti aquí, pero tampoco te importa si soy gay o bi o lo que sea. Y en definitiva no te importa si Osmundo lo es. Mientras no espere que seas nada más que mi amiga. Porque nunca te has sentido así por mí y tienes a tu esposo y eres feliz.

Desearía poder regresar en el tiempo un año atrás y detenerme a mí misma de confesarte algo. O, si eso fallara, desearía hacer que la yo del pasado respetara tus límites una vez que ese horrible torbellino de palabras salió de mí. Tu amistad valía mucho más que eso.

Pero no puedo. Si algo he aprendido con todos los cambios es que no hay vuelta atrás, solo hacia el frente, a los lados, creo. El dolor es familiar, pero no tan agudo como antes, creo. Por fin estoy lista para enfrentarlo.

Recojo mis platos y salgo a un día frío de primavera. Hay flores que están abriendo, narcisos y azafranes, los primeros tallos con lila y amarillo que anuncian un nuevo crecimiento y que el exuberante verdor está por venir. Hace un año te hubiera enviado una foto por mensaje de texto. Hace un mes, pensar en esto me hubiera hecho llorar. Hoy no hago ninguna de las dos cosas.

Quizá llegaremos a ser amigas nuevamente o quizá no. Las flores seguirán abriendo y floreciendo. ¿Y yo? A mí me seguirán gustando. La vida continuará.

Es una verdad universalmente reconocida que una Carrie Ann Cynthia González en posesión de un teléfono querrá tomar una foto de una flor para enviársela a alguien.

Tomo la foto y se la envío a Osmundo.



JULIA RIOS es una editora ganadora del Hugo Award, escritora, podcastera y narradora. Sus textos de ficción, no-ficción y poesía han sido publicados en diferentes lugares, incluyendo *Daily Science Fiction*, *Lightspeed* y *Goblin Fruit*. Julia fue editora de ficción para *Strange Horizons* de 2012 a 2015, editora de poesía y reimpresiones para *Uncanny Magazine* de 2016 a 2017 y, actualmente, es la editora de ficción en *Fireside Magazine*. También es coanfitriona del *podcast* nominado para Hugo Award, *The Skiffy and Fanty Show*, un *podcast* de ciencia ficción y reseñas de películas. Julia ha narrado historias para *Podcastle*, *Pseudopod* y *Cast of Wonders* y poemas para el *podcast* de *Strange Horizons*. Ella es mitad mexicana, pero su francés (medio terrible) es mejor que su español. Búscala en Twitter como @omgjulia.

PATRICIA CORAL (trad.) nació en Puerto Rico, donde desarrolló su pasión por las palabras y obtuvo una maestría en Literatura Hispana y Lingüística. En 2014 se mudó a Houston, donde empezó la aventura de escribir en un idioma prestado. Es escritora de no-ficción y poesía, pero con frecuencia sus palabras encuentran hogar entre medio de ambos géneros. En 2017 cofundó *Fuente Collective* (fuenteco.com), una organización que se dedica a la experimentación, colaboración e hibridismo en la escritura creativa y otras artes. Su trabajo en inglés ha sido publicado en *Yellow Chair Review* y *Crab Fat Magazine*.



MATACHÍN

FELECIA CATON GARCIA

TRADUCCIÓN DE ANDREA CHAPELA

I

Lina cree que cada momento de una narración es como un rubí con múltiples caras. Que la perspectiva es más importante que la verdad. Que no hay diferencia alguna entre la traslación y la interpretación.

Pero aquí solo hay una historia. La perspectiva está sobrevalorada. No todas las versiones son igual de válidas y tarde o temprano alguien tiene que abrir la maldita caja para ver cómo está el gato. No te dejes engañar. No por Lina. Tiende a mentir y lo bien que miente es prueba suficiente. No tienes que creerme a mí. Puedo probarlo.

Mira:

Vamos en el coche a una cena del departamento y ella está sentada a mi lado, mirándome, una mano en mi muslo, la otra en mi nuca. A nuestra derecha, en las afueras de la ciudad, la base de la Fuerza Aérea se extiende por muchos kilómetros. Lina está enfadada. Me está hablando de un artículo que leyó sobre hombres abusivos que algunas veces mueven las fotografías un centímetro o cambian ligeramente todos los relojes de la casa para mantener a sus mujeres inseguras y dependientes. Para que duden de su propia cordura.

—¿Te imaginas? —me pregunta, mientras niega con la cabeza, de tal forma que sus intrincados aretes plateados suenan como la campanilla de un gato—. Imagina que la noción de la realidad de alguien pueda ser tan frágil.

La miro de soslayo. Pasamos la entrada de la base donde un guardia recibe a los automóviles con un saludo formal e impostado.

—¿Cómo está Khaled? —le pregunto.

Al alejar su mano, me rasguña levemente, pero entonces me toma del cuello y me sacude con suavidad.

—Creo que bien. —Se encoge de hombros y mira por la ventana—. No lo he visto.

Es temporada de monzón y el suelo todavía está mojado gracias a la tormenta eléctrica de la tarde. Lina tiene el cabello recogido en un chongo como táctica contra la humedad, que deja al descubierto su cuello. Justo debajo de su oreja lleva la marca difuminada de un moretón. Es la marca que deja un diente al morder por mucho tiempo o con mucha fuerza, un pulgar al presionar durante la convulsión de un orgasmo. *Mentirosa*. No digo nada. Tal vez se durmió con el cuello apoyado en la esquina de un libro. Puede que se haya raspado con la rama de un ciruelo. Y la próxima semana, cuando el moretón esté más abajo, sea más oscuro, me dirá que estoy imaginando cosas. Me dirá que es el mismo moretón de antes. *Imaginando*. Una realidad tan frágil que te hace dudar de tu propia cordura.

Ese día, Lina se soltó el pasador y las ondas de su pelo cayeron sobre sus hombros. Taparon la marca. Pero yo estoy contando la historia y yo te digo que había un moretón allí. Lo vi y, en algún momento, algo lo causó. Khaled, el ciruelo, sus propias uñas. A la mierda el punto de vista. Una de estas cosas es verdad, las otras no lo son. Sin importar quién esté contando la historia.

II

No creo en la paradoja del abuelo. No creo que el tiempo permitiera el tipo de caos al que teme todo mundo. No va con el Universo. Me gusta pensar en él más como una personalidad que como un sistema. O, mejor, como un sistema de personalidad. Es lo único que tiene sentido. Durante nuestra búsqueda para crear una inteligencia artificial hemos entendido que la personalidad es una parte importante del proceso. Para pensar de manera autónoma es necesario desarrollar los patrones de preferencias y decisiones que llamamos personalidad. Como hacen los detectives, examino la evidencia forense de los actos del Universo

—actos criminales, dirían algunos— y a través de los años he encontrado algunos parámetros. Un perfil.

¿A qué conclusión he llegado hasta ahora? El Universo es un psicópata amable. Un monstruo de hábitos al que le gusta pensarse a sí mismo como espontáneo e impredecible, pero al que le gustan los juegos lógicos: crucigramas, sudoku, ajedrez. Y que se aburre con facilidad. Se inventa nuevas reglas, se aburre de las reglas, deja un juego de lado y comienza uno nuevo. Deja las cosas a medio hacer sin remordimiento.

Al Universo le interesan muchas cosas. No. Al Universo le interesa todo, pero no tiene un interés particular en nada y no le importa el resultado final. ¿Qué tiene todo esto que ver con la paradoja del abuelo? El Universo no toleraría que alguien viajara en el tiempo y comenzara a cambiar la historia tanto como para causar la muerte del propio viajero. Es más probable que dejara este problema a cargo de uno de sus colegas. Un nuevo universo aparecería para incluir esta nueva realidad. La original continuaría sin que cambiaran muchos detalles. Solo los suficientes para crear un juego de Encuentra las Diferencias tamaño Universo. Pero algunas veces sí nos damos cuenta de las diferencias. Las llamamos *déjà vu*, fantasmas, presentimiento. Las llamamos *sé que dejé mis anteojos junto al vaso, pero ahora están en mi bolsillo*. Al final, los cambios son pequeños. Le echamos la culpa a nuestra edad, a nuestra distracción y a nuestra imaginación hiperactiva. Nos convertimos en cómplices.

Por eso, cuando Lina me dice que siente como si hubiera conocido a Khaled en otra vida, no tengo que creer en la reencarnación para pensar que puede tener razón. Ya no pregunto cómo. Ahora solo quiero saber ¿qué significa ella para él? Quiero saber ¿y yo qué? Quiero saber ¿dónde se metió ahora?

III

Obviamente sabía de la existencia de Khaled. Al principio, pensé que no era más que una distracción en un mundo lleno de distractores. Quería que se detuviera. Pedí que se detuviera. Pero cuando ella comenzó a llegar a casa distraída y pasaba el tiempo sonriendo y cantando en la cocina, me di cuenta de que dependía de los moretones con forma de dedos en su muslo, de las marcas de mordidas en sus senos. De repente,

desapareció toda la evidencia y ya no tenía pruebas. Mis afirmaciones se convirtieron en teorías.

Eso debería haberme apaciguado. Le había pedido algo y ella había obedecido.

Pero no estaba en paz. Así que me enfoqué en el trabajo. Habíamos recibido a un grupo de científicos visitantes: una tropa de investigadores chinos y, de paso, uno o dos iraníes. Uno de los iraníes se parecía tanto a Khaled que sostuve su mano por un segundo más de lo debido mientras hacía comparaciones mentales. Pero agradecí la distracción y durante las siguientes horas me concentré en el trabajo. La llegada de sangre nueva nos venía bien. Es fácil caer en la mente colmena que se da cuando un grupo de personas trabaja junto durante mucho tiempo. Se reafirman las mismas opiniones. Los criterios establecidos para la realidad ya no se cuestionan. Nos volvemos una congregación y dejamos de ser científicos. Después de todo, no sabemos si una especie alienígena nos está manipulando, o si tal vez está jugando con nosotros un grupo de ángeles con bata, o si en realidad nos orquesta un grupo de delfines inteligentes.

IV

Andrés, mi compatriota sudamericano, era nuestro físico material y experimental. Él construyó el matachín para probar nuestro teorema. ¿No sabes que es un matachín? Son típicos de América Latina y también son muy populares en Nuevo México. Son bailarines enmascarados y disfrazados que imitan ciertas figuras históricas.

En la danza de los moros y los cristianos, los matachines cuentan la historia del exilio de los árabes de España. Aquí, los nativos aceptaron la celebración con entusiasmo. Al final, no es más que la historia de un pueblo que expulsa a otro. Pero a ustedes no les importa la historia. El punto es que alguien tiene que construir formas físicas para sostener el peso de las teorías. Los bailarines se convierten en historia cuando bailan. No es un mero disfraz. Pero, en algunas ocasiones se nos olvida.

Una computadora cuántica, por ejemplo, tiene que ser una cosa real. Una cosa que podamos ver y tocar y tirar al suelo. Y lo que hace Andrés es construir cosas.

V

Hay una línea muy delgada entre el idealismo y el cinismo. Los cínicos son cínicos porque quieren creer en algo. Y aunque ahora mismo yo tenga dudas con respecto a las personas y la política, creo en la ciencia. Creo que lo trasciende todo. En este aspecto, soy creyente. En estos pequeños cuartos llenos de zumbidos todos teníamos la misma fe: ferviente, embriagada, exaltada. Todos creíamos que el trabajo que hacíamos era de carácter divino.

Lina lo hubiera entendido si se lo hubiera contado. Ella lo hubiera entendido no porque supiera de matemáticas, sino porque trabaja casi por completo con metáforas. Es traductora. Ha pasado la mitad de su vida trabajando con los espacios entre las palabras, que bien podrían ser intersticios en la realidad.

Pero yo no hablaba con Lina de mi trabajo. Por mucho tiempo, no tenía a nadie con quien hablar, incluso aunque hubiera tenido la libertad de hacerlo. Incluso si hubiera decidido romper las reglas y arriesgarlo todo.

Sin embargo ahora, como sabes, lo logramos. Lo resolvimos. Y al resolver un problema, resolvimos miles. Millones. Por meses el conocimiento nos paralizó.

¿Realmente crees que Eva fue en busca de Adán emocionada, con el jugo todavía goteando por su mentón? De ninguna forma. Él debió encontrarla días más tarde, llena de ansiedad. Estaba todavía desnuda, hecha un ovillo a los pies de un árbol, todavía absorbiendo, temblando, aprendiendo.

¿Quién no habría querido besar esos labios pegajosos? ¿Quién no habría querido, como Adán, probarla allí mismo, su lengua en la boca de ella? Entonces, y solo entonces, ella habría sido capaz de articular palabra.

Siempre se habla de científicos que se precipitan para ser los primeros en publicar en revistas, nosotros no fuimos de ese modo. No solo porque no teníamos permiso. Quietos, nos miramos los unos a los otros por un largo tiempo. Los más devotos rezaron. Los alcohólicos bebieron. ¿Y yo?

Yo pasé muchas horas en la oscuridad escuchando cómo las escamas arañaban la corteza.

VI

En el centro de México hay un telescopio conformado por trescientos tanques de agua purificada. Cada segundo de cada minuto de cada hora, el agua observa los confines del espacio. Observa los hábitos voraces de los agujeros negros, energía que se detecta a través de una lluvia secundaria de partículas creada cuando nuestra atmósfera desvía y dispersa esa peligrosa energía. El agua observa. El agua tiene ojos.

VII

Antes te dije que no todas las perspectivas son igual de válidas, que tarde o temprano alguien debe abrir la caja y entonces las cosas son como son. Pero creo que te mentí. No queriendo. No con intención. Aún creo en la voluntad. Ahora más que nunca. Cada vez está más claro que el tiempo es simétrico. Que corre hacia adelante y hacia atrás. Lo que hago hoy, cambia lo que hice ayer.

¿Cómo lo explico? Hace muchos años, Lina tradujo una novela de misterio de un autor boliviano muy reconocido. No era lo que traducía normalmente, pero le había llamado la atención. La novela comienza revelando la identidad del asesino. Me imagino que algunas personas dejaron de leer después del primer capítulo. Al final del libro, más allá de los bosques laberínticos, en la punta de la Tierra de Fuego, entre volcanes y témpanos y piedras erosionadas por agua durante milenios, en el último capítulo se revela la identidad de la víctima.

Piénsalo. El momento en que se escribe el nombre del asesino. Piensa en el proceso en reversa dentro de la mente del lector. Paso a paso, del primer al último capítulo. Pero todo ha cambiado ahora que lo sabes. El pasado cambia cuando te enteras de que el asesino apuñaló a su propio padre.

Percibo tu escepticismo. Debes estar pensando en todos los significados y escenarios que piensa todo mundo. Las aplicaciones prácticas. Y, porque tú eres quien eres, llegas a la misma idea una y otra vez: la antigua ciencia de convertir el conocimiento en un arma. Secretos y espías. Incluso la Tierra Prometida fue el trabajo de espías, doce de ellos para ser precisos. ¿No conoces la historia? ¿Qué es lo que enseñan ahora? Ni física ni matemáticas ni historia ni poesía. Todas las cosas, por

cierto, que deberías conocer con profundidad si vas a usar un arma. Deberías ver qué tipo de antecedentes se pedirían si yo estuviera a cargo. Como decía, la historia.

Hay una versión de esta historia en cada esquina del mundo. Los aztecas que buscaban Tenochtitlan, los omeya viajando a Iberia y Moisés enviando a doce espías a Canaán durante cuarenta días (los números siempre han importado) para observar si los israelitas podían conquistar a las personas y adueñarse de la tierra. Diez espías regresaron con reportes llenos de dudas. Pero Joshua y Caleb volvieron y predicaron un resultado ventajoso. Misteriosamente, los diez incrédulos contrajeron la plaga y murieron: dudo que hayan estudiado algo de historia o lo habrían visto venir. Eso significaba que Dios así lo ordenaba. Joshua y Caleb se convirtieron en héroes, aunque eso no los libró de los cuarenta años que los israelitas tuvieron que vagar por el desierto como castigo por sus diez incrédulos. Esa es tu lección de historia del día: un buen espía sabe que no está informando la verdad, la está escribiendo.

Khaled habría conocido esta historia. Qué mal que nunca le preguntaste, ¿verdad? Te llamaría filisteo, pero entonces tendría que contarte otra historia.

Así que para que sea corto te digo que no sabíamos cuáles eran las preguntas, a qué cálculos acceder (el término “correr” ya no aplicaba: todos los cálculos ya se habían realizado en algún lugar o tiempo). No es que se nos hubiera permitido. Los cambios ya habían comenzado. Los científicos renunciaban a sus otros proyectos. Había tres controles para entrar y salir de todos los laboratorios. Hombres y mujeres serios detrás de cada mesa. Y tú, o bueno, ustedes. Posicionados en cada oficina vacía, en cada esquina de cada laboratorio, en el rabillo del ojo donde quiera que iba. La misión de todo espía: el conocimiento de todo mundo posible. Era como tratar de esconder un elefante debajo de una pestaña.

Pero me imagino que tenías que intentarlo.

Hazme la pregunta correcta ahora mismo y sabrás exactamente todo lo que sucedió después.



FELECIA CATON GARCIA vive, escribe y enseña Lengua Inglesa, Estudios Culturales y Estudios Chicanxs en Albuquerque, Nuevo México. Es autora del libro de poesía *Say That*, publicado por The University of New Mexico Press. El texto incluido en esta antología fue tomado de la novela que está escribiendo actualmente, *Petrichor*. Esta novela ahonda en las vidas entrelazadas de tres personajes: un espía renuente, una traductora y un físico, quienes intentan entender sus propias historias, a nivel personal y político, mientras el tiempo empieza a desintegrarse a su alrededor.

ANDREA CHAPELA (trad.), véase semblanza en la p. 81.



KAN/TRAHC

ILIANA VARGAS

El dolor en la cabeza inició minutos después de que S. escuchara el último trueno, justo el que había sonado como si los restos de piedra volcánica sobre los que se erigía la ciudad estuvieran reacomodándose, preparándose para despertar una vez más trasmutados en materia caramelo de vidrio incandescente.

El silencio del fin del mundo no le dejaba abrir los ojos, a pesar de que su conector solar se había activado hacía casi seis horas. Había una interferencia sonora que hacía disminuir la elasticidad del cuerpo áureo, enraizándolo a un arrecife de coral negro, en cuyas puntas vibraba sin cesar la luminosidad de una voz abisal cuya naturaleza, por más que se esforzaba en asociarla con algún elemento terrestre, era irreconocible.

No era la primera vez que se filtraba este tipo de interferencia en el líquido suprasensorial que el despachador le suministraba cada ocho horas. S. lo había detectado desde que intentó disminuir la dosis, provocando un corto circuito al insertar la punta de su plumilla entintada en la entrada metálica del aparato, pero lo único que consiguió fue concentrar el líquido en los tres primeros mililitros de la manguera conductora, de tal forma que, al recorrer el enramaje venoso de su muslo, la densidad sanguínea le provocó un calambre tan agudo e intenso que le hacía percibir una aureola luminosa en todos los objetos de naturaleza fosfórica a su alrededor.

////: DÍA 8

Lo-mal-te-mi-do-re-nace al burbujear el sueño ¿Lo mal te mi do? ¿No será, mejor dicho [disfrutaba bien decir], lo más temido?

[cuestionarse a sí mismo aprovechando la vulnerabilidad de la consciencia era otra de sus fascinaciones]

No. No, no, no, a ver: lo mal temido, quiere decir [se decía] lo que se teme indebidamente... Entonces, si lo que uno no debe temer sobresale de entre todas las sombras —aun de entre las que se ocultan bajo las lengüetas obscenas de aquellos zapatos—, si empiezo a cerrar los ojos abandonándome a la languidez elástica con que El Supremo Dormir se revela en mi cuerpo... descuidaría mi puesto de vigilancia de la muralla defensiva que este quirófano // sala de espera // cápsula cristalizada de criogenización // y yo // hemos construido durante doce días para defendernos de los trozos ambulantes... y ... entonces... si los ojos comienzan a sucumbir a la pesadez con que el frío salta sobre las pestañas para cerrarlos... el cuerpo perdería el incontenible estado de

»ALERTA °taquicardia°pulsación ardiente en la cabeza°taquicardia°« que hemos diseñado para reconocer a los seres encapuchados de púrpura ambarino cuando llegan cargando —con la ayuda de dos tentáculos metálicos a extremo izquierdo y extremo derecho de su indiscifrable cuerpo— enormes recipientes de coleópteros de acero que, al variar la intensidad de la luz que las lámparas dirigen hacia ellos, cambian, sutil, casi imperceptiblemente, de porosidad, de textura, de contorno y parecen —o quieren hacernos creer que parecen— pedazos de carne con forma de pierna adherida a un pie del que EN REALIDAD cuelgan grupúsculos de capullos viscosos plagados de espinas oculares... y vienen, se acercan disimulados hacia nuestra carne expuesta, esa carne que permitimos que nos cortaran a cambio de silencio y kan/trahc... ah... si la pesadez no fuera tan dulce... si los músculos se esforzaran más por no ceder... eso es lo que, bien entendido, es lo mal temido...

////: DÍA 13

El aislamiento acrecienta la intolerancia. Noventa miligramos de contraximoxina y puedo sentir la partícula gaseosa que se filtra con el musgo que crece a paso de oruga en la cuarteadura de la pared, que, igual

que un pan duro desmigajándose, sostiene la ventana y sus herrumbrosos barrotes electrificados.

En la pastosa isla que flota sobre la banqueta de enfrente, diversos cuadrúpedos retozan. De su piel cuelgan pelos de diversos colores, espesuras y larguras. Algunos babean sin descaro. Otros absorben —mediante un acto interminable que evidencia su naturaleza mecánica— la baba, con un trapo que exprimen sobre la pastura seca que les rodea. De entre ellos sobresale uno, cuya animalidad reflejada en la obsesión de lustrar cada parte de su cuerpo con la lengua exaspera mi náusea: la exasperación radica en las transfiguraciones a que este híbrido fosfórico debe someterse para ejecutar con éxito su tarea, pues la lengua es tan corta y el cuerpo largo y voluminoso, que a momentos ensaya marometas y posturas con las que parece querer romperse el cuello, alguna pierna o el cóccix. Si tan solo su gesto fuera menos desesperado y la expresión en sus ojos menos humana... podría olvidar la relación automática que mi cerebro hace al conectar con la imagen, y controlaría la náusea al dejar de reconocer en ese rostro el mío propio, o el de todos los que retozan postrados a mi lado. Al mirarlos/mirarme, regresa, a vuelo de boomerang, la pregunta cotidiana: ¿qué fue lo que fomentó el deseo de someterme a la fruslería enajenada de fabricar un cárnico fosfórico?

¡Ah! ¡Cómo olvidar la seducción instantánea que aquel mensaje produjo en mi médula!

Si usted, amable contribuyente, considera alguna parte de su cuerpo un estorbo, un gasto inútil de espacio, un atentado contra la logística estética de nuestra sobrepoblada comunidad, y no sabe cómo remediar esta terrible carga moral, no se angustie más: háganos saber qué brazo, qué pierna, qué vértebra, qué hueso u órgano cualquiera usted ya no ocupa, y aquí se lo canjeamos por cárnico fosfórico:

¡La Energía del Futuro!

Leí el mensaje ocho veces exactas en busca de un código secreto o una oferta capciosa antes de proporcionarle mis datos a la máquina que amablemente atendió mi llamada telefónica:

1. Firmaría un contrato.
2. Alguien me explicaría el procedimiento quirúrgico.

3. Me quedaría dieciocho días en observación para asegurar que el pedazo de cuerpo sobrante se adaptara al proceso de fabricación de cárnico fosfórico.
- 3 bis. Mi presencia durante el Proceso *Post*, sería una medida de precaución en caso de que se necesitaran porciones frescas de tejido, sangre, ADN, diversos tipos de biopsias e incluso muestras de jugo gástrico y residuos biliares, por lo que no podría abandonar el hospital hasta que el intercambio *se cerrara con éxito...*

Pero ¿valdría la pena tanta docilidad para experimentar la automutilación asistida? ¡Ah, vaya que sí! A cambio recibiría kan/trahc, suministros interminables de esa sustancia que activaba la percepción sutil del oído para regresarle la dulce y complicada función de descubrir, precisar, distinguir sonidos...

A pesar de la mecanización catatónica provocada por la crisis depresiva que vivía cada uno de los seres humanos a causa de la anulación del valor adquisitivo de todo cuanto les rodeaba; a pesar de que ya nada podía ser comprado porque el dinero había perdido todo su valor y la gente adquiriría lo que necesitaba a través del intercambio, perdiendo así la compulsión de comprar en medio de una bonanza económica a tal punto utópica que había resultado desastrosa; a pesar de que los gobiernos de todas las sociedades se esmeraban en mantener distraída a la población con cantidades inconmensurables de imágenes y audios que se superponían unos a otros, S. todavía recordaba qué había sido lo más preciado antes, mucho antes: ansiaba recuperar la placidez que le significaba escuchar los sonidos en frecuencias o salidas distintas, y no en una masa aglomerada de anuncios/bienestar social indescifrable, incomprensible y que no llevaba más que al aturdimiento y a la necesidad de hacerlo todo de la manera más rápida posible para regresar a encerrarse a casa, a esperar, en un silencio enturbiado por ecos interminables, a que llegara de nuevo el día siguiente.

////: DÍA 15

Si tuviera por cierto lo que se anunciaba en aquel mensaje, podría augurar que dentro de tres días estaré listo para salir de aquí. Sin embargo, nada de lo que esperaba que ocurriera ha sucedido, salvo la filtración de ese ruido blanco que se define poco a poco en una voz que parece no cansarse de jugar con las tonalidades, las sutilezas, los grosores que puede lograr, en el humano, el aparato bucofaríngeo torácico cuando el aire lo atraviesa... Y solo puedo oír esa voz cuando me suministran una dosis nueva de cierto líquido luminiscente que me roba fuerzas, consciencia y la voluntad para impedir que se lleven un nuevo pedazo de carne, ya sea de alguna extremidad o de alguno de los órganos que, aunque hasta ahora no han resultado tan “vitales”... exactamente no sé cuáles son... ¿Acaso es eso kan/trahc?... ¿Qué hacer?... La debilidad me mantiene adherido al metal de esto que parece más una mesa de disecciones que una camilla... No puedo... incorporarme siquiera para ver... qué partes del cuerpo poseo todavía... ni qué decir de sentir algo: el frío: el líquido: la inmovilidad: el entumecimiento...ruido blanco... dislexia sensitiva...ruido de sangre en el cerebro... ruido negro...bosque de arterias negras...de neuronas...de hojas negras... oh... desplazamiento de gravedad en la lengua... oh... des...plaza... al menos... ¿al más?... al...mas... todavía puedo... estructurar... frak... frag... mentos... co he tes...corrientes... co he rentes de... ideo...gramas... ga... mas... men...t...a...l...e...s...

- - - - -
 Pero el tercer día no llegó.



ILIANA VARGAS (Ciudad de México, 1978) estudió Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde también cursó un Diplomado en Literatura Fantástica. Es autora de *Joni Munn y otras alteraciones del psicósoma* (Conaculta/FETA, 2012), *Magnetofónica* (Ediciones y Punto, 2015) y *Habitantes del aire caníbal* (Resistencia, 2017). Su obra forma parte de varias antologías y ha publicado cuentos, reseñas y ensayos en medios impresos y electrónicos de México y el extranjero, los cuales pueden consultarse en <alteracionesdelpsicósoma.wordpress.com>. Ha impartido charlas y talleres de cuento en diversas escuelas Normales del país, y cada mes escribe un texto para la columna “Hibridaciones Sinápticas”, de *Vozed* <<http://vozed.org/>>.



LA CARPETA

ANGELA LUJAN

TRADUCCIÓN DE ANDREA CHAPELA

Era de noche y, como era de noche, estaba oscuro. Era una noche oscura y yo necesitaba una carpeta desesperadamente. Por eso, mi madre me llevó a la tienda a comprar una para llevar a clase al día siguiente. Se lo pedí a última hora, así que lo que sucedió después fue culpa mía.

Estábamos regresando de la tienda cuando el coche se detuvo. Una figura se acercó desde las sombras. Un rayo en la distancia dibujó la silueta de un hombre desgarbado.

Mi madre estaba intentando arrancar el coche cuando el hombre se acercó. Yo podía oler sus malas intenciones. O tal vez era el olor del drenaje, pero algo olía mal. Cuando el hombre estuvo cerca, la oscuridad se desvaneció y reveló a un hombre enloquecido. Loco por carpetas.

—¡Dame tu carpeta! —gritó con una amenaza en los ojos.

—¿Qué? No —contesté. Apreté la carpeta contra mi pecho. Necesitaba mi carpeta para la escuela. Era imprescindible.

El hombre se abalanzó sobre mí, abrió la puerta, que por alguna razón no había cerrado a pesar de la cercanía de ese bribón. Me arrancó la carpeta de las manos con tanta fuerza que trastabillé hacia atrás, pero aun así lanzó una risa para celebrar su victoria.

Un rayo de energía que nunca había sentido me recorrió la columna vertebral. Me bajé del coche. Caminé hasta el hombre que, distraído por su botín, no se dio cuenta. Entonces hice lo que tenía que hacer. Le di una patada directo en la espinilla. Una patada muy fuerte.

Gritó y se alejó cojeando tan rápido como se lo permitió la pierna. La carpeta quedó en el suelo.

El siguiente día pasó como cubierto por neblina. Sin importar qué me dijeran, no podía dejar de pensar en lo que había pasado la noche anterior. ¿Realmente había pasado? ¿Qué se había apoderado de mí? Me dejé llevar por mi horario como si fuera una vía de tren. Sin esfuerzo, sin pensarlo. Lo seguí hasta la clase de lenguaje, donde tenía que hacer una presentación pedagógica sobre los participios del pasado y el pretérito perfecto. Gramática.

Cuando el profesor me llamó, me levanté y tomé mis apuntes, que estaban guardados en la carpeta. Mi cuerpo se electrificó con la misma fuerza de la noche anterior. Saqué la carpeta entera de mi mochila y marché hacia el pizarrón, pero antes de llegar, di una vuelta abrupta y salí del salón. No podía seguir en clase. No cuando las calles estaban llenas de criminales. No cuando tenía el poder de detenerlos de una patada. ¿Cuántos robos de carpetas estarían sucediendo mientras perdía el tiempo en clase?

Salí de la escuela y caminé por la calle, pero poco a poco mi confianza se convirtió en desconcierto. Al desvanecerse mi sentido del deber, solo quedó mi falta de planeación. Entonces escuché que alguien gritaba: “¡Ayuda!”. Corrí hacia la voz como si me propulsara un rayo. Di la vuelta a la esquina y me topé con un Blockbuster abandonado. Frente a él estaba un hombre, vestido con un traje de látex azul, que llevaba en el pecho la inscripción BBB en letras amarillas brillantes.

—Tú, niñx —dijo mientras corría hacia mí—. ¿Viste a dónde se fue? Era de este tamaño, cabello café y traía una bolsa de mujer.

Negué con la cabeza.

—Chale. Bueno, ya está fuera del estacionamiento —dijo y levantó los hombros—, fuera de mi jurisdicción.

Muchos pensamientos pasaron por mi mente mientras observaba al raro hombre vestido de azul cuya jurisdicción se extendía por el estacionamiento. Lo único que pude decir fue:

—¿Buró de Beneficios Bancarios?

—¿Eh? Ah, no, no. —Corrigió su postura, apoyó las manos en la cadera y dijo—: Soy el Bandido del Blockbuster.

Y me guiñó el ojo.

—Asaltas Blockbusters.

—No. Los protejo. De los criminales. —Mi silencio hizo que agregara—: Seguramente has oído hablar de mí. Digo, en los últimos años los crímenes en Blockbusters han disminuido y me gusta pensar que es muestra de que estoy haciendo mi trabajo.

—¿Todavía existen los Blockbusters?

Señaló a sus espaldas.

—¿Hola? Hay muchos todavía, ¿okey?

—Okey.

La verdad, no tenía tiempo para discutir con el Bandido de los Blockbusters. No tenía tiempo para aclararle que la palabra “bandido” no significaba lo que él pensaba. No tenía tiempo para decirle que elegir proteger Blockbusters era elegir un nicho muy restringido. No tenía tiempo porque él me acababa de dar una idea de cómo podía ayudar a aquellos en peligro de perder sus carpetas. La idea me propulsaría hacia el superhéroe. Un disfraz.

Me preguntó si quería un autógrafo, pero me negué y dije que tenía que irme. Pasé primero a una papelería y después me fui a casa.

Invertí muchas horas trabajando en el diseño. Consideré *leggings*, capas, chalecos, armaduras, cinturones. Uno de mis bocetos se parecía mucho al disfraz del Bandido de los Blockbusters. Aunque la imitación puede ser un halago, también es ilegal, así que lo descarté. Con cada boceto de un atuendo feo y una prenda sin inspiración, la montaña de basura a mis pies crecía y crecía. Eran garabatos para desechar.

Cuando sentí que el disfraz perfecto se encontraba fuera de mi alcance, me acordé de por qué había iniciado esta cruzada y, entonces, se me prendió el foco. Comencé a dibujar con apremio. Las horas o días pasaron como un torbellino. Cuando volví en mí, el disfraz estaba listo. Aquella noche, salí por primera vez vestido para proteger. Vestido como una carpeta.

Mientras caminaba, me di cuenta de que el viento sería un problema, así que volví a casa y modifiqué mi traje para que fuera menos como una vela de barco. Una vez más, salí de casa listo para asumir mi papel protector, pero con un traje de una carpeta más delgada.

Comencé a patrullar las calles, deteniéndome a mirar cada callejón en busca de ladrones de carpetas o cualquier otro tipo de criminal. Pero

en lugar de crímenes, me encontré con cuadras y cuadras silenciosas. La ciudad estaba dormida y yo también lo estaría pronto.

Decidí tomar un descanso de quince minutos y me senté en una banqueta.

Entonces escuché un tintineo repetitivo. Era desesperante. Se oía cerca, así que fui a averiguar qué era. Conforme me acercaba, empecé a distinguir susurros.

Cling. Cling. Cling.

—Levantadlo bien.

—Hágolo.

En el fondo del callejón había dos figuras sombrías que cargaban algo. Me acerqué para ver mejor.

Dos hombres en armadura sacaban una caja de un camión, pero al verme, se detuvieron.

—¡Ay, no!

Uno miró al otro. Dejaron caer la caja y bajaron del camión.

Cling. Cling.

Eran unos maleantes, ni siquiera la armadura podía ocultarlo.

—Sospecho que este camión no es suyo —dije.

Me dieron nervios, porque no sentí el mismo rayo de energía ante mi heroísmo.

—¿Vuestra merced cree que estamos robando? —Caminaron hacia mí—. Vuestra merced puede estar en lo correcto.

—¿Sabe, vuestra merced, dónde se está metiendo? Somos los caballeros de la Mesa Redonda...

—... de la Maldad —completó el otro.

—Hombre, yo lo iba a decir.

—Lo sé, lo sé. Pero es que me gusta decir esa parte. —Hizo una pausa—. Lo siento.

—Está bien. —Volvieron su atención hacia mí—. El punto es que os retamos a un duelo.

Con cada palabra avanzaban hacia mí con un clamor.

—¡No tan rápido! —dijo una voz familiar que resonó por el callejón—. ¿Dos contra uno? No me parece justo.

—Bueno, en ese caso. Han de ser dos contra dos —dijo uno de los caballeros en armadura.

—Un duelo doble —agregó el otro.

Entonces, Blockbuster apareció sobre nosotros y cayó encima de uno de los hombres metálicos. Él se irguió rápidamente, mientras que su armadura no pudo volver a levantarse. Blockbuster se giró hacia mí y me guiñó el ojo.

—Hola, chamacx.

A diferencia del hombre medieval, Blockbuster se movía con velocidad. Sin embargo, el contrincante llevaba armadura y no necesitaba ser rápido. Blockbuster le dio un puñetazo al metal y se lastimó.

—¡Arg! ¡Te toca a ti, chamacx!

Entonces yo hice lo que tenía que hacer. Le di una patada al hombre metálico en la espinilla. Una patada muy fuerte. Pero, como era de metal, me lastimé.

Blockbuster aprovechó la distracción para acercarse por la espalda. Se arrodilló detrás del caballero en armadura y yo lo empujé con un golpe en el peto. Al trastabillar, se topó con Blockbuster y cayó al suelo de espaldas. Con desesperación trató de levantarse, dio manotazos buscando algo para agarrarse, pero solo encontró aire y rodar de un costado al otro no lo ayudó.

—No puedo creer que cayera con un truco tan básico —dijo el Bandido del Blockbuster. Se levantó y me dio un codazo amistoso—. ¿Verdad? Oye, ¿qué estaban haciendo estos tipos?

—Estaban robando ese camión.

—Ah. Claro, claro. Oye, posa conmigo, ¿va?

Se irguió con las manos en las caderas y yo lo imité. Estuvimos así al menos un minuto, por alguna razón que no pude comprender, y luego Blockbuster decidió llamar a la policía para decirles dónde podían encontrar a los Caballeros de la Mesa Redonda de la Maldad.

—Oye, Bandido del Blockbuster.

—¿Qué pasó?

—¿Qué haces aquí? No estamos cerca de un Blockbuster.

—Pues no quedan tantos Blockbusters. A veces un héroe tiene que adaptarse. En ocasiones —dijo mirando hacia la distancia—, uno tiene que luchar por algo nuevo.

Volvió a posar.

—Ah.

—Nah, es broma. Antes había un Blockbuster cerca de aquí. Cuento todos los Blockbusters. Abandonados, demolidos. Tú sabes.



A la mañana siguiente, mientras leía las noticias en el desayuno, decidí que Blockbuster probablemente tenía razón en reducir su nicho de acción. Después de todo, yo había triunfado solo gracias a él, que había hecho la mayor parte del trabajo. Yo contribuí con un empujón. Esto fue lo que pensé mientras leía una noticia que hablaba de un robo sustancial de carpetas a solo algunas cuerdas de donde me había encontrado con los caballeros medievales. Un robo que pude haber detenido si no me hubiera distraído una pelea que no me correspondía.

Me había olvidado de mi propósito original y me había dejado seducir por un heroísmo abstracto. Tenía un solo propósito y en una noche lo había perdido de vista. Carpetas. El Bandido de los Blockbusters se encargaba de sus tiendas. Los bomberos se encargaban de los incendios. Y yo de las carpetas. Todos eran igual de importantes.

Decidí que tenía que enfocarme en mi cruzada, en mi causa. A la noche siguiente, patrullé las calles. Ignoré los Blockbusters. Ignoré los incendios. Cuando encontré un robo de carpetas, entré en acción.

El ladrón había atacado un Target¹ y estaba huyendo cuando se topó conmigo. Había hecho añicos la puerta de la entrada, por lo que al salir de la tienda pasó sobre los vidrios con las ruedas de la carretilla. Empujaba una montaña de carpetas hacia su coche.

—Alto allí, amigo —dije. En lugar de hacerme caso, soltó la carreta y comenzó a correr hacia su coche. Sentí entonces cómo la corriente eléctrica recorría mi columna y corrí hacia él, interceptándolo—. Te atrapé, ladrón de carpetas.

Me preparaba para golpearlo en la pantorrilla cuando dijo:

—Disculpa, no quiero interrumpir y entiendo que soy un sospechoso, pero ¿realmente crees que estás en lo correcto?

—¿Qué?

—El culpable siempre es aquel que menos esperas. La tienda está sin protección. ¿Sabes lo que muestra eso? Una falta de intelecto.

—¿Qué? No. Cállate —dije. Y entonces le di una patada directo en la espinilla. Una patada muy fuerte.

¹ Target es un supermercado muy común en Estados Unidos, semejante a Walmart.



ANGELA LUJAN es escritora y estudia en la Universidad de Nevada, Reno. Es redactora en *Insight Magazine*. Sus poemas y cuentos se han publicado en *The Brushfire Literature & Arts Journal*.

ANDREA CHAPELA (trad.), véase semblanza en la p. 81.



ROSAS DE LA INFANCIA

RAQUEL CASTRO

Una vez, en mi cumpleaños, me regalaron un zombi. Era la cosa más mona: gruñocito, apestocito, asesinito. Lindísimo. No podía esperar a regresar a clases para llevarlo a la escuela (todos los niños llevan sus juguetes luego de Reyes o en su cumpleaños para presumirlos a sus amiguitos. Mis desgracias eran dos: la primera, que mi cumpleaños caía —y sigue cayendo— a mitad de las vacaciones de verano —aunque ahora no tengo vacaciones de verano—; y la segunda, que yo no tenía amiguitos).

El primer día de clases lo llevé, escondido, por supuesto. Es muy difícil esconder a un zombi, porque no cabe en la mochila y porque hay que tener cuidado de que no te muerda a ti, su dueño (a diferencia de los perros, los zombis sí muerden la mano que les da de comer). Sin embargo, me las ingení y lo disfracé de compañerito nuevo. Un poco crecido, un poco oloroso, pero peores cosas se llegaban a ver en mi escuela.

Nadie se dio cuenta de que aquel día se comió a Juanito, el niño que siempre me jalaba el cabello, porque senté a Zambi (así se llamaba, en honor, por supuesto, a cierto venadito de moda en ese entonces) en el lugar de junto a mí.

La maestra vio todos los asientos ocupados y ni siquiera puso atención en el niño grandote y medio verdoso que devoraba un pedazo de pierna en la fila del fondo.

El segundo día de clases le tocó turno a Lucila, una niña que siempre me hacía gestos. Ella sacaba la lengua y hacía bizco y, de pronto, lo que sacó fue el ojo. Más bien, se lo sacó Zambi de un mordisco.

Pero como estábamos jugando con plastilina, nadie se fijó. Así era mi escuela.

La maestra supuso que habían cambiado de grupo a Lucila. Eso pasaba mucho en los primeros días de clases. Y como las secretarías se llevaban las cosas con mucha calma, normalmente entregaban las listas de asistencia hasta entrado noviembre. Así que Zambí no tuvo ningún problema.

Luego faltaron el mismo día tres niños más. “Juraría que los vi en el patio en la mañana”, dijo Miss Tere, mi maestra (me gustaba su nombre: sonaba a “misterio”), pero nada más suspiró y siguió leyendo su novela condensada editada por Reader’s Digest. Mientras, Zambí se daba el atracón de su vida (de su no-vida) en el tanque de arena del jardín.

Cuando solo quedaban siete u ocho niños, la maestra se preocupó en serio: ¿habría una nueva epidemia de varicela? Peor todavía, ¿de sarampión? Miss Tere nunca había tenido sarampión, y le daba mucho miedo. Así que nos preguntó si nos sentíamos bien. Mis compañeritos asintieron con la cabeza, pálidos, nerviosos, aterrados por mi amenaza: el que me ponga el dedo encima se las ve con Zambí. Yo asentí también, aunque estaba sonrosadita, ojobrillante y sonriente.

Lo malo es que Zambí no asintió, y la maestra se dio cuenta de su color entre cerúleo y apistachado, de su mirada perdida y, en general, de su apariencia de malestar. Por eso la maestra sospechó algo peor que el sarampión: hepatitis. Y, valientemente, salió corriendo por la enfermera.

Qué lástima que la señorita Julia, la enfermera, intentara verle la lengua a Zambí. Podría dulcificar la historia diciendo que, simplemente, no pudo volver a escribir con la derecha, pero la verdad es que no solo perdió la mano, en paz descanse.

Y qué lástima que Miss Tere se puso como loca: pegaba de alaridos y parecía que se iba a desmayar. Zambí se aburrió del *performance* y la mordió, pero nomás tantito.

Cuando la directora se dio cuenta de que mi grupo no había salido al recreo, se preocupó un poquito. Tenía el antecedente de varios padres que habían llamado, angustiados porque sus hijos no habían regresado a casa; ella les dijo que la juventud, cada vez más rebelde, es así: “Dele tiempo, señora: verá que anda de reventón. Ya sé que tiene cinco años, pero le digo, cada vez empiezan más temprano con el sexo y las drogas”, dicen que dijo. Incluso pensó en desbaratar el grupo y mezclarlos con

los otros terceros de kínder, pero, mientras, fue a buscarlos. Se imaginaba que nos encontraría borrachos o durmiendo la mona, qué sé yo.

Ella sí se dio cuenta luego luego de que Zambí no estaba inscrito: llevaba casi un mes de polizón, sin pagar colegiatura. ¡Inconcebible! Quiso regañar a Miss Tere, pero ella respondió arrancándole un poquito de intestino y luego otro cachito más y otro, hasta que se la comió completa. Creo que a Miss Tere no le gusta que la regañen.

El resto del año fue muy tranquilo. Los otros niños del salón me daban sus lonches y jugaban conmigo a lo que yo quería, tantito por miedo a Zambí y a Miss Tere, pero también porque aprendieron a quererme. Después de todo, ya desde entonces era yo una linda persona, y hasta les dejaba escoger a qué niño o niña de los otros grupos se comerían Zambí y Miss Tere al día siguiente.

Pero todo lo bueno se termina: cierta mañana, ya casi a fin de cursos, mi mamá se dio cuenta de que me llevaba a Miss Tere y a Zambí a la escuela, y se enojó mucho: “Qué mala escuela donde dejan que los niños lleven sus juguetes”, dijo. Y me obligó a dejarlos en casa.

Pensé que primero de primaria sería realmente aburrido, aun cuando podía seguir jugando con Zambí y Miss Tere en casa, pero por suerte me equivoqué: en mi siguiente cumpleaños me regalaron un *poltergeist*.



RAQUEL CASTRO (Ciudad de México, 1976) es escritora, profesora y promotora cultural. En 2012 ganó el Premio Gran Angular de literatura juvenil, y como parte del equipo de producción del programa televisivo mexicano *Diálogos en confianza* ganó dos veces el Premio Nacional de Periodismo. Es autora de las novelas *Ojos llenos de sombra*, *Lejos de casa*, *Exiliados*, *Dark Doll* y *Un beso en tu futuro*, así como coantologista de *Festín de muertos*, una antología de cuentos mexicanos de zombis con muchos de los mejores autores de *weird fiction* de México. Tiene una columna sobre literatura infantil y juvenil en la revista *LeeMás*. Su trabajo ha aparecido en inglés en *Latin American Literature Today*, *World Literature Today*, *Nagari*, *Palabras Errantes* y otras publicaciones. Se le puede encontrar en su canal de YouTube <www.youtube.com/Alberto-yRaquelMX> y en Twitter como @raxxie_



DISPARA

PEPE ROJO

Dispara.
Dispara.
Dispara, cabrón.
Dispara.
Dispara.
Mátalos a todos.

No dejes a uno vivo. Ahí vienen. Mierda. ¿Ahora qué pasó? Otro *bug*. Pinches bichos. Yo programé que si ella se quedaba con las llaves no podíamos regresar a mi casa por dinero. La aplicación no sirve en Facebook. Pinches *testers*. Por qué no responden. Una llamada. Cinco llamadas. Diez mails. Reportar el error. Esperar a los ingenieros. Llega la cuenta de la luz. Pinche frío. Cuesta mucho mantenernos calientes. Saca dinero. Cada vez uso menos billetes. Para eso son las tarjetas. Provisiones, defender las provisiones. Se acerca una horda. No, son dos. Darles en la cabeza, así ahorro municiones. Pinche trabajo. Programé mal un *WhichChoices*, el juego se atora. Necesito resolverlo rápido. Pero los zombis siguen aproximándose. Nomás no puedo matarlos. Necesito otras armas. Prendo otro cigarro. Y otro. Mi pareja me dice que ya no le digo tan seguido que me gusta. Sus cabezas explotan. Salpican todo de sangre. Pero son muy rápidos. No me dan tiempo de recargar mi arma. No soy un héroe, solo intento sobrevivir. Matar zombis es lo único para lo que sirvo. Pero soy bueno. Muy bueno. Me duele algo en los pulmones. Un error de lógica. Si ya vi el video esa opción no puede aparecer. Procesos narrativos algorítmicos. Al dar clic aquí reinicio la

historia. Como. Trabajo. Duermo. Trabajo. Como. Trabajo. Duermo. Ya sé pensar como la máquina. Ya sé cómo se mueven los zombis. Ya sé cuánto tiempo se tardan en resucitar. Nuevo data. Lo envío para que lo suban al servidor. Como. Atiendo a mis hijos. Les doy de comer. Y mato zombis. No les gusta lo que preparé. Vienen más zombis. Tengo ganas de ser ojete. Le grito al primero que entra a mi cuarto. No puedo lograr llevar las provisiones al helicóptero. Y tengo que conseguir medicinas. Mato más zombis. Tengo que revisar los dibujos. Toso. Sacó una flema negra. Quizá tenía sangre. No la vi bien. Tengo que entregar el reporte. Y matar zombis. Tengo que revisar el *scoreboard*. No funciona para los *mobiles*. Desbloqueé más misiones. Como. Entrego el reporte. Duermo. Sueño que unos intrusos se meten a mi casa. Sueño que mis pulmones se pudren. Sueño que mi pareja me quiere matar. Despierto. Saco más dinero. Tengo que pagar las colegiaturas. Hoy es el último día. Antes, mato zombis. Tengo que cambiar unos diálogos. Tengo que reprogramar varias rutas. Tengo que hacerme experto en productos de belleza. Me doy cuenta que es fin de semana porque los niños están en casa. Bajo *Los Muppets*. Pretendo sonreír. Pretendo estar interesado. No me han depositado. Rescato a una superviviente. Se ve bonita. Sí me la cogería. No tengo dinero. No tengo cigarros. Mi pareja me da dinero. Están matando a Evelyn. Pinches zombis. En la cabeza. En la cabeza. Me gusta la programación de sus movimientos. Ésos arrastran la pierna. Llevan al límite el movimiento del cuerpo humano. Nada los detiene. Su coreografía digital es implacable. Hasta que reciben el número suficiente de disparos. Caen en un charco de sangre. Salpican todo. Tengo alucinaciones olfativas. Puedo oler su carne pudriéndose. Duermo. Los niños siguen aquí. Tienen hambre. Anoche se cayó el juego. Tengo veinte mails reportándomelo. Que se está perdiendo el dinero. Que cliente no quiere pagar. Que si es el *engine*. Que si es mi data. Que si es el servidor. Soy *Slayer of Zombies*. Como frente al monitor. Espero reportes. Se están peleando. Los voy a ignorar. Arreglo un *bug* fácil. No fue mi error. Los juegos están arriba. Los personajes siguen atrapados en sus rutinas. Pero hay que programarles más opciones. Que nadie se dé cuenta. Programo dos minirrutas. Y mato zombis. En la noche, veo una serie. Me quita el sueño. Bajo. Prendo un cigarro. Mato zombis. Checo el *product placement*. Setenta impresiones de marca en diez minutos. Rejugabilidad promedio tres veces. Doscientas

diez impresiones de marca en media hora. Acierto. En la cabeza. Cae muerto. Desbloqueo otros logros por mi puntería. Me deberían subir el sueldo. Nunca pagan lo suficiente. Y como. Y duermo. Y mato zombis. Son unos ineptos. El juego está abajo. El teléfono no deja de sonar. Me meto al baño. Mato zombis. Teleconferencias. Seattle, Buenos Aires. Programadores en Polonia. No está registrando direcciones. La promoción no sirve. Los ingenieros no responden. Mi hijo ya mata zombis también. Compramos ametralladoras juntos. Como. Trato de programar otros finales. Sin abrir demasiado el árbol. Hay un final al que no se puede llegar. Provisiones. Mato más zombis. Medicinas. Mato más zombis. Veo una serie. Mi pareja se queda dormida en mi hombro. ¡Vas bien! Conseguiste cuatro finales. Ya hay reportes de gente llegando al final feliz. Descanso y mato más zombis. Un juego para hombres. Otro juego para mujeres. Despierto. Cuatro meses para tres proyectos. Tenemos que entregar esta semana. Soltarán la pauta. Miles de jugadores. Consigo más medicinas. Están apareciendo nuevos zombis. Dispara. Dispara. Mátales a todos. Tratamiento rejuvenecedor en una semana. Incluir en todos los dibujos los datos legales de los productos. Tan ricas que son las quincenas. ¡Alguien! ¡Manténgame! ¡Ya! ¿Yo? Yo mato zombis. Están mordiendo a Evelyn. No la podré salvar. El helicóptero se va sin los supervivientes. Tengo que cambiar las rutas. Cliente no las aceptó. Se cae otra vez el juego. Que si cliente no paga, a mí tampoco me pagarán. Muchos errores. Muy poco tiempo. El mandado. Las clases extras. Colegiaturas otra vez. Que si vacaciones. Que si fiesta. Que si los límites del movimiento humano. Que si se pueden programar más opciones. Que si hay muchos errores. Que si hay quejas de los jugadores. Que si estoy ausente. Que si no contesto el teléfono. Que si no me alcanza para un lanzador de granadas. Viernes. Me emborracho. Me despierto. Quince mails. Que si está mal programado. Que de quién es responsabilidad. No mames. No veo con un ojo. No me chingues. ¿Y si lo cierro? Hay que programar el xml. Mañana hay junta con el cliente. No se está registrando el *placement*. No veo. Dispara. Dispara. No puedes parar. No te distraigas. A la cabeza. Son muchos. Que si quedamos de ir al cine. Que si se cancela la promoción. Que si el ingeniero no contesta. Questo, quelotro. Questo, quelotro.

Mientras, yo mato zombis.



PEPE ROJO es un escritor e intervencionista que lleva más de una década trabajando en la zona fronteriza entre las Californias. Ha publicado cinco libros y más de doscientos cincuenta textos que van desde la ficción hasta el ensayo, principalmente sobre medios, cultura y estética contemporánea. Dirigió *Desde aquí se ve el futuro*, una serie de intervenciones de ciencia ficción en la garita de San Ysidro y *Tú no existes* en la Ciudad de México. Ingresó en 2018 al Sistema Nacional de Creadores. Últimamente se le ha visto ondeando banderas de “Tierra y Libertad”.



AQUÍ SÍ SE ENTIENDE TODO

ALBERTO CHIMAL

En el video aparecen dos hombres. Caminan entre los autos por el estacionamiento. La cámara está fija en el techo, o tal vez a una columna de concreto, y ambos se alejan de ella. Uno viste un overol naranja, muy sucio, y el otro una camiseta verdosa que alguna vez fue negra, pantalones de mezclilla y zapatos tenis viejos y gastados. Sus caras nunca se verán claramente: ahora están de espaldas, por supuesto, pero en cualquier caso las sombras serán siempre espesas y negras, de alto contraste. Además, la textura de la imagen es áspera, de poca resolución. Los colores son muy intensos —sobresaturados—, pero esto sugiere que la grabación fue procesada.

De pronto hay un movimiento en el borde de la pantalla. Un tercer hombre se ha puesto enfrente de los otros dos. Está vestido de payaso: pantalones verdes, chaqueta roja y zapatos amarillos. Trae puesta una máscara blanca, probablemente de hule, con mechones de falso pelo de color azul o violeta.

Las facciones de la máscara son las de un demonio, con enormes colmillos.

Los otros dos hombres, evidentemente desconcertados, se detienen. Por unos segundos no se mueven.

En este momento se revela que delante del payaso, entre él y los dos que lo miran, hay un cuerpo tendido en el suelo. Es que se mueve un poco. Está parcialmente oculto en una sombra en el piso y parece, primero, una mancha, una forma sin sentido. El movimiento lo convierte en un conjunto coherente: la cabeza, con un rostro de facciones

inciertas; su brazo izquierdo —una manga larga, un manchón informe que debe ser una mano— y tal vez parte de su torso.

Pasan segundos. Las otras figuras —el del overol, el de la camiseta, el payaso— permanecen inmóviles y permiten que la atención se concentre en el cuerpo tendido. Su movimiento podría ser vacilante o podría ser espástico, fuera de control. ¿Está herido, drogado?

No se sabrá. De pronto el payaso levanta un martillo enorme (¿de metal?, ¿lo tuvo siempre en las manos?) y golpea con gran fuerza la cabeza del cuerpo tendido, que truena (¿o explota?, ¿qué es ese sonido que se escucha?) y arroja un chorro de color rojo hacia el del overol y su amigo.

Ambos gritan. Ambos dan media vuelta, con lo que muestran a la cámara sus pechos y sus caras embarrados del líquido rojo. Ambos huyen corriendo con el payaso detrás de ellos, blandiendo su martillo. Los tres salen de cuadro y no regresan.

El video termina. El reportero cierra la tableta y se la devuelve a la editora.

—Es una de esas bromas pesadas —dice—. De las que hacen con cámara escondida. De seguro el cuerpo que está en el suelo es un muñeco. La cabeza es un globo lleno de alguna sustancia y tiene un resorte o algo que le mueve el brazo. En la página no aparece quién lo hizo, ¿verdad? No hay logos ni nada...

—No.

—Debe estar recortado: lo tomaron de algún otro sitio. Típico. A lo mejor por eso está procesado y se ve así. Mándame la dirección para verlo luego en casa. Y pobre tipo, el del overol, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque estaba hecho un cerdo. A la hora de echarse a correr debió haber tenido un infarto.

Los dos ríen un poco, levísimamente.

—¿Entonces me mandas la nota mañana en la mañana? ¿Qué te dijo el especialista? —pregunta la editora. Se refiere a un académico que aceptó hablar con el reportero sobre su tema: las leyendas urbanas (y sus muchas derivaciones modernas, entre las que están por supuesto videos como el del payaso) y su gran popularidad en algunos países con altos índices de violencia.

El reportero saca su propia tableta, la enciende y abre un archivo. Dice:

—Es un poco obvio, lo que dijo. Que la realidad supera siempre a la ficción, que la gente sabe que las historias de horror más impactantes son las de la vida real, las masacres... A ver, déjame encontrar una parte. —Con un dedo mueve el texto por la pantalla—. La gente en países como éste, dice él, no puede “escaparse”, distraerse con esas historias violentas como lo hace quien no las tiene cerca. Simplemente porque son su realidad. A menos que sea muy rico, que sea político o capo, de escape no le sirven. Y entonces se tiene que buscar otras. Que parezcan reales, pero que tengan que ver con otras amenazas. Payasos asesinos, monstruos del espacio con muchos tentáculos, el Hombre Delgado...

—¿Qué es eso?

—El Hombre Delgado? Un tipo muy flaco, sin cara y como de tres metros de alto que sale en fotos.

—¿A la gente le da miedo eso?

—Es superpopular. Pero el punto, según el tipo éste, es que los monstruos gustan no solo porque entretienen, sino también porque en el fondo son un consuelo. A sus víctimas siempre se les ve de lejos, siempre les va peor que a uno, y además uno puede entender lo que les pasó, cómo se pusieron en peligro, qué error cometieron. Se podría decir que lo mismo pasa en los videos de ejecuciones, de decapitaciones: “qué está haciendo ese tarado en Siria”, “para qué se mete con narcotraficantes”. —La editora hace una mueca y el reportero marca las comillas en el aire—. ... Así piensa la gente. Pero se ve mal admitir que uno se entretiene viendo una muerte verdadera. Mejor ver muertes igual de violentas, pero que uno pueda defender diciendo que son falsas. Hay otra cosa que dice esta persona... —El reportero busca de nuevo en el archivo—. Aquí está. En la vida real uno no entiende por qué le va mal, por qué no tiene dinero, por qué lo deja la pareja, por qué los que tienen el poder hacen las cosas que hacen. Pero aquí sí se entiende todo.

La editora conversa un poco más con el reportero. Luego le dice adiós y este sale de la pequeña oficina. A un lado de la puerta está el Atacante, pero el hombre pasa junto a él sin prestarle atención: no tiene el aspecto de un payaso, un demonio, un ser inhumanamente alto, un monstruo tentaculado del espacio ni un criminal peligroso. Es decir, la estrategia de desinformación del Atacante y sus amigos —que es muy ardua y compleja: que incluye videos como el del payaso y muchísimo más— sigue funcionando y nadie repara en él.

El reportero camina hacia los ascensores. El Atacante brevemente piensa en lo fácil que sería echar a andar tras él, abordarlo en algún sitio discreto y llevárselo. Nadie puede resistírsele. Lo más que podría hacer, ya atrapado, sería adelantarse a cualquier explicación y comprender, sin ayuda, lo que va a sucederle.

Pero, desde luego, algo así sería absurdo. ¿Para qué ir precisamente contra un reportero, que es de los que difunden las noticias fabricadas o matizadas expresamente para permitir las actividades del Atacante y de sus amistades?

“En donde se come no se caga”, dice, con frecuencia, Carablanca, una de las amistades más cercanas del Atacante. Es una persona vulgar y desagradable. Le gusta dejarse ver y luego castigar a quienes cometen el error de mirarla con demasiada atención. Su frase es desagradable, pero no se equivoca.

Así que el Atacante espera a que llegue otro ascensor. Baja al estacionamiento, paga su boleto, sube a su coche y sale a la calle. Conduce a velocidad moderada y sin cometer imprudencias. En poco tiempo ya está ante su casa, ya se estaciona, ya entra y baja al sótano enorme, perfectamente equipado.

Las personas que recogió en la última semana siguen en las jaulas o atadas a las mesas. Y siguen vivas, conscientes, lúcidas.

Nadie entre ellos lo buscó. Nadie tenía afición o interés previo en las historias de conspiraciones y fantasmas. Nadie es tan importante como para que lo echen de menos o investiguen su paradero.

Algunos gritan, para suplicarle o maldecirlo, pero casi todos callan, amansados por los días o semanas o meses de cautiverio. No siempre los más estragados, los que ya no tienen extremidades o piel, son los más dóciles.

—¿Qué pensarían de uno? —dice el Atacante, en voz, alta, pero es una pregunta retórica. Entra en el pequeño guardarropa y sale vestido con la bata blanca y el delantal de cuero, listo para elegir las herramientas que empleará esta noche.



ALBERTO CHIMAL (Toluca, 1970) es autor de las novelas *La torre y el jardín*, que fue finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, y *Los esclavos*, así como de muchas colecciones de cuento, incluyendo minificción y textos experimentales vía Twitter. Ganador de numerosos premios literarios, entre ellos el Premio Nacional de Cuento y el Premio Bellas Artes de Narrativa, su trabajo ha aparecido en inglés en *The Kenyon Review*, *FLURB*, *Nagari*, *Asymptote*, *Latin American Literature Today* y *World Literature Today*, y ha sido antologado en *Best Short Fiction*, *Flash Fiction International* y *Three Messages and a Warning*. Es columnista de la revista *Literal Magazine*. Escribe en el sitio literario <www.lashistorias.com.mx> y tuitea como @albertochimal.



LA MÚSICA Y LOS PÉTALOS

GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE

MARTES

Cada vez que bajo escucho la música. No quiero ir, me da miedo. La música es horrible. Gritan mi nombre y yo sé que van a pedirme que baje, y no quiero. Siempre hay cosas que traer de Allá Abajo: cacerolas, el tejolote para moler, el asador pequeño, gasolina blanca, o la olla especial en la que mi mamá prepara el pollo cuando alguien viene a cenar... y siempre he de ser yo quien lo suba. ¿Por qué? A veces mamá manda a mi hermano, pero entonces él me manda a mí, y no puedo negarme porque si no...

Tal vez lo que hace mi hermano no sea peor que la música. Pero no me gusta.

Antes estaba bien ir al sótano, inventarme historias detrás de los marcos de pinturas que ya no están, o el baúl con la ropa fina y vieja de los familiares muertos, que de tan estrecha hasta parece que la compraron cuando ya eran esqueletos. A veces me la ponía y me paseaba así vestida entre los objetos de Allá Abajo. No había qué temer porque jugaba a un montón de babosadas con la luz prendida, recuerdo que una vez hasta me comí una telaraña para ver a qué sabía (a nada, pero se pega horrible al paladar).

Hasta que comencé a oír la música.

¿Cómo describirla? *Ta ta ta... tara tá taratá...*

Por algo hubo gente muy lista que inventó un método para escribir cómo suena la música, porque poniéndola así creo que no se entiende.

Allá Abajo también están guardados los cuadernos con las lecciones de piano que mi hermano abandonó hace algunos años, pero da lo mismo: no quiero bajar.

Me gustaría describir a qué suena. A veces siento que si alguien más la escuchara me diría: “¡Pobrecita, lo que has de sufrir!”.

Entonces ya no me sentiría tan sola.

LUNES

Hoy llegaron nuevos vecinos. Mi mamá cuenta que antes esa casa, que está junto a la nuestra, era la tabacalera de unos parientes, que ahí despalillaban las hojas y las ponían luego a secar, que siempre olía rico, a Negro San Andrés¹ sin quemar. Y que en una época el sótano de su casa y el de la nuestra estuvieron conectados. Me quedé con la boca abierta imaginando lo enorme que sería Allá Abajo si los juntáramos. Mamá me acarició el pelo. Me atreví a preguntarle: “¿No oyes a veces una música?”. “¿Qué dices?”, respondió con una risita que lo dejó todo claro. Si la oyera me habría dicho: “Sí, y no quisiera que la escucharas tú también”.

No tiene ni idea, pobre mamá. Mejor así.

VIERNES

Los nuevos vecinos son jóvenes. La esposa es muy linda, morena, de rasgos finitos. ¡La piel que tiene!, igual que la madera pulida. Si te acercas mucho a ella huele delicioso, a cucharón nuevo. Al esposo no lo vi, pero otra vecina comentó que se parece a los curas españoles de los cuadros. Quizá hoy en la tarde lo conozca.

Mi hermano ha estado muy tranquilo, pero parece que la vecina lo alborotó. A ver si no se pone pesado conmigo. No quiero escuchar la música. Todo parece tan normal ahora...

La primera vez que la oí yo iba bajando las escaleras. Me habían pedido que subiera una manta de lana, porque el viento soplaba fuerte y en las noches así llega a refrescar. La melodía se escuchaba hueca, apagada, como a través de una pared. Pensé que a lo mejor en la casa

¹ Puros elaborados con tabaco negro plantado en el pueblo de San Andrés Tuxtla, Veracruz.

de junto alguien estaría tocando un instrumento, ensayando la misma melodía una y otra vez, una muy corta, insistente. Pero claro, la casa estaba vacía. No hay más que decir, solo el aire soplando dentro de un tubo de metal para repetir esa frase. ¿Qué dirá?

Cuando la oigo, siento la misma tristeza que tuve cuando visitamos el faro del puerto. La sirena me sonó como un aullido, pero mamá dijo que el faro salvaba a los barcos de perderse en la noche del mar. A mí me pareció que el faro gritaba: “Den vuelta atrás, porque aquí está el peligro, aquí no hay nada”. A eso suena la música.

Es difícil explicarlo.

Quizá el día en que lo logre la deje de escuchar.

SÁBADO

Mi hermano es un hipócrita. Cuando está mi mamá es una seda el hijo de la fregada. Yo no lo acuso porque aquello le daría un gran disgusto a mamá, y con lo mucho que trabaja y tan sola que está...

Ayer, el idiota andaba merodeando entre la parte trasera de las dos casas, aprovechó que la hierba está muy crecida por las lluvias para esconderse. Lo vi mirar a la vecina, que no hacía gran cosa, nomás acomodar trastes en la cocina y buscar por todos lados un paquetito que luego abrió con desesperación. Y en eso llegó el esposo. Por suerte mi hermano nada más miraba, aunque de todos modos el señor se molestó bastante. “¿Qué quieres?”, le dijo, muy brusco. “Nada, oí que andaba un animal por aquí”, dijo su voz, que adoré escuchar tan temerosa. El hombre, para mi sorpresa, debió intuirme porque volteó a verme en mi torpe escondite detrás de las cortinas. Mi hermano volteó también, y con solo ver la cara que puso supe cómo me iba a ir después.

El señor llamó a su mujer. El nombre de ella, en sus labios, sonó extraño, grave. Mi hermano dio las buenas noches y entró a la casa veloz entre tallos y mosquitos. “Vamos abajo”, me dijo. “No”, contesté con un hilito de voz mientras me jalaba el pelo y me conducía a las escaleras detrás de la puerta. Escuché la música otra vez cuando mi hermano apagó la luz Allá Abajo; y él, junto con todos los cachivaches, se convirtió en sombra.

A veces no sé qué es más terrible, si la música o la voz ahogada de mi hermano.

En lo profundo de mi cabeza la melodía retumba acompañada de un gemido hondo, seco, la combinación me sumerge en un sopor denso. Me siento tan pesada que me hundo, siento que me paralizó, pero lo más extraño es que no es mi cuerpo el que no puede moverse, soy yo. Y sin embargo, ahí estoy, lo veo todo frente a mí ocurriendo mientras las notas se repiten, mientras cosquillea en mis piernas la sensación terrible de que la caída nunca acabará y eso que siento que soy yo y no mi cuerpo se sumerge en un pozo negro de espesas aguas, la música adueñándose de mis manos, de mi carne... Mi hermano recompone su cara de eterno idiota para subir las escaleras. Y es hasta entonces que yo vuelvo de aquella oscuridad, de aquella muerte.

Antes no era así. Las primeras veces duraba poco.

Pero ahora cada vez es más resistente. Más insatisfecho.

LUNES

Hoy salí a dar una vuelta por el río y encontré a la vecina vagando descalza por la orilla. “Ven”, dijo, “¿me ayudas?”. Me paré junto a ella y se agarró de mi brazo. Alzó uno de sus pies chiquitos, chiquitos, y con la otra mano sacó la espina que se le había clavado. Me dio las gracias con la coquetería de la que yo carezco. Se fajó el suéter grande que llevaba, necesario a causa de la extraña bruma que cayó en la región por estos días. Rebuscó en los bolsillos para sacar un cigarro que encendió como las señoras elegantes. Habló de varias cosas, pero no le puse mucha atención hasta que el viento me produjo un escalofrío y ella tocó mi brazo. “¿Tienes frío? Tengo chocolate en la casa, te invito”. Y fui.

Su casa es casi igual a la mía, a pesar de que todavía le queda aire de fábrica. La vecina sirvió el chocolate en tazas azules, muy lindas, sosteniéndose con los dedos los rizados apretados lejos de la cara. Me dio un poco de lástima. La sentí sola, sobre todo porque se puso a platicar conmigo como si yo fuera una amiga de su edad. Hasta me preguntó si tenía novio (me puse roja, claro). “Estás muy bonita. Si yo te hiciera un peinado así y así (decía mientras me alzaba el pelo en la coronilla, lo retorció a los lados, lo sujetaba con horquillas), te tendríamos que espantar a los pretendientes”. De repente puso cara triste, me examinó y con un suspiro dijo: “Pero tienes curiosidad de niña todavía”. Si supiera. Yo no sabía si una se podía emborrachar con el chocolate, pero sentía la

cara hirviendo y la voz valiente, así que le sorrajé la pregunta: “¿Te gusta tu sótano?”. Se echó a reír y contestó: “¿Y a ti, el tuyo?”. “Ven”, me dijo, y la seguí por tercera vez.

Abrimos la puerta que conduce a ese otro Allá Abajo, y se nos vino encima una cara sin color, semejante a la parafina de las velas, los ojos idos, vidriosos. Su marido.

“Vamos a bajar”, le avisó. El hombre no contestó. Solo la miraba a ella, embelesado y tullido como un muñeco de cera que hubiera bajado, desorientado, de su pedestal. Luego siguió de largo.

Su sótano, a comparación del nuestro, tiene menos objetos expuestos. Hay pilas y pilas de cajas, algunos muebles viejos, otros que pertenecían al negocio del tabaco. Mejor iluminado, eso sí.

“Me dijeron que nuestros sótanos están conectados”, hablé, todavía borracha de chocolate.

“Sí. Por ahí se pasaba”, respondió y señaló con una mano lánguida hacia el muro. “Ahora ya está sellado”.

Yo no esperaba esa respuesta. Me acerqué. Entre cajas y huacales vi que en la pared se distinguía el resane de una silueta, la de una portezuela, quizá. Parecía una cicatriz irregular y brillante que hablaba de alguna herida sufrida por las dos casas. Recargado en el mismo muro había un elegante estuche negro. El estuche de quién sabe qué instrumento musical.

“Era de mi padre”, me dijo como si me hubiera leído la mente. “El Negro”, dijo pateando las palabras fuera de su boca con amarga burla.

Así empezó, sin más. Me sentí incómoda, pero pensé de nuevo en su soledad. Hablar de su familia, una vez casada y lejos de los suyos, era lo más lógico.

“Aquí en la esquina lo tenían. Amarrado. Ya sabes cómo era la gente con sus esclavos”.

Abrió el estuche con sus dedos largos y morenos. Había una especie de flauta larga, con muchas llaves y tubitos desarmados a los lados.

“Fagot, se llama. Sabrá dios cómo se arma”, dijo entre desdeñosa y sonriente.

Cerró el estuche. Cogió el trapo que tenía atorado en su delantal para limpiar las tapas de las cajas, llenas de polvo.

“Tu familia tenía a mi padre desde que era niño, era su peón. Tú debes saber lo que se dice: que fue mi padre el que le pegó el mal a tu

tío, el que estaba loco. Pero no fue así. Todos saben que fue al revés... pero había que echarle la culpa al negro...”.

Me miró, angustiada. “Ay, yo creo que no te debo hablar de eso...”, dijo y lo tostado de su rostro se tornó color ladrillo.

“Me sé la historia, mi mamá la cuenta a cada rato”, le dije. Mentira. Mi mamá odia hablar de eso. Odia reconocer que mi hermano es como la familia de mi papá, odia recordar que ellos, tan rubios y tan puros, preferían casarse entre sí, que ella había sido uno de los frijoles en el arroz de aquella estirpe francesa. Tanto nos despreciaron por manchar su linaje que a regañadientes nos dejaron vivir en nuestra casa cuando murió mi papá.

“Entonces sabes por qué estoy aquí”, dijo. Imagino que mi cara de tonta fue evidente porque dio un suspiro largo, se sentó en un huacal y, sacando el paquetito que el otro día buscaba, siguió contándome la historia.

“Mi padre tomaba esto para estar fuerte y lúcido”, dijo a la vez que me enseñaba el puño de pétalos de colores contenido en el paquetito. “¿Qué es?”, pregunté. “Otra clase de tabaco”, respondió con un brillo raro en los ojos, como aguantándose la risa. Olía a una mezcla de vainilla y ese olor secreto de los hombres que yo solo he conocido en mi hermano. “Mi padre trabajaba con tu tío, algo de él le gustaba. Lo jalaba para todos lados”, comenzó a decir, agarrando un puñito de pétalos, algunos secos, otros blandos. “Era su mano derecha hasta que mi padre se enamoró de mi madre y nació yo. Pero ya sabes cómo era tu tío, ¿o no te contaron?”. No me dio tiempo de responder, y no creo que esperara que yo dijera algo. Entrecerró los ojos como para enfocar la imagen de aquel hombre omnipresente en mi casa, en los objetos de Allá Abajo, en las fotografías empolvadas que mi madre nunca quiere ni tocar. “Era muy necio, agresivo. Aquello que quería, lo conseguía. Pero lo perdía la calentura”, aquí la vecina se puso los pétalos en la lengua. “Le echó el ojo a mi mamá. Güero como era —así, igualito que tu hermano—, sentía que no había quién se le resistiera, pero con mi mamá no pudo por las buenas... entonces envenenó a mi padre con esta cosa”, dijo sacudiendo los pétalos, que sonaron vivos como los guijarros arrastrados por la lluvia. “Lo volvió loco. Aullaba. Yo me acuerdo”.

Afuera, las cigarras y besuconas eran el único ruido del crepúsculo. Sentía la piel pegajosa y húmeda dentro de aquel lugar en el que se

trasmínaba la vida de arriba: el vapor del chocolate caliente, el perfume del señor de la casa, el regusto de la cal que blanqueaba las paredes, el aroma dulzón de aquellos pétalos. ¿Dónde, de qué árboles o de qué ramas florecerían?

La mujer masticó dos o tres como si fueran tabaco. Los ojos se le agrandaron, parecían más negros, más brillantes. Me miraba raro, pero no me dio miedo. Yo quería saber.

“Tu tío era el loco de nacimiento. Mi padre, el loco fabricado”; y con esta frase se echó a reír con aspereza, sus rizos enmarañándose cada vez más. “Por el día trabajaba, y al oscurecer lo encerraban acá, en el sótano. Creían que nos lo llevaríamos lejos si se quedaba con nosotras, en nuestra casita miserable. Ni siquiera podíamos decidir irnos con nuestra tristeza a otra parte. Mi madre se vestía de domingo cada que veníamos al sótano, como si el talco o el carmín le pudieran devolver la cordura. Pero ni su mujer ni su hija: era la música lo que le devolvía algo de paz. Tu tío le había regalado su fagot porque nunca aprendió a tocar bien, por vago, por fodongo. Por cochino. Prefería entretenerse con otras cosas, hacerles hijos a sus hermanas o a sus cuñadas, aunque estuvieran casadas. Mi padre aprendió a tocar el fagot mientras caminaba en su encierro, en su reino del sótano. Todo un Yanga,² mi padre. Tocaba precioso...”. La vecina entornó los ojos, iluminados de pronto. A mí todo me parecía brillante, espléndido en aquel momento, no sé si ella se daba cuenta. “Como si nos hablara con la música. Las cosas lindas que no podía decir, las soplabla dentro de las notas inflándolas como globos para que las entendiéramos, para acariciarnos con los brazos de la melodía”.

“¿Quieres más?”, me ofreció el paquetito, sus pétalos tenues, de colores hermosos. Entonces entendí que le había puesto aquella cosa a mi chocolate. Me reí más de la cuenta. Negué con la cabeza y me dejé llevar por esa blanda sensación. La vecina siguió, sus oscuras pestañas haciéndole sombra en los pómulos. “Mi mamá me traía de visita, también vestida de domingo, peinada con listones. Qué hombre grande y

² Yanga: Localidad ubicada entre 80 y 100 km del puerto de Veracruz habitado por esclavos traídos de África y que se levantaron en contra del colonialismo español el 6 de enero de 1609, convirtiéndose en el primer pueblo libre de América. Lleva su nombre en honor a Gaspar Nyanga, el líder de la rebelión, al que se le suele calificar de príncipe o guerrero.

oscuro era mi padre. Sus ojos refulgían en la densidad del sótano, muy blancos, muy abiertos. Me tomaba en brazos y me besaba con tanto cuidado, como si me fuera a romper. A mi madre la adoraba. Le acariciaba las mejillas, la veía largo rato. Y luego se echaba a llorar. Tomaba el fagot y tocaba esas canciones tan bonitas que él mismo componía. Hasta que tu tío... bueno. Después de eso solo tocaba la misma melodía, una y otra vez, una canción incompleta, desafinada, horrible”.

La vecina perdió la mirada en la esquina del sótano, como si estuviera viendo una atrocidad. Entonces sentí un vacío en el vientre porque la música, mi música, salió de su boca: *Ta ta ta... tara tá taratá...* Después me miró. Sus ojos lucían desesperados. Calló un momento. Luego su rostro delicado se transformó. “Tu tío la desgració, aquí mismo. Mi padre ahí amarrado, mirando. Yo dormía. Sabía que mi madre era brava, que algo haría después de semejante injuria. Por eso la mató”. Miró los pétalos con desconcierto, tomó un par. Sus ojos cambiaron otra vez, profundos y compasivos como los de un animal. “Ay, linda, qué porquería de mundo”, dijo con la voz entrecortada.

MARTES

“No me gusta que andes figoneando con la vecina. Su marido es muy payaso”, me dijo mamá hoy. “¿Sabes que somos casi como de la familia?”, le contesté con sorna, nunca le había hablado así. Pensé que se enojaría, pero en lugar de eso parecía sorprendida. “Eso supuse”, respondió. Lo que confirma que mi madre lo sabe todo. ¿Sabrá también de mi hermano, de mí...?

De todos modos, somos tan miserables que mi desgracia no tiene de dónde heredar una casa que pague las culpas del hijo demente.

MIÉRCOLES

Les he preguntado a las otras vecinas qué saben de la muerte de mi tío. “Murió de lo suyo”, me respondieron. Dicen también que le trataron el espanto, pero no surtió efecto. Otros piensan que lo embrujaron, otros, que murió cundido de rabia. Lo que todas cuentan es que el ataúd estaba vacío, quién sabe por qué. A nadie le pareció raro porque la familia así era con sus cosas: extraña, desapegada. Indiferente. Así serán los locos.

No hizo falta que yo preguntara por el Negro. En cuanto empezaron a cuchichear sobre mi nueva amiga, salieron las teorías de sus lenguas largas: que mató a un niño, que huyó por la tarde sobre un caballo color nube, las enormes manos batidas en sangre manchando su crin.

Las demás mujeres de nuestra calle tratan bien a la vecina cuando la encuentran de frente, pero a sus espaldas hablan de su descaro, de que se le transparenta la falda, de que no usa sostén. De que su marido debe andar entoloachado para no darse cuenta de lo que tiene en casa.

Ella me saluda normalmente, haciendo de cuenta que no me contó nada. No he vuelto a escuchar la música. Mi hermano anda entretenido por otros lares, y yo, feliz, ayudo a mi mamá a lavar el cerro de ropa pendiente, imaginando que estamos solas ella y yo, que nos bastamos para este mundo.

JUEVES

Vi desde las cortinas lo que ocurrió.

Mi hermano habló con la vecina. Llevaba unos discos, se los puso. Ella le dio tantita coba, pero después ya estaba muy incómoda. No se sentó con él ni un momento. No es la mujer que las otras aseguran. Creo que ninguna mujer es esa que las vecinas describen y a la que tanto les gusta insultar. Luego mi hermano comenzó a acercarse mucho. Entonces ella abrió la puerta trasera para que saliera. Él empezó a reclamarle con palabras y gestos soeces. La vecina hacía pucheros, ponía la misma cara que ponen las niñas a punto de llorar, pero no le regresó las majaderías. Quise salirme, ir a donde estaba mamá, seguramente en alguna de las casas a donde iba a planchar. Pero cuando abrí la puerta de casa, entre la bruma extraña, caliente que hacía, él me salió al paso. “Vamos abajo”, me dijo con la voz llena de aquel olor.

Mientras descendíamos, mi hermano gritaba cosas terribles acerca de cómo las mujeres nomás viven para provocar, para ser la desazón en la vida de los hombres, que nos gusta hacernos las tontas. Me jalaba el pelo, me daba mordiscos y estrujaba mi carne, mi pobre carne que comenzaba a paralizarse, a oír la música. Tropezamos con el banquillo del piano, las partituras se desparramaron por el piso como una baraja, ¿estaría ahí escrito el antídoto contra la horrible melodía que se acercaba? Masa informe de sudor, cabellos rubios y lengua era mi hermano

encima de mí, ¡y la música! Un estruendo desesperanzado me asfixiaba sin remedio. Entonces la música sincronizó su ritmo con el de mi corazón, oscureciéndolo todo. El leve aliento que yo era se entumió en la duermevela. Mi cuerpo quieto abrió los ojos de pronto, otros ojos. Mis manos, otras manos, se alzaron gruesas contra el cuello blanco de aquel hombre, y apretaron y apretaron... Mi hermano golpeó mi cara de niña, pero mi cara, otra cara, se abalanzó contra la suya, y la mordió, y devoró sus mejillas en trozos pequeños que me supieron dulces, el dulzor del cerdo y la tibieza de la sangre en mi boca, otra boca, una grande, de dientes blanquísimos. Y luego todo mi cuerpo, otro cuerpo, alto y furioso, sometió a mi hermano a patadas, a mordiscos; a pedradas desprendió su piel, a golpes molió y separó sus miembros. Mi cuerpo, ese otro cuerpo hecho de música, de melodía sólida, tumbó con rabia el muro que dividía ambos sótanos, y ahí echó los dientes y los brazos y los pelos de linaje casi puro, junto a los otros huesos infames, ya carcomidos y viejos. Después mi cuerpo espléndido, mi otro cuerpo fibroso, sonoro, buscó con qué cerrar el boquete en la pared.

Supongo que esta vez la música fue difícil de ignorar. Mi mamá ya había bajado al sótano, Allá Abajo, conmigo. Me esperaba al pie de la escalera con la pala y el saco de yeso.



GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE es escritora de narrativa y ensayo, periodista de cine y literatura. Junto con otras autoras, artistas y gente de diversas disciplinas científicas pertenece al Cúmulo de Tesla, colectivo que desea fortalecer las relaciones entre el arte, la ciencia y la ciencia ficción. Ha publicado en antologías como *Los viajeros. 25 años de ciencia ficción mexicana*, *Festín de muertos*; *El silencio de los cuerpos: relatos sobre feminicidios* y *Three Messages and a Warning* (Small Beer Press, 2010), nominada al World Fantasy Award. Twitter: @gabrielintica

NOTA: Este cuento se publicó en *Palabras Errantes. Latin American Literature in Translation*. Disponible en <<http://www.palabraserrantes.com>>.



EL AIRE LIMPIO OLERÁ A ALBARICOQUE PLATEADO

ANDREA CHAPELA

Rikka despierta, salta de la cama, se pone las pantuflas de flores rosas que esperan en el suelo porque papá siempre la regañaba por andar descalza y corre hasta el cuarto de mamá. La puerta abierta, la cama hecha, las cortinas echadas. El libro *Árboles del mundo* sigue abierto en el capítulo que leyeron la noche anterior. Mamá no está allí. Rikka da media vuelta y baja las escaleras hacia la cocina.

Encuentra a mamá sentada, una taza que ya no humea frente a ella, la cabeza apoyada en las manos. Rikka se detiene en la puerta. La cocina también está a oscuras. Las sombras la aplastan, siente que necesita guardar silencio, mamá salta con el menor ruido, pero Rikka está harta del silencio.

—¿Puedo checar los niveles? ¿Puedo? ¿Puedo?

Mamá levanta la cabeza. Le sonrío suavemente y extiende la mano en señal de bienvenida. Rikka atraviesa la cocina para recibir el abrazo. Apoya la cabeza en su pecho y el olor a seguridad la envuelve. Con sus dedos, mamá le desenreda el cabello lacio y negro. Rikka aguanta un par de minutos, pero cuando no puede esperar más se desenrosca del abrazo.

—¿Puedo checar los niveles? —repite bajito.

—¿No quieres esperar al abuelo? ¿Recuerdas qué día es hoy? Vamos a ir al Bosque Regional.

Rikka asiente.

—Podemos checar los niveles antes de que Jiji llegue.

—Rikka...

—Por favor —extiende cada vocal mientras habla.

Mamá se levanta y Rikka nota que no trae pijama, sino la ropa del día anterior. La sigue hasta la puerta de cristal que lleva al jardín. La cápsula blanca las espera al fondo, cerca de la verja donde ningún árbol le hace sombra al retoño de ginkgo que se asoma. La cápsula o maceta, como la llama mamá, es suficientemente alta como para llegarle al pecho a Rikka y suficientemente ancha para que cuando la abrace, sus dedos apenas se rocen del otro lado.

Llegó hace veinte días. Jiji la trajo en su camioneta y a pesar del dolor de espalda la cargó hasta el jardín. Desde entonces Rikka se ha levantado cada mañana para pedirle a mamá que revisen los niveles: humedad, nutrientes, luz. Rikka aprieta los botones uno tras otro y mira las gráficas en la pantalla. Luego observa con cuidado las hojas, comparándolas con sus dedos. Revisa si hay alguna hoja nueva, si han cambiado de color, lleva una cuenta exhaustiva del crecimiento. Le sonríe a mamá cuando termina su inspección.

—Le voy a contar de mi diente —dice y señala el hueco en su boca.

—Jiji llega en una hora. ¿Me prometes que vas a estar lista?

Ella asiente y mamá regresa al interior de la casa. Rikka le cuenta al ginkgo en la maceta sobre el diente que se le cayó la noche anterior. Mamá le estaba leyendo y Rikka jugaba con el diente flojo cuando de repente *pop* y el diente estaba en su mano. Una brisa mueve las hojas verdes del ginkgo y Rikka siente que la escucha. En los últimos veinte días ha crecido tanto que ya está listo para cambiar de hogar. A Rikka le han explicado varias veces que los árboles normalmente no crecen tan rápido, que la cápsula tiene nutrientes modificados, que es un proceso acelerado, pero ella no ha puesto atención, todo su interés se centra en los cambios que observa día a día: la aparición del retoño, de las primeras ramas, de los primeros capullos, de las primeras hojas, los cambios de color, la caída de algunas hojas, la aparición de otras. Pronto, le ha dicho Jiji, será tan alto como ella.

El ginkgo representa resiliencia, supervivencia, incluso renacimiento. Hace cien años cuando cayó una bomba atómica, en Hiroshima sobrevivió un ginkgo que aún está vivo. *Árboles del mundo* tiene un capítulo dedicado al ginkgo, el mismo capítulo que mamá le ha leído cada noche. Tantas veces ya que Rikka puede corregirla cuando se distrae y lee algún detalle incorrectamente. El *Ginkgo biloba* es un fósil viviente, un

árbol que existía en la época de los dinosaurios y que no tiene ya ningún pariente vivo. Es uno de los árboles más longevos y que purifican mejor el aire, tal vez por eso fue elegido hace treinta años como la especie a modificar para limpiar el aire. Rikka nunca ha ido al Bosque Regional, la reserva más cercana, pero ha visto videos y Jiji ha respondido todas sus preguntas. Le dijo, por ejemplo, que cuando el presidente anunció las nuevas iniciativas en las que cada ciudadano contribuiría a reforestar mencionó que en el futuro el aire olería a albaricoques. Rikka se cruzó de brazos y contestó que las frutas del ginkgo olían muy mal y que no eran albaricoques reales; ese solo era su nombre en chino.

—¡Rikka! Jiji ya va a llegar. Sube a vestirte.

Rikka elige su mejor vestido, uno blanco con encaje. Se pone también las botas de campo, amarillas y pesadas, que papá le compró para que fueran a acampar el próximo verano. Cuando suena el timbre, baja las escaleras de dos en dos gritando que ella abre. Rikka ni siquiera se detiene y se lanza directamente a los brazos de su abuelo. Jiji, un hombre grande, con el cabello blanco y los brazos fuertes, recibe a Rikka. Ella comienza a hablar de su diente, de la cápsula. Mamá abraza a su suegro y luego mira a Rikka.

—Ese vestido... —empieza, pero Jiji la interrumpe.

—Deja que la niña se ponga lo que quiera.

Mamá suspira con cansancio y no continúa la discusión.

—Por lo menos sube por un suéter antes de que nos vayamos.

Rikka sube las escaleras de dos en dos, toma el suéter y, en el último momento, también toma el diente que escondió entre sus calcetines la noche anterior, para que el ratón de los dientes no lo encontrara.

Cuando baja, corre al jardín. Se detiene al cruzar la puerta de cristal y camina hasta el pasto aplastado donde antes estaba la maceta. ¿Por qué tienen que llevarse el ginkgo? ¿No sería mejor que se quedara con ellas en la casa? ¿No limpia el aire igual de bien desde allí? La voz de Jiji desde la reja le hace alejar la mirada del pasto. Sale por la puerta lateral. Jiji está cerrando la puerta de la cajuela.

—¿Lista? —le pregunta.

—¿No puede quedarse con nosotros?

—Los ginkgos tienen que vivir en el Bosque Regional. Son las reglas —dice mamá. Tiene la puerta del coche abierta y parece que es lo único que la sostiene, como si al soltarla fuera a caerse.

—Pero...

—Tenemos que irnos, Rikka, o vamos a llegar tarde a la cita.

Rikka obedece a mamá y sube al coche. Salen de casa, toman la calle, se alejan del vecindario con todas sus casas tradicionales, el pequeño pueblo pasa rápido a su alrededor. Papá y mamá habían elegido vivir ahí por la cercanía con la naturaleza, que era un claro beneficio para criar a una niña.

Cruzan el río cristalino y brillante bajo el sol. Veinte minutos después, Rikka señala la línea de árboles a la distancia. Pasan por debajo del arco que anuncia la entrada al Bosque Regional y se internan en busca del lote 3307.

Un hombre alto, vestido con un traje negro, pero con el pelo en una coleta larga, los espera en la entrada de la sección. Se inclina cuando estacionan el coche. Luego se acerca a la cajuela y ayuda a bajar la cápsula, aunque Jiji insiste en llevarla. El hombre los guía y ellos lo siguen.

Rikka observa alrededor, los árboles, todos ginkgos, son enormes, mucho más altos que las imágenes del libro. Algunos han comenzado a ponerse amarillos anticipando el otoño. La mayoría de los árboles en esta sección tiene más de veinte años, según las placas que hay frente a cada uno. En algunos casos, los árboles tienen un pequeño altar, una fotografía en frente de ellos. Rikka, que no ha perdido el placer de su recién adquirida habilidad de leer, busca cada uno de los nombres y los lee en voz alta.

Al llegar al lote ya hay un hueco abierto. El hombre y Jiji acomodan la cápsula, pero hacen una pausa antes de accionar la pequeña excavadora mecánica que abrió y cubrirá el hueco.

—¿Necesitan un momento? —pregunta el hombre a mamá—. Se puede encender incienso si lo desean.

Ella niega, pero voltea hacia Rikka cuando ella jala la manga de su vestido negro.

—¿Puedo dejar esto?

Saca su mano del bolsillo y le muestra a mamá el pequeño diente. Mamá asiente, incapaz de hablar, así que Rikka camina hasta la macesta, se inclina sobre ella y la observa por un momento antes de enterrar el diente cerca de los sensores.

Regresa junto a mamá, quien la toma de la mano y la aprieta como si necesitara ese contacto para mantenerse en pie. La pequeña excavadora

mecánica se despierta y comienza su trabajo. Durante los diez minutos que le toma cubrir el hueco, el único sonido es el ruido metálico de la pala al subir y bajar. Rikka la observa sin alejar la mirada, no quiere ver a mamá, ya es bastante con sentir su mano que tiembla. Vuelve a pensar en pedir que se detenga todo, tal vez debería decir algo, quizá no está bien que dejen la maceta allí, podría volver con ellas, pero no encuentra las palabras. El temblor de mamá la calla cada vez que quiere hablar. Cuando la excavadora termina, el hombre vuelve a inclinarse y se aleja. Les da un momento.

Mamá no dice nada antes de dar vuelta para irse, pero Rikka se niega. Se pone dura, no se mueve.

—¿Qué pasa? —la voz es casi un suspiro.

—¿Papá no puede regresar con nosotros? Ya no quiero que se quede.

Mamá se arrodilla para quedar a su altura y Rikka nota que tiene los ojos rojos.

—Cariño, papá tiene que quedarse aquí. Te lo expliqué, ¿te acuerdas? Papá es un árbol ahora. Papá vive en la cápsula y ahora es un ginkgo y va a vivir en el bosque. Vendremos a visitarlo, te lo prometo.

Rikka mira el retoño, la tierra fresca a su alrededor hace que, entre los árboles grandes y frondosos del bosque, parezca más pequeño ahora que la maceta ya no se ve. El árbol se alimentó de las cenizas de su padre para permitirle crecer más rápido y grande que los ginkgos normales. Rikka sabe que son un mismo organismo, pero aun así no se mueve. Jiji nota su vacilación y la toma en brazos. Rikka siente que se le abre un hueco adentro y por primera vez desde la noche en que Jiji la llevó a casa desde el hospital, se echa a llorar mientras se alejan. ¿Qué importa que el ginkgo represente renacimiento, que todos estos árboles estén limpiando el aire para que Rikka pueda jugar en la calle, que ahora en vez de cementerios haya bosques y los problemas forestales se hayan hecho personales? ¿Qué importa todo esto si papá se queda aquí y ella se va?

De aquella noche recuerda el sonido de la lluvia contra el parabrisas. Se mezclaba con la música clásica de la estación que papá siempre ponía. Rikka iba sentada atrás, leía en voz alta cada uno de los carteles que pasaban. Papá y mamá discutían enfrente. Recuerda el sonido de sus voces, aunque no recuerda qué decían, recuerda la cara de papá cuando se giró a pedirle que dejara de leer, recuerda la vergüenza que sintió,

sus quejas, la llamada de atención, de pronto las luces que la cegaron y el sonido de un claxon que la ensordeció. Después de eso, la aceleración, el golpe y luego el silencio. Algo olía a quemado. Unos brazos la sacaron del auto, la voz de mamá, el sonido de ambulancias.

En sus recuerdos, el hospital es un manchón blanco del que sale y entra gente. La siguiente imagen clara es la llegada de la cápsula. Mamá le explicó esa mañana, un mes atrás, cómo abrirla, cómo mezclar la ceniza con tierra fresca para llenarla, cómo plantar la semilla modificada, cómo colocar los sensores y sellarla. Durante un mes, Rikka creó un ritual para observar cómo su padre se convertía en un árbol, pero ahora mientras se alejan, lo observa desde los brazos de Jiji y no puede evitar recordar entre los vidrios del auto, aquella noche, la misma silueta de ramas iluminadas en la oscuridad.



ANDREA CHAPELA (Ciudad de México, 1990) publicó entre 2009 y 2015 los cuatro tomos de la saga *Váudiz* con la editorial Urano. Estudió Química en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y un MFA en Escritura Creativa en Español en la Universidad de Iowa, donde también comenzó a traducir. Su tesis de maestría fue el poemario *Fundamentos de química aplicada*, del que se han publicado poemas y traducciones en revistas. En 2016 obtuvo la beca Jóvenes Creadores para un proyecto de cuentos de ciencia ficción llamado *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio*. Algunos de estos cuentos han aparecido en las revistas *Samovar* y *Tierra Adentro*, así como en la antología española *Alucinadas IV*. Es exalumna de la generación 2017 del taller Clarion West. Actualmente vive en la Residencia de Estudiantes de Madrid con una beca de Creación del Ayuntamiento. Continúa traduciendo y escribiendo ensayo, poesía y ficción.

RIZOMA

LIBIA BRENDA/RICHARD ZELA



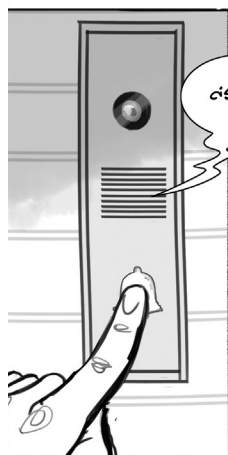
Language is a virus from Outer Space
William Burroughs (retomado por Laurie Anderson)

AÑO 2043

¡QUÉ NERVIOS.

CUAL
SILENCIO
MARÍA LUISA

VOY A CONOCER
A MI ESCRITORA
FAVORITA.



¿sí?

SOY
ALEX,

EL DE LA
ENTREVISTA.

MACARONS

ENTRA
Y CAMINA POR
EL PASILLO.

¡QUÉ
NERVIOS!

NO DOY
ENTREVISTAS
DESDE 2010.









¿ES UNA LÍNEA DEL TIEMPO?

SI PUEDES LLAMARLA LÍNEA, SÍ.



¿SON DE MUCHOS CUENTOS? ¿"GUTENBERG ERA GUAPITO"?

¿SON ESQUEMAS PARA UN CUENTO QUE COMPLICADO.

MAAM, NO. ES EL MAPA DE MIS VIAJES.



¿DE TUS VIAJES?



HE VISITADO TODOS ESOS MOMENTOS.



¿COMO SI VIAJARAS EN EL TIEMPO?

ALEX, YA SÉ CÓMO SUENA, PERO SÍ, YO VIAJO EN EL TIEMPO.

¿CON TUS HISTORIAS?

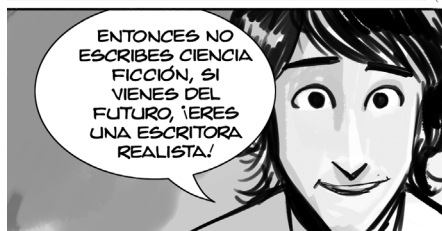
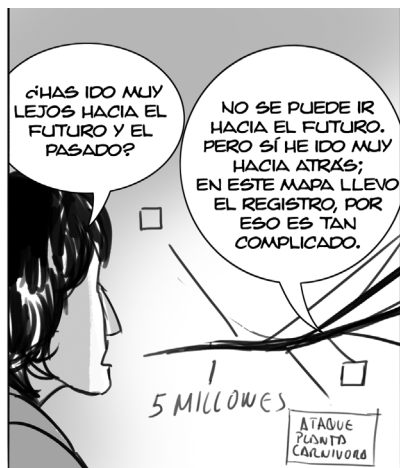


JAJAJA, CLARO, COMO ERES ESCRITORA.

NO, NO ES POR ESO.

YO NACÍ EN EL FUTURO.







¡ESTA INCREÍBLE!

PASO HORAS AQUÍ DESDE HACE MUCHÍSIMOS AÑOS.

SOY BUENA JARDINERA, ¿EH?



¡ESTE ESPECIMEN ES DEL Terciario! TODO LO QUE ME DISTE... ¿TE TRAJISTE ESAS PLANTAS?

¡SÍ, NO TENGO UN ALBUM DE FOTOS, TENGO UN JARDÍN DE LOS RECUERDOS.

CADA PLANTA ES EL SOUVENIR DE UN VIAJE.



¿ESTA ES LA FLOR?

¡SÍ, ES LA FLOR DEL CUENTO, DE TU BRAZO. LA FLOR QUE SUEÑAS.



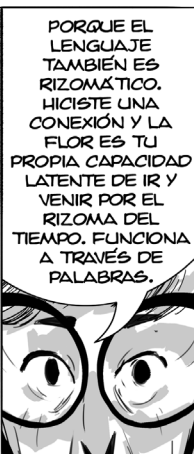
¡NO PUEDE SER! SÍ EXISTE.

SUEÑO UNA FLOR DEL FUTURO.

EN MI TIEMPO, LA GENTE LOS LLAMA TULIPANES AZULES, AUNQUE NO SON DE LA MISMA ESPECIE.



¿PERO CÓMO LA SUEÑO SI NO LA VI MÁS QUE EN PALABRAS?



PORQUE EL LENGUAJE TAMBIÉN ES RIZOMÁTICO. HICISTE UNA CONEXIÓN Y LA FLOR ES TU PROPIA CAPACIDAD LATENTE DE IR Y VENIR POR EL RIZOMA DEL TIEMPO. FUNCIONA A TRAVÉS DE PALABRAS.



¿PODRÍA VIAJAR EN EL TIEMPO GRACIAS A ESTA FLOR?

NO. ES UNA FRASE QUE CONECTA TODO, PODRÍAS DESPLAZARTE EN EL TIEMPO SI TE LA DIJERA. A MÍ ME PASÓ LO MISMO, HACE MUCHO.



¿ESA FRASE HARÍA QUE VIAJARA EN EL TIEMPO?

¿ESTÁS SEGURO?

HACE UN RATO NO ME CREÍAS.

YO YA TENGO QUE VOLVER DEFINITIVAMENTE A MI TIEMPO NATURAL.

QUIERO CONOCERLA.

YA NO TENGO FUERZAS PARA MÁS VIAJES.

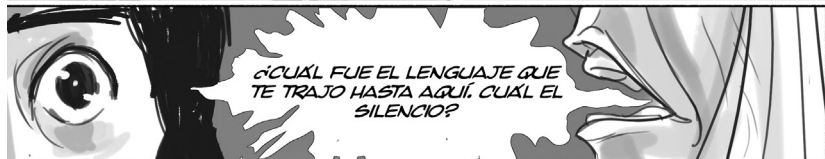


ESTOY SEGURO. VI LA FLOR QUE ME OBSESIONA, VI ESTE JARDÍN. YA ENTIENDO TU MAPA DEL TIEMPO.



ENTONCES AQUÍ NOS DESPEDIMOS.

RESPIRA PROFUNDO.



¿CUAL FUE EL LENGUAJE QUE TE TRAJÓ HASTA AQUÍ. CUAL EL SILENCIO?



AÑO 2243

ESPERO
QUE HAYA
CUIDADO BIEN
MI JARDÍN

BIENVENIDA,
A CASA,
MARÍA LUISA.

ES BUENO
ESTAR DE
VUELTA

MARIA LUISA
-ALEX-

Querida María Luisa:

*Cuando tú llegues yo me habré ido hace mucho.
Espero que te guste cómo cuidé la biblioteca y cómo fui
aumentándola año con año.*

El viaje en el tiempo ha sido ...



LIBIA BRENDA (Puebla, 1974) estudió Lengua y Literatura Hispánicas, trabaja haciendo libros desde hace veinte años y escribe cuentos de corte entre fantástico y de ciencia ficción. Es cofundadora del colectivo Cúmulo de Tesla (TW @Cumulodetesla), una agrupación basada en el trabajo multidisciplinario que fomenta el diálogo entre arte y ciencia, con un gusto especial por la ciencia ficción. Ha publicado en varias antologías, por ejemplo, traducida al italiano en *L'altra Penelope* (Oedipus, 2008) y *Scrivere Donna* (Aracne 2011). En España, en *Especial Philip K. Dick* (Libro Andrómeda, 2005). Y en México, en *Así se acaba el mundo. Cuentos mexicanos apocalípticos* (Ediciones SM, 2012) y *Futuros por cruzar: cuentos de ciencia ficción de la frontera México-Estados Unidos* (UABC, 2014). Además de haber publicado cuentos, reseñas y ensayos en varias revistas electrónicas y en papel. También tiene una identidad secreta dedicada a la gastronomía. Su Twitter: @tuitlibiesco

RICHARD ZELA es un ilustrador y narrador gráfico nacido en la Ciudad de México. Estudió Diseño y Comunicación Visual en la Escuela Nacional de Artes Plásticas (ENAP). Ha recibido varios reconocimientos por su trabajo, como: Seleccionado en la beca de Jóvenes Creadores del FONCA, periodo 2012-2013 y 2017-2018 en la categoría de narrativa gráfica, Primer Lugar en el 20.º *Catálogo de Ilustradores de la FILIJ*, mención honorífica en el 16.º *Catálogo de ilustradores de la FILIJ*, seleccionado en 18º *Spectrum: The Best in Contemporary Fantastic Art*, seleccionado en el Catálogo *Expose 11* de Ballistic Publishing. *ZeZolla*, su primer álbum ilustrado, fue seleccionado para representar a México en la Bienal de Bratislava y es parte de la lista de honor de IBBY en la categoría de mejor propuesta de ilustración en 2015. Actualmente divide su tiempo en tratar de llevar una vida más sana, la ilustración y el cómic.



A Larger Reality

Speculative Fiction
from the Bicultural Margins

Edited by Libia Brenda

Stories from Gabriela Damián, José Luis Zárate, Verónica Murguía,
David Bowles, Raquel Castro, Alberto Chimal, Julia Ríos,
and many more! Featuring a comic in the center!



**A LARGER REALITY
SPECULATIVE FICTION FROM
THE BICULTURAL MARGINS**

**UNA REALIDAD MÁS AMPLIA
HISTORIAS DESDE LA
PERIFERIA BICULTURAL**



**A LARGER REALITY
SPECULATIVE FICTION FROM
THE BICULTURAL MARGINS**

**DAVID BOWLES / LIBIA BRENDA
RAQUEL CASTRO / FELECIA CATON GARCIA
ANDREA CHAPELA / ALBERTO CHIMAL
GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE
ANGELA LUJAN / JULIA RIOS / PEPE ROJO
ILIANA VARGAS / JOSÉ LUIS ZÁRATE / RICHARD ZELA
EDITED BY LIBIA BRENDA**



THIS EBOOK IS FREE, YOU CAN READ IT AND SHARE IT AS YOU LIKE.

A Larger Reality



Cúmulo de Tesla

The contents of this book are free and it cannot be used for commercial purposes.

For the texts, images and translations: José Luis Zárata Herrera, David Bowles, Julia Rios, Felecia Caton Garcia, Iliana Vargas, Angela Lujan, Raquel Castro Maldonado, Pepe Rojo, Mauricio Alberto Martínez Chimal, Gabriela Damián Miravete, Andrea de Lourdes Chapela Saavedra, Libia Brenda Castro Rojano, Richard Zela, John Picacio, Joey Whitfield, Adrian Demopulos, Megan Berkobien, Patricia Coral, Ruth Clarke, Jesse Ward, Kelsi Vanada

2018 by Cúmulo de Tesla

<https://medium.com/@cumulodetesla>

Art by John Picacio

Edition by Libia Brenda Castro Rojano

Proofreading by Felecia Caton Garcia

Cover Design by Pablo Defendini

Editorial Design by Ana Paula Dávila

Rhizome 2018

Libia Brenda Castro Rojano and Richard zela

Story: Libia Brenda And Richard Zela (based on an original idea by Libia Brenda)

Art: Richard Zela

Translation: Libia Brenda and David Bowles

Edited in México, August, 2018



FOREWORD

I wracked my brains all week, trying to craft a text that would function as a prologue without being too personal or too subjective, because I've always had this idea that a respectable prologue "must be" literary, serious and formal. Well, forget that. I'm going to do exactly what I was avoiding the entire week, because that's what comes most naturally to me. I do have four pages full of literary, serious and formal drudgery, but not even I want to read them. (At least the text that follows interests me, because it is the purest truth.)

It all started with private messages and emails that said: "What if we put together a book with our stories?" The answers ranged from "Yes, what a great idea! What can I do to help you?" to absolute silence, with an occasional "Ah, I can't right now, but good luck." Then things escalated when someone said, "What if we made it bilingual?" Then another suggested, "Could it be a flipbook?" So I started asking for stories, which could have been previously published and written in either Spanish or English (and preferably already translated into the other language). The result? Twelve stories and a comic in English and Spanish. Some unpublished, some written or translated for the very first time.

Whenever someone asks me what I do (by which they mean, "what's your job?"), I like to respond "I make books." Making books is not, like writing, a work of concentration, solitude, drafting, care of words and silence. For this anthology in particular a team of twenty-seven people collaborated, including authors and translators, and pulling it off was a collaborative effort of will, dialogue, patience, lots of caffeine, generosity, madness, hundreds of emails (yes, hundreds), solidarity, brute

force, creativity, long hours of work, and authentic talent. In the process, it was essential that all the people involved be willing participants, working without expecting anything in return (the Kickstarter campaign came much later). Above all, we always had to keep our spirits up.*

These thirteen stories are by Mexican and Mexican American people, and we were inspired by the Mexicanx Initiative of John Picacio, who decided that WorldCon would do well to invite fifty of us to establish a bicultural, international and, above all, friendly dialogue: That same spirit inspired the creation of this book. Another of its objectives is to bring about greater recognition of the creative work of those who appear in its pages. These tales are of such high quality that I would bet good money that we're going to have to do another print run: in these stories there is horror, superheroes, ghosts, weird fiction, humor, fantasy, queer characters, time travel, magic tricks, zombies, a comic, cholos and science fiction. In other words, they run the entire gamut of speculative fiction and are a work of imagination.

While we're on the subject of imagination, in her acceptance speech for the 2014 National Book Award, Ursula K. Le Guin spoke of resistance and change.** She said that difficult times were coming and people who remembered freedom would be needed: "poets, visionaries — realists of a larger reality." Well, if this book has value beyond its literary merits, which are significant, it lies in its being a book crafted outside the capitalist scheme. It will not be sold: an ebook version will be released in September to be read for free throughout the world; it was not created with profit in mind or for anyone to be considered important or more valuable than someone else. All I have written above can be summed up thus: this project is the result of collective effort, and it brings me great happiness to have worked with so many people to put it together. I hope this book will allow us to learn about each other, authors from at least two countries, and help us discover new readers. This is a bridge allowing us to travel in two directions, a door so we can enter and exit without knocking; it is also a sample of our work, the result of a profound act of love. This book is a piece (small, modest, one of many such pieces in the world) that can be fit together to build greater freedom.

LIBIA BRENDA

*Note to the digital edition: this ebook does not include the short story by Verónica Murguía, but if you are able to read in Spanish, you can buy the digital version of the book that includes the very same tale, the title is: *Atrapadas en la escuela*, edited by Selector (it is sold in the most huge company that sells ebooks and paper books, and in the most big store that sells computers, phones and music, and has a fruit in the logo).

** If you have not seen it, I strongly recommended that before you start reading, you go watch this video: <<https://www.youtube.com/watch?v=Et9Nf-rsALko>>. That's how, among other inspirations, the title of this anthology came to be.



ACKNOWLEDGEMENTS

This book, so compact and organized and lovely, arose from a crazy idea. Many like-minded people, together with the writers, decided to pitch in, and the result is this anthology. The diligence of so many crazy and enthusiastic folks deserves a loud “thank you” (or two, or three, or more) for the invaluable work they did in record time:

To Andrea Chapela, Ana Paula Dávila, Ariadne Ortega and David Bowles: you were the first ones to join the team and offer support. Frankly, you did more than could have been hoped or expected: without you, without the time you dedicated and your impeccable work, this book would not exist. Also, thanks to David Bowles who translated from Spanish to English the foreword, this acknowledgements and part of the comic, he did it fast and with a smile.

To Andrea and Kelsi, Adrian (via George Henson), and Patricia (via Julia) for volunteering to translate several of these stories. To Joey Whitfield, Ruth Clarke, Jesse Ward and Megan Berkobien for allowing us to use their translations. To Felecia Caton for proofreading in English.

To Iliana Vargas and Gabriela Damián for helping me find the right printer and then transport the books from one place (and one country) to another. To Raquel Castro and Alberto Chimal for carrying books in their suitcases, also from one country to another. And a special warming thanks to José Luis Zárate, who literally lost the shirt to help transport books under the californian sun, with Gaby and the editor.

To John Picacio for donating the incredible cover image and to

Pablo Defendini for designing the exterior with the retro style we were looking for.

To Julia Rios, Meg Frank and Pablo Defendini (*Fireside Magazine* team: <https://firesidefiction.com/>) because they were in charge of the great Kickstarter campaign that made possible that this book existed in its physical form, without the worries of a limited and personal budget.

And, of course, thanks to all the people involved in *The Mexicanx Initiative*: John Picacio launched the call and selected the 50 Mexican and Mexican American creatives, but many people gave their support and money to make it possible, and for that we will always be thankful:

John Scalzi, Ctein, Ty Franck, Christopher Brown, Chris Rose, Joanna Volpe, John & Christina, O'Halloran, Mary Robinette Kowal, Kate Elliott, Richard Flores IV, Fast Forward: Contemporary Science Fiction, Kat Angeli, Superfan Canadiense Anónima, Rina Weisman & SF in SF Events, Randall Shepherd, Elizabeth B. McCarty, Amazing Stories Magazine, Mur Lafferty and Jim Van Verth, BWAWA (Baltimore-Washington Area Worldcon Association), ALAMO (Alamo Literary Arts Maintenance Organization), Worldcon 76, Kevin Roche, Ric Bretschneider, Jeremy Brett, Misty Hawkins, Adam Rakunas, Cheryl Souza, Daniel Dern, Renny Christopher, Kate Nepveu, John Yarrow, Jean Stuntz, Ian Monroe, Scarlet Moderne, Pablo Defendini, Gay and Joe Haldeman, J. Van Ekeren, Joseph Monti, Martha Wilson, Pamela Burr, Tasha Lennhoff, Peter Krulevitch, Caroline Spector, Silvia Moreno-Garcia, Timothy Martin, Clifford Winnig, Reid Brennan Kermit Woodall, Benjamin Sparrow, Ellen Datlow, Reilly-Rose Hayes, Chris Duval, Leanne Verlhust, Laura Majerus, The Mighty Constellation (of Nebraska), Legion of Rassilon, Lester Gibo, Fred Moulton, Book Basement, Laurel Hill, Kevin Mukhar and The Mighty She Who Will Not Be Named.



CONTENTS

FOREWORD	97
ACKNOWLEDGEMENTS	100
CONTENTS	102
FENCES José Luis Zárate	104
AZTLÁN LIBERATED David Bowles	113
A TRUTH UNIVERSALLY ACKNOWLEDGED Julia Rios	119
MATACHÍN Felecia Caton Garcia	126
KAN/TRAHC Iliana Vargas	133

THE BINDER Angela Lujan	139
RING A RING O' ROSES Raquel Castro	145
SHOOT Pepe Rojo	149
IT ALL MAKES SENSE HERE Alberto Chimal	153
MUSIC AND PETALS Gabriela Damián Miravete	158
CLEAN AIR WILL SMELL LIKE SILVER APRICOTS Andrea Chapela	170
RHIZOME Libia Brenda / Richard Zela	177



FENCES

BY JOSÉ LUIS ZÁRATE

TRANSL. BY JOEY WHITFIELD

The rabbit was rabid. The magician, his hand inside the top hat, realized suddenly. There was no other explanation for its feverish heat, the spasming muscles under its pelt, and the unexpected force with which it bit his hand.

Still smiling at the audience, he put his other hand into the hat to break its neck. Then he removed the animal, cradling it in his arms as if the little white rabbit needed protection and care. The rodent's urine ran slowly down his sleeve. There was no applause. It didn't matter. He was used to it. In any case he thanked them for their (wavering) attention and made way for Melvira and her skimpy sequined costume. They applauded her entrance. Between John's fingers: blood and rabbit saliva. He sucked the wound. After all, he was already infected. He went with the Gypsy who was still trying to fix the jeep that carried the Hinterland Circus along the length of the Fence. It seemed impossible that such a tiny vehicle could carry that heavy contraption of wood and plexiglass. But it did. The Gypsy was the closest thing they had to a boss. He knew everything. Almost everything: he knew nothing about making money. Apart from that he was a genius. Almost a genius.

"The rabbit was rabid," said John in his laboured Spanish.

"That's stupid. Rabbits don't get rabies."

"It bit me."

"Bullshit. Rabbits are rodents, like rats, and when rats get rabies they freeze, they don't attack people."

John put the rabbit on the carburetor that the Gypsy was repairing.

“No one explained that to him.”

The Gypsy looked at the animal, touched its fevered skin, sighed slowly and muttered what the magician feared most.

“Shit.”

Behind them the Fence glimmered.

There was no ceremony of any kind, no speeches, no official final day. Suddenly, without warning, the complex mechanism began to work. An incandescent light crackled across the desert. An electrical storm that divided Mexico and the rest of the world from the United States. Who could deny them the right to mark their territory with an impenetrable wall? The complicated ecosystem that had been the “Border” collapsed in an instant: the coyotes, the routes of the immigrants, the secret paths, the bribes, the multi-million dollar business of transporting people like livestock, the predators who lay in wait for the immigrants. All of it was erased, destroyed.

The Fence was part of the strategic defence system of the USA. The world had become a dangerous place for the Empire. Faced with the choice between being obliterated by the nuclear flames of one of the dozens of nuclear powers of the new century, or losing a cheap and useful workforce, the government opted for security. The submersion of Houston into a nuclear tide allowed the Fence to be approved without objection.

Foreigners had to stay on the other side of the barricade.

Racial purity had never been so important for North Americans, but this was a purity not measured by genetic code but by the issuing of documents: the citizenship card, the passport which identified you as a citizen of that country was enough to prove your lineage.

“John, we’ve got ten days before the first symptoms of the rabies show,” said the Gypsy as he hurriedly put the jeep back together.

“Ten days ... Are we close to anywhere?”

“No. To speed things up, the two of us are going to leave the others behind. Maybe we’ll find something. Maybe not. But at least we’ll try. What else can we do?”

They could abandon him. He could sort himself out. But the Gypsy never considered such options. For him the circus members were his tribe, his family. He had never lost anyone, except his wife and a couple of dancers. And they had left him of their own volition.

The jeep was loaded up with its precious supplies of petrol, alcohol, and gas. Including the solar batteries that were never fully charged (“There’s not even enough sun in the desert to make them work,” the Gypsy would always grumble).

The off-road vehicle was neither fast nor comfortable. John would have preferred the horses, but they had long since been eaten. It was dangerous to travel with them, an almost irresistible temptation. In the Empty Lands it was not advisable to attract much attention to personal property. It was never advisable per se, but they didn’t know that. The Hinterland Circus had to learn as it went along. During the years it had been on the road, things had changed; never suddenly, never in such a traumatic way as the birth of the Fence. Slowly, things were different, so that it was possible to adapt, and things didn’t seem too bad, part of a larger cycle, like the seasons or the gradual mutation of insects. Sometimes even the Gypsy forgot that the frontier had been different. How many years had it been? A lot, too many on the road. The gypsy told himself that in spite of all the years that had passed, he could still attempt the impossible in order to save one of his own. If the time ever came when it seemed easier to let someone die, all he would do was run towards the Fence and touch that solid light, melt into the momentary flare of its fire.

The jeep entered one of the many ghost cities that haunted the length of the frontier. They were used to those dusty remains where nobody stayed for long. They were places with bad luck. After all, it was luck that had killed them.

Those manufactured plains had always depended on the uninterrupted passage of people and products, vampire-cities that drank a little blood from every traveller, or sucked them dry.

The dusty buildings, the broken roads, and the thirsty cracks in the cement still dreamt of incessant lorries, of the wandering travellers and their scant savings.

But the Fence had put a stop to that. The new paranoia of so-called security. Now there are only the automatic transporters that carried nothing that is not authorized, nonstop containers that swallow distances between countries, steered by a silicon chip that cared nothing for the roadside cafés, the waiting motels, the expectant gas stations, the people thirsty for passing trade.

The containers are a mobile part of the US; territory in transit, according to the new laws. An attack on them was an attack on the northern nation. Not that it stopped the desperate looters along the route. But the containers were too tough to rob. They fired at the slightest provocation.

And they passed through the empty cities. Grey specters with sudden fury.

John and the Gypsy saw one of them leave, oblivious to its surroundings and the few nomads who inhabited the emptiness.

It didn't occur to them to ask the nomads for help. The Gypsy left them behind without a thought. There was always someone hungry. Especially in the Empty Lands.

There was no particular reason to abandon all that territory to the outcasts (like them). True, it was not a viable route to the US and the incessant radiation of the Fence had caused mutations in the insects that devoured entire harvests, but really it was the political movements that put an end to the place. It was a place that nobody wanted. More than ever, activity was concentrated there in the cities. The cultivation of algae depended on a centralised infrastructure. It was the cheapest way to obtain nutrients, and so the land became increasingly unnecessary.

The land and its inhabitants ...

John's parents were members of a species that was almost extinct: North Americans in exile. Their sin had been terrible. They visited the Island and were admitted into countless enemy countries. Every territory they visited was further evidence against them. They were not unaware. Because of their love for other countries and foreign people, different places, they refused to return. It didn't bother them. The Fence had not yet left its mark on their generation. Once the circuit was closed the country was isolated from the rest of the world. The only possible transmissions were generated within the Fence, there was no way to find out about other countries except to travel to them, but the Networks said that this was suicide and the best way was to watch "Lands of the Earth" on prime-time on their favourite channel.

John's parents never described themselves as rebellious, they liked to discover unusual things, nothing more. There were no significant stains on their records, so their citizenship was not revoked. They

kept the passports of a country that waited for them, maybe with prisons open for their sins, with well-intentioned psychiatrists to cleanse them of foreign ideas. They never found out if this was the case. They didn't bother to check if the rumours were true. They didn't care about dying in other lands, they had lived there for so long that they belonged.

The great movement of tourists from the U.S. dried up, as if the Fence also prevented exit. Nobody was surprised. They were safe behind their borders. The Fence was a palpable demonstration of their invulnerability; to go outside meant more than simply moving away. It was possible to reach the rest of the world through fibre optics. Communication systems enabled the monitoring of business from home. The Fence that Japan erected soon afterwards was, in some ways, a justification. Once again Japan shut out the rest of the world. It was the most powerful nation, economically speaking, and could easily afford to do so. Fences began to grow around the planet. Isolation became normal: for the nationalism of confinement the only things of worth were internal, the only justice was a nation's own, the Norm was what happened within the Fence.

Communication became more calculated. There was less talk of people and more of numbers, figures, business.

New food technology made most nations self-sufficient. And one day, behind their layers of protection, nations stated to fall silent.

John dreamed that he approached the Gypsy in the middle of the night and told him something in his slow English before biting him on the neck. He woke up with the taste of blood in his mouth. The Gypsy was sleeping heavily. John looked at his hand, white and pale like his skin. There were no symptoms of the infection, or signs that the rabies virus was incubating inside him. It might have been a false alarm. But it might not have been.

After three days on the road they found nothing except people, with fewer resources than them. It never occurred to the magician to ask what they were doing there in the Empty Lands. He was there too after all, he had grown up on that seemingly dead land. As long as he could remember there was just the jeep, the Gypsy, the nomadic peoples, the few permanent plots, the Hinterland Circus. They wanted the same as him: to live another day. Live their lives. It was a lot simpler

that way, the risks and familiar dangers. Living on the edges of a civilisation had its benefits. A medical service was not one of them.

The proximity of the Fence disrupted all transmissions and closed off any form of wireless communication. There was no way to ask for help. The Hinterlanders never asked. The cities were severely stratified. The Gypsy said it was impossible to be admitted without money and influence. Not even into Maintenance. John's parents had told him. When they arrived at the frontier with their bags on their shoulders and their eyes wide open, they came across the Hinterland Circus. They joined the tour out of curiosity. The Gypsy agreed when they showed him how they could make coins disappear, produce flowers, pull rabbits out of hats. They made ends meet and never did any harm to the other circus members. That was enough. They even had their son inside the trailer. They named him John because they thought that the Gypsy's name was Juan. When John's father died they gave his body to the desert, like all the Hinterlanders. At the frontier there was no time for graves or plans for the dead. And what more was the magician in that moment but a corpse in waiting? He had been careful not to approach the Gypsy, eat from his plates, infect him. As soon as he felt one of the symptoms of the disease, he would bury himself in the desert, or embrace the Fence. In some ways he had spent the whole journey preparing for the end. He felt sorry for the Gypsy. John had been one of the biggest draws in the circus, not so much for his meagre abilities as a magician, but for the fact that he was a Gringo. It was such a rarity to see one in real life. Only 60 years had passed since the U.S. had closed its borders, but so much had happened in that time. Gringos had become curiosities like the lizard with two heads that at one time had stolen the show. On the frontier the image of the Gringos changed over time. They were the people who had expelled the whole world from their interior. Special people. The few pictures that came from the U.S. spoke of an incredible reality of golden beaches, contemporary wonders, cities of light. The Hinterlanders continued to shape their mythology. And John didn't fit into it.

The Gypsy would insist that he said his magic number in English and that he presented the rabbit with a triumphant expression as he said *nice rabbit*. "A real North American," he confirmed as he recited in two languages. ¡*Por mi madre... bohemios!*¹

¹ A reference to 'El Brindis Bohemio', a popular poem by the Mexican poet Guillermo

The act almost always finished with the exhibition of the ultimate magical object: John's passport. The key that would open the gates in the fence, only for those who possessed the correct genetic code, lodged in its magnetic memory.

The passport was real, but nobody believed it after reflecting on it. If it was real, what was the Gringo doing there?

John couldn't tell them.

When the seventh day came around it was clear to both of them that they weren't going to find anything. The Gypsy gestured towards the Fence. It wasn't far, they could see its radiance in the night.

"It is time to return to your own kind."

It took a moment for John to realise that he was referring to the North Americans. He didn't know why. They had always called him a Gringo and the Gypsy made him practice his English every day. "You don't belong here." In one form or another he had always been forced to face up to this fact. When he was a child the Border people would tell him about the wonders of the US. How many times had he heard of the wonders of the science on the other side of the Fence? They could do anything for you, if they wanted. For free, if you were a Gringo citizen. John never knew whether he believed those stories. His parents always told him that one day he would see his country. They told him that until the US government imposed martial law, no citizen was allowed out of the country unless it was important for the nation. How could you convince some bureaucrat that the Hinterland Circus was vital, at least for them?

Somehow the fact that John was a foreigner made the Circus curiously proud. "We are all outsiders everywhere," the Gypsy would say, "but you're a Gringo. A real Gringo, *sí señor*."

Now he was a sick Gringo. All the years he had felt out of place had to be good for something, the sadness he felt at the fact that the Empty Lands didn't belong to him in any way. John wanted to say something, to protest perhaps. But he didn't because the Hinterlanders only lived by one rule: to survive. To say that he preferred rabies to

Aguirre Fierro, written in El Paso, Texas, in 1915. The lyrics speak of a group of friends on New Year's Eve, toasting the things they are grateful for; with the most emotive toast, by the last bohemio, for his mother.

abandoning those lands, in some ways would show that he was not a frontier man.

“Don’t worry, John ... remember that there must be a hinterland on the other side too ...”

But would it be like his? Would there be opportunities and tolerance for a traveling circus? Everybody said that he was a Gringo, but what was a Gringo like, he wondered? The same as him? And what the hell was he like?

“I’ll miss you, Gypsy.”

“I’ll miss you ... if we get another magician he will have to be called Magic John, too.”

John smiled. His smile was forced, like the Gypsy’s.

“Do you know what you will find?”

“Yes ... I hope ... I don’t know. What does it matter, Gypsy? They are my people, they’ll take care of me.”

On the ninth day they reached the automatic access gates in the Fence. A booth that opened and allowed one person inside, with a North American passport. No other was accepted. In some ways it was an emergency exit. The heavy traffic of people and objects took place in the cities. The Gypsy didn’t say goodbye to John. He simply wished him luck as he entered the booth. John didn’t bid farewell either. He told the Gypsy to make use of his things and asked him his name. The Gypsy didn’t reply. Gypsies never give their true names.

The passport opened the gates in the Fence. The machine did not return it to him. He stayed in the cabin, waiting. The United States didn’t seem that different to the frontier, at least not from inside the booth.

But when two men arrived and began to ask his name, his age, the names of his parents, and why he was there, John knew he didn’t belong there either.

John didn’t understand their English.



JOSÉ LUIS ZÁRATE (México, 1966) is one of the most famous and respected Mexican writers working in Speculative Fiction. His work includes novels, short stories, essays and poetry. He is considered part of a reformist movement in Mexican literature, began at the end of the twentieth century, which moves away from nationalism towards more universal themes. He is one of the founding members of Mexican Association of Science Fiction and Fantasy and is one of the pioneers in Mexico of electronic publication: his twitter account, @joseluiszarate, daily publishes nano-stories. A winner of numerous national and international literary prizes, some of his works include: *El tamaño del Crimen* (published electronically at sigueleyendo.es, 2012); *Three Messages and a Warning* (2012); *Le Pettis Chaperons* (2010); *La máscara del héroe* (2009); *La ruta del hielo y la sal* (1998); *Xanto, Novelucha Libre* (Planeta, 1994. Ediciones Castillo, 2015). You can read over 20,000 of his short short tales on his twitter account @joseluiszarate

JOEY WHITFIELD (transl.) lectures on 20th and 21st century Latin American literature and film at Cardiff University. Most of his work is about the relationship between culture, crime and punishment. His first book *Prison Writing of Latin America* (Bloomsbury 2018) compares texts written by ‘political’ and ‘criminal’ prisoners from Cuba, Peru, Mexico, Costa Rica, Bolivia and Brazil. He is also interested in translation, particularly of non-traditional literatures such as prisoner writing, testimonial texts and creative writing by anarchists. He is currently working on another book about the cultural politics of the ‘War on Drugs’.



AZTLÁN LIBERATED

BY DAVID BOWLES

From the rubble of war-gutted Juárez they emerge: el Chamuco and his rumblefish clique. La Güera is at point, machete and Glock in hand, wheaten hair bound in a bandana. Next comes Einstein, hairnet askew, Stacies badly in need of a shine, knapsack full of battered books and gadgets. Payaso brings up the rear, droning a constant comedic monologue despite the devastation.

El Chamuco mourns his fallen *carnales*, victims of the Pocho-Zeta War, but grins victorious. The four pachucos have avenged their barrio, following the only code that yields survival in this apocalyptic desert: kill or be killed.

The vultures wheel overhead. Life slithers on.

La Güera raises her blade to signal a sudden stop. Her Glock dips its glittering barrel. There on the shattered blacktop a vehicle looms unexpectedly, an Army green jeep bearing the US flag, its 42 white stars mocking. Against a knobby tire a soldier sits, legs splayed, guts gleaming red in his cupped hands. His comrades appear to be missing.

Choop attack, el Chamuco surmises, and he steps forward, eyes scanning, AK-47 raised.

The yank is Latino. He lifts a pained gaze at the gang, sighs. “*Bueno*.” He coughs raggedly. “Kill me.”

“You’re already dead.” El Chamuco kneels close. “The hell you’re doing in Aztlán, yank?”

A rivulet of blood dribbles down the soldier’s chin. “Scientists. They figured it out. How to end the goddamn chupacabras. Found

the queen. Meteor that hit near Las Cruces? Choop ship. The other goatsuckers were advance troops. Now they're plugged in. Hive mind."

The yank—Chávez, his uniform declares him—bumps the jeep with his head. "A nuke. In back. Their defenses scramble guidance. Got to take it in person. There's a detonator in the cabin."

"Fucking yanks," Payaso mutters. "Them and their nukes. *Ca-brones.*"

Wheezing hoarsely, Chávez extends a bloody hand and seizes el Chamuco's tattered flannel. "You all are just cholos. Probably don't got it in you. But there it is."

His eyes glaze, and Holy Mother Death takes him.

"*Chale,*" Payaso spits. "Like we're gonna forget fifteen years. *Putos* put up a wall, trapped us inside with the Choopi-choops, grunts ready to shoot your ass if you try to climb to Mother Mex or Gringoland."

Einstein shakes his close-cropped head. "Yeah, but we wouldn't just be saving them, *ese*. We'd be liberating Aztlán, from Brownsville to Tijuana. Free to build a permanent home for la raza."

La Güera scoffs. "Whatever. I just want to gank me some goat-suckers. Using this bomb means a shitload of them die, I'm all for it."

El Chamuco regards them all, bravest souls he's known.

"Then we do it. We go together as far as Las Cruces, then one of us drives the bomb to the crater's edge and hurries back fast as shit. Got to be far away when we detonate." The silence burgeons with implications no one will voice. "But right now you're in charge of the bomb, Einstein. Payaso drives. Güerita, gather any weapons the yanks left, get them working. *Nos vamos en diez.*"

As Einstein retrieves the detonator and a military satphone, el Chamuco drags the soldier to the dunes, douses him, and sets him alight, leaving nothing for the alien horde. The sun settles redly into a jade-swathed horizon. The cholo lowers his tattooed face, mumbles a prayer.



Darkness encroaches as they head north. Rusty remains of cars loom as if to snatch them from the road. Amid the windy silence comes a chattering whine. The four heft weapons, ready for the attack. Thudding

impacts send the vehicle swaying back and forth. Large, glowing eyes and stiletto teeth loom at windows. Claws tear at sheet metal. El Chamuco sprays the roof, his tactic met by shrieking cries. Then the enemy redoubles its efforts. The chupacabras, their purpose as ineffable as ever, berserk against the gang.

A haze of smoke rises as barrels blaze. Payaso steers blind, plunging across obscure sand. Through a sharp-edged hole, Einstein is taken. Bursting from the jeep, la Güera screams as she fires. Like a fury she drives the monsters before her. Spiny backs sprawl in the dim starlit dunes. Einstein howls in pain, his arm shattered, and with it the detonator. They dress his wound, crouch near an outcropping of rocks, awaiting the sun, thinking somber thoughts.

As dawn drags itself into the sky, Einstein uses his good hand to scrounge through his knapsack. In short order he has kludged together a strange system, battered keyboard and cracked tablet jury-rigged to the soldier's satphone.

El Chamuco watches for a while as the barrio genius pecks at the keys and tweaks. "What you up to, little homie?"

"A sat-hack, *ese*. Gaining access to the Net by bouncing a signal off a military satellite. Got to figure out how to manually detonate the *pinche* bomb."

Someone draws in a sharp breath, but no one argues. The choice is clear.

El Chamuco addresses his sibs. "We always knew. To get this nuke near the crater at Las Cruces is suicide for one of us. Now someone else gots to die."

Einstein nods. "I know how to activate it. Just need someone to drive. I've lived a life. Read a lot. I'll go."

"Shit, I ain't letting this *pendejo* get all the credit." Payaso grins, his eyes bright. "I got the wheel."

"*Pobres mentos*," mutters la Güera. "The minute the choops attack, y'all are gonna wish I was there."

Their leader looks at each, looks down into their hearts. They nod at him. His chest aches with pride.

"*Órale, pues*. Time to show the haters what's what."

Einstein nods, points at his gear. "*Simón*. That's exactly what we're gonna do, *jefe*. I just set up a streaming feed. Bounces video of every-

thing we do from here on out off that yank satellite. No way Gringoland or Mother Mex gets credit for this shit.”

El Chamuco puts out a hand, helps him stand. “Bad-ass. I can talk to that thing?”

“*Simón*. Go for it.”

The cholo leans his tattooed face toward the small iris. “Hey, fuckers. Name’s Chamuco. Yank soldiers brought a nuke into Aztlán, tried to destroy the choops, but they pussied out, got their asses killed. So now me and my clique are gonna do yall’s dirty work for you. You hear me, *pendejos*? Just us four pachucos.”

He turns, gestures at the jeep. “Okay, climb on, homies. Let’s go save the world.”



An hour later the jeep rumbles off the pitted highway and Payaso smacks it into four-wheel drive. Chupacabras burrow and sleep their blood-speckled sleep when the sun is up, but the thrumming of the motor and turning tires calls to them. Black specks soon dot the dunes, moving closer, fast. Soon a sea of chittering night is flowing at the jeep from all directions. Canid faces snarl in the vanguard.

“Keep the fuckers off Einstein. I got Payaso,” El Chamuco yells at la Güera above the rising din. “At all costs, *¿entiendes?*”

“My pleasure, *jefe*.”

They are still ten minutes from the lip of the crater. The first wave hits. El Chamuco sprays bullets at the choops in front, clearing a path. Payaso rams and crushes the wounded. La Güera grunts and fires, kicks and stabs.

Their defense lasts three minutes before the horde swells like tsunami, choops clambering up the spiny backs of other choops, crashing upon the jeep, slashing tires, puncturing the gas tank, smashing through the engine block.

“Better hope we’re close enough!” Shouts el Chamuco as he slips though the shattered windshield and takes on a dozen of the beasts. “Detonate that fucker now, Einstein!”

The chupacabras have entered the back of the jeep. La Güera grapples with them, punching, kicking, biting, howling like Cihuacoatl,

fierce Aztec goddess. The alien drones rip off her arm, but she keeps thrusting them away from Einstein, giving him every second she can.

“*Órale, pendejo,*” she gurgles at last. “Now or never! *Mándalos a la verga,* and I’ll see your ass in hell!”

They dismember her. The jeep drifts to a stop. Payaso is decapitated with a single, vicious blow of talons. El Chamuco is shoved back into the jeep by the squirming mass. His eyes meet Einstein’s as the man makes the final connection in the firing mechanism.

“*Abí los wacho, fuckers,*” the genius mutters, smiling for the camera.

“*That’s my boy,*” el Chamuco manages to whisper.

The world goes white.



It doesn’t take long. When the mushroom cloud expands above the Organ Mountains and every chupacabras drops dead, both the US and Mexico initially assume the military mission has been a success. But the video from Quarantined Zone goes viral, and the names of the four cholos are reported across social media and news outlets. Pirate ISPs throughout the wastelands spread the news: liberated at last.

Neither Mexico nor the US wants the responsibility of cleaning up the Quarantined Zone, so when the tens of thousands trapped within those walls insist on their right of self-determination, arguments are perfunctory, purely for show.

The flag of freedom is lifted over Aztlán.

Her saviors, whatever paradise or hell they find themselves in, flash their gang sign one final time.



DAVID BOWLES is a Mexican-American author from deep South Texas, is an assistant professor at the University of Texas Rio Grande Valley. Recipient of awards from the American Library Association, Texas Institute of Letters and Texas Associated Press, he has written several titles, including *Flower, Song, Dance: Aztec and Maya Poetry* (2014 Soeurette Diehl Fraser Award for Best Translation), the Pura Belpré Honor Book *The Smoking Mirror*, and *Feathered Serpent, Dark Heart of Sky: Myths of Mexico*. In 2019, Penguin will publish *The Chupacabras of the Rio Grande*, co-written with Adam Gidwitz, and Tu Books will release his steampunk graphic novel *Clockwork Curandera*. His work has also appeared in multiple anthologies and venues such as *Journal of Children's Literature*, *Rattle*, *Strange Horizons*, *Apex Magazine*, *Nightmare*, *Asymptote*, *Translation Review*, *Metamorphoses*, *Book-bird*, and *Eye to the Telescope*. In 2017, Bowles was inducted into the Texas Institute of Letters.

NOTE: this short story was published in the book *Chupacabra Vengeance*, Broken River Books, 2017.



A TRUTH UNIVERSALLY ACKNOWLEDGED

BY JULIA RIOS

It's raining when Osmundo stops me by the crosswalk. It wasn't raining a moment ago. In another reality a half step to the left of this one, the sun is shining and Osmundo is a skater punk who goes by Oz. In that reality I never told you anything I shouldn't have. But only because I never met you to begin with.

It is a truth universally acknowledged, that a person who has been cut off from her dearest friend must be in want of a reality shift.

This Osmundo is wearing a tight black t-shirt that says Glitter Queer in sparkly pink writing. He is built in this reality. Really ripped. He must work out a lot. I think about my Osmundo watching *The World's Strongest Man* on TV and idly saying he thinks it would be cool to try that, and I wonder if this Osmundo actually plans to.

"Carrie," he says. "What the hell are you doing?"

"What does it look like I'm doing?" I ask. It's the kind of question that might sound like friendly banter, but it should also buy me time, and maybe if I'm lucky, give me an actual answer. Because of course I have no idea what I'm doing. I just got here.

Osmundo shakes his head, disparaging. "Don't do it, girl. This is a mess, and it's only gonna get messier."

"How do you know?" I ask.

Osmundo snorts, which is not really helpful, but is totally Osmundo. My home Osmundo makes exactly that noise when he's exasperated with me, which is...not infrequent.

Osmundo is never too far away when a shift happens. The me who designed the shifts made that a condition. Her Osmundo has a sort of homing device. A key.

“Okay,” I say. “Look, I obviously need help. Can we get out of the rain while we discuss this?”

Osmundo jams his hands in his pockets in that way that says he needs them there so he won’t use them to shake some sense into me, but he follows me to stand under the awning outside the coffee shop across the street.

“I can’t believe you want to go in there,” Osmundo says.

“Why?” I ask, desperately hoping this question will turn up some useful answers about who I am.

Somewhere in another reality, another me is doing the same thing to skater punk Osmundo, and to tax accountant Osmundo, and to my original reality Osmundo, who hasn’t decided what he wants to do yet, even though he’s 27.

I don’t know what made all the other mes want to shift, but the desire has to have been unanimous if I understand science genius me’s notes. I wonder if any of us has found answers, or satisfaction. I guess not, since we’re still shifting.

I’m starting to think I would rather be home again, though. Even without you in my life. ... Maybe.

The part of me that felt so ripped raw apart that I yearned my way into a different timeline is still there, a little voice, but a persistent one. *What if you can have her back here?* It asks. *What if you don’t have to have ruined that friendship forever?*

So, no, I’m not ready quite yet.

When we walk into the coffee shop, I understand immediately why Osmundo was freaking out. It’s familiar, wooden floors that creak underfoot, skylights, mismatched tables, and heavy ceramic cups. Everything in the place feels comforting and warm, like my favorite cafe back home. But in this one, you’re a barista.

Osmundo notes the panic that must be apparent on my face and smoothly guides me to a table.

“Sudden change of heart?” he asks. “Don’t worry. You don’t have to talk to her.”

“More like she doesn’t have to talk to me,” I mutter.

“Oh, she’ll talk,” he says. “I just don’t know why you would want to invite that.” He has no goatee in this reality, but he still strokes his chin the same way he does in the ones where he isn’t clean-shaven. I can’t help smiling at that. All the little tells are a comfort, wherever I land. My people are still themselves. I am still me. Something of us is intrinsic, fixed.

“It is a truth universally acknowledged, that a Carrie in possession of the chance to talk to Alicia will absolutely take that chance,” I say.

Osmundo’s brow furrows. “Why are you talking so weird right now?”

I pull out the copy of *Pride and Prejudice* I keep in my bag in every reality and point to the famous first sentence. But it’s different here.

“Everyone in the world knows that a single man in possession of a large fortune will one day or another need to find a wife.”

Okay, things in this reality are definitely odd.

“I don’t get it,” Osmundo says. “Just stay here and I’ll bring us drinks.”

He comes back with two cappuccinos and some almond biscotti. I usually get a black coffee and a croissant, myself.

“Thanks,” I say, trying not to seem disappointed, but my poker face is no good at all.

“Sorry,” he says. “You get my usual instead of yours. I couldn’t let Alicia know you were here. She knows your order by heart.”

“Right,” I say. Because of course you do. We know each other too well in every reality. Except the ones where I never met you at all. I don’t know if those are better or worse. All I know is that in all of them, the chances of being close are ruined now. Every single time. I don’t know exactly how things fell apart in this one, but it’s clear they did. And I’m not over it.

I wonder if any of the other mes are.

“Okay, Osmundo. I know you want to help me. And I know I’m a giant mess. So... let’s try a little thought experiment.”

Osmundo waves his hand in a circle, beckoning. *Go on*, he’s saying. This gesture is another one of his tells, consistent in every reality. There’s a lot I don’t know about this Osmundo, his hopes and dreams, his everyday routine, but I know his soul.

“Tell me about my life,” I say. “Give me all the details. Pretend I have amnesia. The basics and the good things and all the things I obviously need to fix.”

Osmundo frowns, skeptical that this will do anything good for me. “Why?”

“Just humor me,” I say.

Osmundo is a good sport in every reality, so he does.

In short order I learn that I am 25 (like always), I am Carrie Anna Cynthia Gonzalez (sometimes true, one letter off from my home reality, where I’m Carrie Ann instead of Carrie Anna), Osmundo is my cousin who isn’t a cousin—our dads are besties from childhood (always true), I was mostly doing okay with my lifeplan until this last year when I started messing everything up (mostly true), I’ve got a lot of friends (always true), I’ve never dated anyone (50/50), I met you three years ago (true except in the realities where I never meet you), we were always in each other’s pockets for two years (same), you’re an evangelical Christian (usually not true—usually you’ve rejected that by the time I meet you), you’re super bad news for me (can’t possibly be true... can it? I refuse), you’re coming over to our table right now (0% true in every other reality...).

“Carrie, I didn’t think you would come in today,” you say. You look only at me, not even nodding at Osmundo, which is a little weird, but I don’t care. Your voice washes over me like a warm shower after a long cold walk in the dark. I am a tangle of love and misery. In my home reality, you haven’t wanted to talk to me in months. I don’t know if you ever will.

“Hi,” I say, shy, smiling.

“Does this mean you’ve thought it through?” you ask.

I nod, as if I know what you’re talking about.

Your face lights up. “Oh, that’s wonderful!”

I think, in this moment, that whatever it is I have agreed to, it’s worth it.

“Do you want to sit with us?” I ask.

Osmundo gives me a look that says *WTF are you thinking, woman!?*, but he’s saved because you say, “I have to get back behind the counter. But I’ll see you tonight?”

“Absolutely,” I say. I’ll have to figure out where, but if you want to see me, I *will* be there.

“What was *that*?” Osmundo asks as you walk away.

“Me fixing things,” I say.

“How on earth can that possibly fix *anything*?”

“She wants to be friends again,” I say. “I’m miserable without that connection.”

“She thinks you agree that your “connection” as you call it, is a spiritual bond centered on Jesus,” Osmundo counters.

I frown. He did say you’re an evangelical in this reality, but... “But I’m not religious and she knows that.”

“You just volunteered to go to Wednesday night church with her.”

“Oh,” I say. “Right. But how bad can it be?”

Osmundo sips his cappuccino like he’s in one of those reaction GIFS where people sip tea and throw shade. “Do you seriously think she isn’t going to press you to go to conversion therapy again? We’ve been over this. You can tell yourself you don’t have a crush on her, and you can date only guys, or no one at all if that’s what you want, but studies show that it’s actively harmful to try to pray the gay away.”

For a moment I consider, seriously, allowing myself to convert, to try to embrace the Jesus stuff. I imagine the future where you and I are soul friends who plan church events together and talk every day. I imagine the warmth of knowing you love me. It’s brilliant, that feeling. Surely any trade would be worth it.

But then I look at Osmundo, my not cousin, my champion. I think about how the future comes together without him in my life. Because that’s why you didn’t look at him when you came over. If I choose you here, I lose him. And how many other people?

I sigh, long and deep. “You’re right,” I say.

I feel it, then, the crackling at the edge of the room that signifies a shift is imminent. This time I don’t wonder where I’m going. I know. It’s time to go back home.

What will the me from this reality do? What will her visits to the other realities have taught her?

It doesn’t matter. I have a feeling she’ll be all right.

The next moment I am in a coffee shop, but it’s a subtly different coffee shop, and I’m here alone. I have my black coffee and an empty plate with the flaky traces of a croissant on it. The barista catches my eye from behind the counter and waves. It’s not you. You’re defini-

tely not a barista in this reality. You're at home with your baby, enjoying maternity leave from your high-powered job. I pull *Pride and Prejudice* out of my bag. Its opening line is the one I expect.

Going to church won't bring me to you here, but you also don't care if I'm gay or straight or bi or whatever. And you definitely don't mind if Osmundo is. Just so long as I don't expect you to be more than a friend. Because you've never felt that way about me, and you have a husband, and you're happy.

I wish I could go back to a year ago and stop myself from confessing anything to you. Or, failing that, I wish I could make past me respect your boundaries once the horrible rush of words was out. Your friendship was worth so much more than that.

I can't, though. If I've learned one thing through all the shifting, it's that there's no going back, only forward, or sideways, I guess. The hurt is familiar, but not so acute as before, I think. At last I'm ready to face it.

I clear my dishes and head out into the chilly spring day. There are flowers opening—daffodils and crocuses—the early sprays of purple and yellow that herald new growth and lush greenery to come. A year ago, I would have texted you a photo. A month ago, thinking of this would have made me cry. Today I don't do either.

Maybe we'll get to be friends again, or maybe we won't. Flowers will continue to open and bloom. And me? I'll still like them. Life will go on.

It is a truth universally acknowledged, that a Carrie Ann Cynthia Gonzalez in possession of a phone must be in want of a flower photo to text someone.

I snap the photo and send it to Osmundo.



JULIA RIOS is a Hugo Award winning editor, writer, podcaster, and narrator. Her fiction, non-fiction, and poetry have appeared in several places, including *Daily Science Fiction*, *Lightspeed*, and *Goblin Fruit*. She was a fiction editor for *Strange Horizons* from 2012 to 2015, poetry and reprints editor for *Uncanny Magazine* from 2016-2017, and is currently the fiction editor at *Fireside Magazine*. She is also a co-host of the Hugo-nominated podcast, *The Skiffy and Fanty Show*, a science fiction discussion and movie review podcast, and she has narrated stories for *Podcastle*, *Pseudopod*, and *Cast of Wonders*, and poems for the *Strange Horizons* podcast. She's half Mexican, but her (fairly dreadful) French is better than her Spanish. Find her on Twitter as [@omgjulia](#)



MATACHÍN

BY FELECIA CATON GARCIA

I

Lina would have you believe that each moment is a faceted jewel of narrative. That perspective is more important than truth. That there is no difference between translation and interpretation. But there's just one story here. Perspective is overrated. Not all versions of history are equally valid and sooner or later someone opens the god-damned box to check on the cat. Don't be fooled. Lina isn't. Her propensity for lying and lying well is proof enough. You don't have to take my word for it. I'll give you evidence. Listen:

We're driving to a department dinner and she sits beside me, turned toward me, one hand on my thigh, the other resting on the back of my neck. On our right, the Air Force Base stretches for miles along the edge of the city. She's telling me about an article she's read about abusive men, how they sometimes move photos one inch over on the wall or change all of the clocks in the house to keep their women uncertain and reliant. To make them doubt their own sanity. Lina is outraged.

"Can you imagine?" she asks me, shaking her head, intricate silver earrings chiming like a belled cat. "Imagine making someone's notion of reality so fragile." I glance at her. We pass the main gate to the base where the young guards salute incoming cars with preening formality.

"How's Khaled?" I ask her. Her fingernails graze my skin as she starts to pull her hand away, but then she grips me tighter, grasping the back of my neck and shaking me softly.

“Fine, I think.” She shrugs and looks out of the window. “I haven’t seen him.”

It’s monsoon season, and the ground is still wet from an afternoon thunderstorm. Lina has her hair clipped up in an elaborate knot as a hedge against the unusual humidity. It leaves her neck bare. Just beneath her ear is the faint line of a bruise where a sharp tooth may have caught too hard or too long. Where a thumb might have pressed, convulsed at the moment of orgasm. *Liar*. I say nothing. She may have slept with her neck against the edge of a book. She may have scratched herself cutting the dead growth of the plum tree. And next week, when the bruise is lower, darker, she will tell me I am imagining things. She will tell me it is the same bruise as before. Imagine. A reality so fragile you doubt your own sanity.

That day, Lina reached up and unclipped her barrette. Her hair curled where it fell against her shoulders. The mark was hidden. But I’m telling this story, and I’m telling you that bruise was there. I saw it, and at another point in time, something made it. Khaled, the plum tree, her own fingernails. Fuck point of view. One of these things is true, and the others are not. It doesn’t matter who’s telling the story.

II

I don’t believe in the grandfather paradox. I don’t believe that time allows the kind of chaos that everyone warns about. It doesn’t fit the universe profile. I find it useful to think of the universe more as a personality than a system. Or, rather, as a system of personality. It only makes sense. Hand in hand with our effort to build artificial intelligence is the understanding that personality is part of the process. To think autonomously means to develop the pattern of preference and choice that we call personality. In much the same way your law enforcement experts work, I examine the forensic evidence of the universe acting. Criminally acting, some might say. Over the years, I’ve drawn up parameters. Developed a profile.

My conclusions thus far? The universe is a gentle sociopath. A monster of habit who likes the idea of itself as spontaneous and unpredictable, but who enjoys logical games: crosswords, Sudoku, chess. And quickly becomes bored. Invents new rules, becomes bored with

the new rules, sets the game aside and begins a new one. Guiltlessly leaves things half-finished.

The universe is interested in things. No. The universe is interested in everything. But it has no particular interest in anything, and it is entirely uninterested in outcome. What does this have to do with the grandfather paradox? The universe will not tolerate someone traveling back in time and changing the flow of history so much that it would result in the demise of the time traveler. It is more likely that it would hand off the problem to one of its infinite brethren. A new universe would come into existence to house the new reality. The original reality would continue with minor details changed. Enough for a good universe-sized game of Find the Difference. I think sometimes we do find the difference. We call it Déjà Vu or Ghosts or A Feeling. We call it I Know I Put My Glasses Next to the Glass of Water But Now They Are in My Pocket. Ultimately, though, the changes are small. Inconsequential. We blame it on our age, our distraction, or our overactive imagination. We collude.

So when Lina says she feels as if she's known Khaled in another life, I don't have to believe in reincarnation to think she might be right. I've stopped asking how. Now I just want to know *What was she to him?* I want to know *What about me?* I want to know *Where is he now?*

III

Of course I knew about Khaled. At first, I thought he was nothing more than a distraction in a world of distractions. I wanted it to stop. I asked for it. But when she started coming home, distracted, smiling and singing in the kitchen, I realized I had become reliant on the fingertip bruises on her thighs, the bite marks on her breasts. Suddenly, there was no evidence. No proofs. My assertions reverted to theories. I should have been reassured. I'd given her a requirement and she'd followed it.

I was not reassured. So, I worked. We'd recently received a bevy of visiting scientists—a phalanx of Chinese researchers and two or three Iranian imports. One of the Iranians looked enough like Khaled that I held his hand a little too long making the mental comparisons. But I was glad for the distraction, and for the next few weeks I immersed

myself in the work. It was good to get fresh blood in the place. It's too easy to begin participating in the hive mind that happens when people work too closely for too long. We begin to reinforce our own opinions. Established criteria for reality doesn't get questioned closely enough. We become congregants instead of scientists. After all, who's to say we aren't being manipulated by an alien species? Played with by pinheaded angels in lab coats? Orchestrated by sly dolphins?

IV

My fellow South American, Andrés, was our experimentalist and material physicist. He was the one who would build the *matachín* to hold our theorem. You don't know the *matachines*? They are everywhere in Latin America, and they are very popular here in New Mexico. They are masked and costumed dancers who play the role of famous historical figures. In *La Danza de Los Moros y Los Cristianos*, the *matachines* tell stories of the Moors being exiled from Spain. The *Indios* here took to it with fervor, of course. A story of one people driving out the invaders. But you don't care about history. The point is that someone must construct the physical shapes that can bear the weight of the theory. Those dancers become history when they dance. It isn't just a costume. But sometimes it's easy to forget that. A quantum computer, for instance, has to be a real thing. Something you can see and touch and drop on the floor. And building things is what Andrés does.

V

There is a fine line between cynicism and idealism. Cynics are cynics because they want so badly to believe. And however cynical I may seem to you about people and politics, I believe in science. I believe that it transcends everything else. In this way, I am devout. So we were all of the same faith inside those small, humming rooms: prayerful, drunk, enraged. We all believed that the work we did was divine.

Lina would have understood if I'd told her. She would have understood not because she could do the math, but because she works almost entirely in metaphor. In translation. She has spent her life in the spaces between words, which might as well be gaps in reality. But I had

stopped talking to Lina about my work. For a long time, there was no one to tell, even if I had been allowed to tell it. Even if I had decided to break the rules. Risk everything.

But now you know. We did it. We solved it. And in solving one problem, we solved a thousand. A million. But for months that knowledge paralyzed us. You think Eve went skipping back to Adam with juice still running down her chin? No chance. Desperate with worry, he found her days after. Found her still naked, curled against the base of the tree, absorbing, shivering, learning. And who wouldn't want to kiss those sticky lips? Who wouldn't want to taste it right then and there: his tongue in her mouth. Then, and only then, would she have been able to speak.

So for all the stories about the scientists who scamper to the journals to publish first, that wasn't us. And not only because we couldn't. We sat and looked at one another for a long while. The devout prayed. The alcoholics drank. And me? I spent hours in the dark listening to scales rasping against the bark.

VI

In central Mexico, there is a telescope made of 300 tanks of purified water. Every second of every minute of every hour, the water watches the distant reaches of space. It observes the voracious eating habits of black holes—energy detectable only through the secondary shower of particles created as our atmosphere deflects and diffuses the dangerous energy. The water watches. The water has eyes.

VII

Earlier I told you that not all perspectives are equally valid. That sooner or later someone opens the box and things are what they are. But I think I lied to you. Not intentionally. Not willfully. I still believe in will. Now more than ever. Because it is becoming increasingly clear that time is symmetrical. It runs forward and backward. What I do today changes what I did yesterday.

How can I explain this to you? Several years ago, Lina translated a mystery novel by a well-known Bolivian writer. Not her usual thing,

but this one interested her. The novel begins with the unveiling of the murderer. I imagine some people quit reading after the first chapter. After all, what labyrinthine forests: down to the tip of Tierra del Fuego, in and out of volcanoes and ice floes and stones worn smooth by millennia of water before revealing in the final chapter: the identity of the victim.

Think of it now. That moment when the name of the murdered is printed on the page—think of the backward process through the story that happens in the mind of the reader. Step by step to the first and final chapter. But everything is different now that you know. The past changes when you find that the killer has stabbed to death his own father.

I see your skepticism. Already you are running through all of the significances and scenarios that nearly everyone does. The practical applications. And because you are who you are, there is one idea that emerges again and again: the ancient science of weaponizing knowledge. Secrets and their spies. Even the Promised Land was the work of spies—twelve to be precise. You don't know the story? What do they teach you? Not physics, not math, not history, not poetry. All things you should know deeply and well if you're going to carry a gun, by the way. You should see the background check I'd put into place if I were in charge. So history.

There is some version of this in every corner of the world. The Aztecs seeking Tenochtitlan, the Umayyads traveling to Iberia, and Moses sending twelve spies into Canaan for forty days (numbers have always mattered) to see whether the people could be conquered and the land possessed by the Israelites. Ten spies returned with doubtful reports. Joshua and Caleb returned and predicted a successful outcome. Mysteriously, the ten doubters became sick with plague and died—I doubt they'd studied history either or they could have seen that coming. That meant God ordained it. Joshua and Caleb became heroes, though not exempt from the forty years of desert wandering meant to punish the Israelites for their ten doubters. And there is your history lesson for today: a good spy knows that he doesn't report the truth, he writes it.

Khaled would have known this story. Too bad you never thought to ask, eh? I'd call you Philistines, but then I'd have to tell you another story. So, long story short. We didn't know what questions to ask, what calculations to access (the term "run" no longer applied—all calcula-

tions had already been run somewhere and sometime). Not that we'd have been allowed. There were already changes being made. Scientists reassigned to other projects. Three checkpoints in and out of every lab. Unsmiling men and women behind every desk. And you lot. Setting up in every unused office, in the corner of every lab, and at the edge of my vision everywhere I went. The last mission of every spy on the table: the knowledge of every possible world. Like trying to hide an elephant under an eyelash. But I guess you had to try.

Ask me the right question now, and you'll understand everything that came next.



FELECIA CATON GARCIA lives, writes, and teaches English, Cultural Studies, and Chicanx Studies in Albuquerque, New Mexico. She has published a collection of poetry, *Say That*, with The University of New Mexico Press, and this excerpt is drawn from her novel-in-progress, *Petrichor*. The novel examines the entwined lives of three characters: a reluctant spy, a translator, and a physicist as they struggle to understand their histories, personal and political, just as time begins to disintegrate around them.



KAN/TRAHČ

ILIANA VARGAS

TRANSL. BY ADRIAN DEMOPOLUS

The headache began minutes after S. heard the last thunderclap, just the one that had sounded as if the remains of volcanic rock upon which the city had been built were adjusting themselves, preparing to awaken once more transfigured into caramel material of incandescent glass.

The silence of the end of the world did not allow them to open their eyes, even though their solar connector had activated almost six hours ago. There was a noise interference that diminished the elasticity of the golden body, rooting it to a black coral reef, on whose points ceaselessly vibrated the luminosity of an abyssal voice whose nature, as much as they tried to associate it with some earthly element, was unrecognizable.

It was not the first time that this type of interference slipped into the suprasensory liquid that the dispatcher provided every 8 hours. S. had detected it since they tried to decrease the dosage, provoking a short circuit upon inserting the point of their inked nib pen in the metal entrance of the apparatus, but the only thing they achieved was concentrating the liquid in the first three milliliters of the conductive hose, in such a way that, upon going through the venous branches of their thigh, the density of their blood caused an electric shock so sharp and intense that it made them perceive a luminous aura on every object of a phosphoric nature around them.



////: DAY 8

The-wor-st-fe-ar-ed-is-re-born with the bubbling of the dream The worst feared? Wouldn't it be, better said [they enjoyed saying], the most feared?

[questioning themselves taking advantage of the vulnerability of consciousness

was another one of their fascinations]

No. No, no, no, let's see: the worst feared, it means [they said] that which is feared improperly ... So, if that which one should not fear stands out among all of the shadows—even those that are hidden beneath the obscene tongues of those shoes—if I begin to shut my eyes abandoning myself to the elastic languor with which The Supreme Sleep reveals itself in my body ... I would neglect my surveillance site at the defensive wall that this operating room // waiting room // crystallized cryogenic capsule // and I // have constructed over 12 days to defend ourselves from the walking pieces ... and ... so ... if my eyes begin to succumb to the heaviness with which the cold leaps over the eyelashes to close them ... my body would lose the uncontainable state of

»ALERT °tachycardia°burning pulsation in the head°tachycardia°« which we have designed to recognize the beings cloaked in purple amber when they arrive carrying—with the help of two metal tentacles at the extreme left and extreme right of its indecipherable body—enormous containers of steel beetles which, upon varying the intensity of the light that the lamps direct toward them, change, subtly, almost imperceptibly, in porosity, in texture, in outline and look like—or they want us to think that they look like—pieces of flesh in the shape of a leg adhered to a foot from which IN REALITY hang small groups of viscous cocoons riddled with ocular thorns ... and they come, they approach hidden toward our exposed flesh, that flesh which we allow to be cut in exchange for silence and kan/trahc ... ah ... if the heaviness weren't so sweet ... if the muscles tried harder not to give in ... that is what, well understood, is the worst feared...

///: DAY 13

The isolation increases intolerance. 90 milligrams of contraximoxin and I can feel the gaseous particle that slips in with the moss that grows at a caterpillar's pace in the crack in the wall, which, like a

crumbling piece of stale bread, supports the window and its rusty electrified iron bars.

In the grassy island that floats over the opposite bench, various quadrupeds frolic. From their skin hangs fur of diverse colors, thicknesses and lengths. Some drool with impertinence. Others absorb—in a never-ending act that demonstrates their mechanical nature—the drool, with a cloth that they squeeze over the dry pasture that surrounds them. From among them stands out one whose animality reflected in the obsession with polishing every part of its body with its tongue, exasperates my nausea: the exasperation consists in the transfigurations to which this phosphoric hybrid must subject itself in order to execute its task successfully, as its tongue is so short and its body long and voluminous, that at moments it practices forward rolls and postures with which it seems to want to break its own neck, a leg or its coccyx. If at least its movement were less desperate and the expression in its eyes less human ... I could forget the automatic link that my brain makes upon connecting with the image, and control the nausea upon ceasing to recognize in that face my own, or that of all of those who frolic prostrated at my side. Upon seeing them / seeing myself, returns, like the flight of a boomerang, the daily question: What was it that incited the desire to submit myself to the deranged foolishness of manufacturing a phosphoric meat?

Ah! How could I forget the brief seduction that message produced in my bones!

If you, kind taxpayer, consider some part of your body a nuisance, a useless waste of space, an attack on the aesthetic logistics of our overpopulated community, and you don't know how to remedy this terrible moral burden, worry no more: let us know which arm, which leg, which vertebrae, which bone or any old organ you're not using anymore, and here we will exchange it for phosphoric meat:

The Energy of the Future!

I read the message exactly eight times in search of a secret code or deceptive offer before providing my information to the machine that attended pleasantly to my telephone call:

1. I would sign a contract.

2. Someone would explain the surgical process to me.
3. I would stay in observation for 18 days to ensure that the surplus body part would adapt to the process of manufacturing phosphoric meat.
- 3a. My presence during the *Post Process*, would be a precautionary measure in case they needed fresh portions of tissue, blood, DNA, various types of biopsies and even samples of gastric juice and bile waste, because of which I would not be able to leave the *hospital* until the exchange *finished successfully* ...

But, would it be worth such docility to experience assisted auto-mutilation? Ah, most definitely! In exchange I would receive kan/trahč, endless supplies of that substance which activated the subtle perception of the ear to return to it the sweet and complicated function of discovering, defining, distinguishing sounds ...

- - - - -

In spite of the catatonic mechanization provoked by the depressing crisis that each and every human being lived due to the annulment of the acquisitive value of everything that surrounded them; in spite of the fact that nothing could be bought because money had lost all of its value and people acquired what they needed through exchange—thereby losing the compulsion to buy in the middle of an economic boom to a point so utopian that it had been disastrous; despite the fact that the governments of every society took great pains to keep the population distracted with vast quantities of images and audios superimposed one on top of another, S. still remembered what had been valued most before, long before: they were anxious to recover the placidity it brought them to hear sounds in distinct frequencies or outputs, and not in an agglomerated mass of advertisements/welfare that was indecipherable, incomprehensible and that brought little more than bewilderment and the need to do everything in the fastest way possible to return and shut yourself in at home, to wait, in a silence clouded by endless echoes, for the next day to arrive.

- - - - -

////: DAY 15

If I had for sure what they advertised in that message, I could predict that within three days I'll be ready to leave this place. However nothing that I expected to occur has happened, save the filtration of that white noise that is becoming defined little by little in a voice that seems to not tire of playing with the tonalities, the subtleties, the thicknesses that it can achieve, in the human, in the buccopharyngealthoracic apparatus when the air pierces through it ... And I can only hear that voice when I am provided a new dose of a certain luminescent liquid that robs my strength, consciousness and the willpower to impede the taking of a new piece of meat, either from some extremity or one of the organs which, although until now they haven't turned out to be so "vital" ... I don't know exactly which ones they are ... Maybe this is kan/trahc? ... What to do? ... The weakness has me adhered to the metal of this which seems more like a dissection table than a stretcher ... I can't ... even sit up to see ... which body parts I still have ... not to mention feeling anything: the cold: the liquid: the immobility: the numbness ... white noise ... sensitive dyslexia ... the sound of blood in my brain ... black noise ... forest of black arteries ... of neurons ... of black leaves ... oh ... gravity shifting in my tongue ... oh ... shif...ting... at least... at most? ... at...most...I can still ... put together ... co he et...current...co he rent frak... frag...ments of...men...tal...ta...id... ideo...g...r...a...m...s...

But the third day never came.



ILIANA VARGAS (México, 1978) studied Hispanic Literature in UNAM, and also a diplom in Fantastic Literature. She is the author of the books *Joni Munn y otras alteraciones del psicosoma* (Conaculta/FETA, 2012); *Magnetofónica* (Ediciones y Punto, 2015) and *Habitantes del aire canibal* (Resistencia, 2017). Her work has been included in several anthologies and she has published short stories, esseys and literary reviews in electron-

ic and paper printed media in Mexico and elsewhere, this works can be read (in Spanish) in her personal blog: <alteracionesdelpsicoma.wordpress.com> She has been a speaker and also the head of different literary workshops for future teachers. Every month she publishes a column in *Vozed* <<http://vozed.org/>>, called “Hibridaciones Sinápticas” (Synaptic Hybrydations).

ADRIAN DEMOPOLUS (transl.) (Texas, 1997) will begin her senior year at the University of Oklahoma this fall, studying Spanish and communication. Her translations include short stories by Yoss, Gabriela Damián Miravete, and Raúl Flores Iriarte. After graduating, she plans to go to graduate school, travel, and translate (or any combination of the above).

NOTE: this short story was published in the book *Habitantes del aire canibal*, Editorial Resistencia, México, 2017.



THE BINDER

BY ANGELA LUJAN

It was nighttime, and it was dark, on account of how it was nighttime. It was a dark nighttime, and I was in desperate need of a binder. My mother drove me to the store to get a binder for class the next day. I'd procrastinated, so what followed was my fault.

We were heading back from the store when the car stalled. A man approached from the shadows. Lightning in the distance painted an ominous silhouette of the gangly man.

My mother tried to get the car going as the man closed in on us. He meant trouble, I could smell it. Or perhaps it was whatever was accumulating in the storm drain. Either way, something smelled, and I smelled it. He was close now, and the darkness of his silhouette slipped away to reveal a man crazed. Crazed by binders.

"Gimme your binder!" he shouted, with menace in his eyes.

"What? No," I replied. I clutched the binder close to my chest. This was a vital binder, necessitated by school things.

The man lurched forward, pulled open my door—which in hindsight I should have locked, given the proximity of the miscreant. He ripped the binder from my hands, the force of which sent him stumbling backward a few feet. Then he laughed in celebration of his victory.

A bolt of energy I'd never felt before shot down my spine. I stepped out of the car. I closed in on the man, preoccupied with his spoils. And I did what had to be done. I kicked him, right in the shin. Quite hard.

He yelped out, then hobbled away as quickly as his leg would let him, and lying on the ground was the binder.

The next day passed behind foggy glass. The words of others couldn't pull my mind from thoughts of the night before. Had that really happened? What had come over me? My schedule was merely a railway. I followed it effortlessly, absentmindedly. Right up until my English class, wherein I was to present a presentation. A pedagogic presentation on past participles and the present perfect. Also grammar.

My teacher called on me. I rose and reached to retrieve my notes. They rested in the binder. My body buzzed with the same energy from the night before. I pulled the binder from my backpack and strode toward the front of the class, turned rather abruptly and walked right out. I couldn't remain in that class. Not when the streets were riddled with criminals. Not when I knew how to stop them with a swift kick. Who knew how many binders were being stolen while my class's clock ticked?

I marched out of my school and down the street with a great confidence that slowly turned to puzzlement. My general sense of duty wore off, revealing an utter lack of planning. Then I heard someone shriek, "Help!" I ran toward the voice as a bolt of energy shot down my spine. I rounded the corner and found nothing but an abandoned Blockbuster. In its front stood a man in a blue rubber suit, and across his chest in bright yellow, the letters "BBB."

"You there." He jogged toward me, "Did you see where he went? 'Bout yay high, brown hair, had a woman's purse?"

I shook my head.

"Damn. Well, he's outta the parking lot by now." He shrugged. "Outta my jurisdiction."

Many thoughts rushed through my mind as I stood face to face with a strange blue man whose jurisdiction extended to the entirety of a parking lot. The one I said aloud was, "Better Business Bureau?"

"Huh? Oh, the... no." He corrected his posture, positioned his hands on his hips and said, "I'm the Blockbuster Bandit," and winked.

"You rob Blockbusters."

"No, I protect Blockbusters. From criminals." Perhaps my silence urged him on. "Surely, you've heard of me. I mean, there's been a *slight* decline in Blockbuster criminal activity in recent years. I'd like to think I played a part in that."

"Are there even still Blockbusters?"

He gestured behind him. "Hello? There's several, okay?"

"Okay." I didn't have time to argue with the Blockbuster Bandit. I didn't have time to point out to him that the word "bandit" did not mean what he thought it meant. I didn't have time to tell him that protecting Blockbusters was an absurdly narrow scope. Not when he'd instilled an idea in my mind that would allow me to help all those who were in danger of losing their binders. An idea that would propel me toward superheroism: a costume.

He offered me an autograph. I declined, excused myself and went to a craft store and then home with a purpose.

I spent hours working on the designs. I considered leggings, capes, vests, armor, belts. One such sketch was almost identical to Blockbuster Bandit's costume. While imitation is the highest form of flattery, it is also the most illegal, so I tossed it aside. A garbage pile grew where I threw the crumpled pages covered in unappealing apparel and uninspired attire. The doodles I'd dismissed.

The perfect costume felt just beyond my reach. I needed only to remember why I'd started down this path in the first place for the solution to reveal itself. I began scribbling furiously. The hours or days that passed were a blank. I came back to myself to find my costume completed. That night, I stepped out of my home and into my role as protector. Dressed as a binder.

As I walked down the street, the wind quickly became an issue. I returned home, tailored my suit to be less sail-like, and once again, stepped out of my home and into my role as protector. Dressed as a more narrow binder.

I began patrolling the streets, looking down alleyways for binder thieves, or even some other type of criminal. Instead, I passed block after silent block. The city was asleep and I was about to be.

I decided a fifteen minute break was in order and sat on the curb. That's when I heard a distinct, repetitive clinking sound. It was quite annoying. It sounded nearby, so I got up to see what it was. As I closed in on it, I began to hear hushed voices as well.

Clink. Clink. Clink. "Hoist your end."

"I am-est."

I spotted two shadowy figures down an alleyway, carrying something. I closed in to get a closer look.

“Thou art not.”

Two full suits of armor were clumsily lifting a crate off of a truck. They turned toward me and froze. “Uhh.” One turned to the other. They dropped the crate and hopped down from the truck. *Clink. Clink.*

The men were shifty, I could tell that much even with their armor. “I don’t think this is your truck, guys,” I said. I suddenly grew nervous. I received no surge of energy from my attempted heroics.

“Thou thinkest that we’re stealing?” They moved in toward me. “You mightest be onto something.”

“That’s right. Do you know who you’re dealing with. Est? We’re The Knights of the Round Table—”

“—Of evil,” said the other.

“Come on, man. I had it.”

“I know. I just like to say that part.” He paused. “I’m sorry.”

“It’s okay.” He returned his attention to me. “Point is, we challenge you to a duel.” They continued their clamorous march toward me.

“Not so fast,” a familiar voice echoed through the alley. “Two on one? That doesn’t sound fair to me.”

“Alright, come on then. Two on two it is-est,” said one of the suits of armor.

“A dual duel,” said the other.

Then Blockbuster dropped from the sky, taking down one of the metal men. He jumped to his feet easily, while the armor flailed in vain on the ground. Then he turned to me and winked. “Hey, kid.”

Blockbuster was quick: the remaining medieval man wasn’t. However, he was wearing armor, so quick did little good.

Blockbuster, very quickly, punched metal and hurt himself. “Agh! Your turn, kid.”

I moved in and did what I had to. I kicked a metal man, right in the shin. Quite hard. Alas, he was metal, so I injured myself. Meanwhile, Blockbuster had used the distraction to get behind him. He knelt down and I pushed the chestplate of the toe-stubber. He toppled right over Blockbuster and fell flat on his back. He clawed desperately at the air and rolled side-to-side, to no avail.

“I can’t believe you *fell* for that,” said Blockbuster Bandit. He got up and elbowed me, “Right? Hey kid, what’d these guys do anyway?”

“They were stealing from that truck.”

“Cool. Cool. Hey, strike a hero pose with me real quick.” He stood tall with his hands on his hips and I followed suit. We stood like that for no reason I could discern for about a minute, before Blockbuster decided to call the cops and let them know where to find The Knights of the Round Table of Evil.

“Hey, Blockbuster Bandit?”

“Yeah.”

“Why’re you here? This isn’t Blockbuster.”

“Well kid, there aren’t a lot of Blockbusters left. Sometimes a hero’s gotta adapt. Sometimes,” he looked out into the distance, “You’ve gotta fight for something new.” He struck his pose.

“Oh.”

“Nah, I’m just kidding. There used to a Blockbuster near here. I count abandoned Blockbusters, demolished Blockbusters, all that stuff.”

The next morning, while reading the news over breakfast, I decided Blockbuster was onto something with his absurdly narrow scope. He’d succeeded, after all. He had done most of the work, and I’d contributed a minimal push. This all occurred to me as I read the article detailing the rather substantial binder theft a few blocks from the medieval men. A theft I could have stopped if I’d not been distracted by another hero’s fight.

I’d let my original focus slip away into an abstract idea of heroism. I’d had a single purpose which I lost sight of in a single night. Binders. Blockbuster Bandit had his Blockbusters. Firemen had their fires. I had my binders. And they were all equally important.

I decided to refocus myself, my crusade, my cause. The following night I patrolled the streets. I passed Blockbusters, I passed fires. Then I found a binder thief, and I leapt to action.

He’d targeted a Target and was just making his escape as I came upon him. The sliding glass door lay in pieces at the entry and the wheels of his dolly crunched the glass as he pushed a load of binders toward a waiting car.

“Halt, fiend,” I said. Instead of doing that, he dropped the dolly and began to run toward the car. I felt that familiar bolt of energy

shoot down my spine and I rushed forward, intercepting him. “Gotcha, binder thief,” I said. Just as I was about to kick him in the shin he said, “Excuse me, I don’t mean to interject. I understand I’m a suspect, but is it possible you’re not correct?”

“What?”

“It’s never the one you most expect, and you have left the store unchecked. You know what that does not reflect? At all well on your intellect.”

“What? No, stop that,” I said. Then I kicked him. Right in the shin. Quite hard.



ANGELA LUJAN is a writer and student at the University of Nevada, Reno. She is the staff writer at *Insight Magazine*. Her poetry and short fiction have been published in *The Brushfire Literature & Arts Journal*.



RING A RING O' ROSES

BY RAQUEL CASTRO

TRANSL. BY RUTH CLARKE

Once, for my birthday, I got a zombie. He was the cutest thing: grumbly, stinky, slight homicidal tendencies. Really sweet. I couldn't wait for school to start so I could take him to class with me (the kids always brought their toys in after Christmas or their birthdays to show them off to all their mates. I had double bad luck: first, my birthday fell, and still falls, in the middle of the summer holidays—even though I don't get summer holidays anymore; and second, I didn't have any mates).

On the first day of school I took him with me, hidden, of course. It's not easy to hide a zombie, because it won't fit in your school bag, and because you have to be careful it doesn't bite you, its master (unlike dogs, zombies do bite the hand that feeds them). But I managed it—I disguised him as a new classmate. A bit large, a bit smelly, but then worse things have been seen at my school.

Nobody realised that day that he ate Juanito, the kid who always pulled my hair, because I sat Zambi (that's what I called him, in honour, obviously, of a certain baby deer who was fashionable in those days) in the place next to me. The teacher saw all the seats were taken and didn't even register the tall, greenish kid devouring part of a leg in the front row.

On the second day it was Lucila's turn. She was a girl who always pulled faces at me. She stuck out her tongue and crossed her eyes and, suddenly, it was her eye that was sticking out. Or rather Zambi bit it out.

But since we were playing with plasticine, nobody noticed. My school was like that.

The teacher assumed Lucila had been moved into a different group. That happened a lot in the first few days of school. And because the secretaries worked at a leisurely pace, they normally gave out the class registers sometime in November. So Zambi had no problem.

Then three more kids went missing on the same day. "I'd swear I saw them in the playground this morning" said Miss Terri, my teacher (I liked her name, it sounded like "mystery"), but she never said another word about it and went back to her Reader's Digest condensed novel. Meanwhile Zambi was having the all-you-can-eat feast of his life (or his un-life) in the sandpit outside.

When there were only seven or eight kids left the teacher got seriously worried: could there be a new chicken pox epidemic? Worse still: measles? Miss Terri had never had measles, and she was quite scared of it. So she asked us whether we were feeling ok. My classmates nodded their heads, pale, nervous, and terrified by my threat: anyone who pointed the finger would be dealt with by Zambi.

I nodded too, although I was rosy-cheeked, bright-eyed and grinning.

The trouble was that Zambi didn't nod, and the teacher noticed his complexion, somewhere between cerulean and pistachio, his vacant stare, and the fact that he looked generally unwell. That made the teacher suspect something even worse than measles: hepatitis. So, bravely, she ran off to get the nurse.

It's a shame that Miss Julia, the nurse, tried to look at Zambi's tongue. I could sweeten the story by simply saying that she won't be writing with her right hand anymore, but the truth is it wasn't only a hand that she lost, may she rest in peace.

And it's a shame that Miss Terri went crazy: she was shrieking and looked like she was going to pass out. Zambi got sick of this performance and bit her, but only a tiny bit.

When the head teacher realised my group hadn't gone outside at break, she got a bit worried. This came on top of several parents calling the school, anxious because their children hadn't come home. She told them that young people were more and more rebellious these days and it was to be expected: "Give him time, you'll see, he'll just be out

raving. Yes, I know he's five years old. But I'm telling you they start younger and younger with sex and drugs nowadays". Well, that's what they say she said. She even thought about splitting up our group and mixing us in with the other third year kindergarten kids, but, in the meantime, she went to look for us, imagining she'd find us drunk or sleeping it off, or who knows what.

Of course she realised straight away that Zambi wasn't registered: he'd been there for almost a month as a stowaway, without paying his tuition fees. Unthinkable! The head teacher tried to tell Miss Terri off, but she responded by ripping out a tiny bit of her intestines, and then another piece, and another, until she'd eaten her completely. I don't think Miss Terri likes being told off.

The rest of the year was pretty quiet. The other kids in my class gave me their lunches, and played whatever I wanted to play; partly because they were scared of Zambi and Miss Terri, but also because they learned to love me. After all, I was a nice person, and I even let them choose which boy or girl from the other groups Zambi and Miss Terri were going to eat the next day.

But all good things come to an end: one morning, almost at the end of the year, my mum realised that I was taking Miss Terri and Zambi to school, and she got really cross: "What a terrible school, letting children take their toys in like that!" she said. And she made me leave them at home.

I thought the first year of primary school was going to be really boring, even when I could still play with Zambi and Miss Terri at home, but luckily I was wrong: for my next birthday I got a poltergeist.



RAQUEL CASTRO (México, 1976) is a writer, scriptwriter, professor and cultural promoter. She won the Gran Angular Prize for young-adult literature in 2012. As part of the production team for the Mexican TV series *Diálogos en confianza*, she has won the National Journalism Prize twice. She is the author of the novels *Ojos llenos de sombra*, *Lejos de casa*, *Exiliados*, *Dark Doll*, and *Un beso en tu futuro*, as well as the co-anthologist of *Festín de Muertos*, a Mexican zombie fiction collection, featur-

ing many of the greatest weird fiction authors from her country. She has a column about children and young adult fiction in *LeeMas* magazine. Her work has appeared in English in *Latin American Literature Today*, *World Literature Today*, *Nagari*, *Palabras Errantes* and other publications. She can be found online at her YouTube channel <www.youtube.com/AlbertoyRaquelMX> and tweeting at @raxxie_

RUTH CLARKE (transl.) is a freelance translator working from Spanish, French and Italian into English. Her obsession with Latin America began in Mexico in 2005 and has led, amongst other things, to an MA dissertation on the translation of travel writing, some impressive journeys across the Andes, and translation jobs ranging from luxury hotel promotion to the Peruvian Civil Code. She currently lives and works in London.



SHOOT

PEPE ROJO

Shoot.
Shoot.
Shoot, motherfucker.
Shoot.
Shoot.
Kill them all.

Shoot the last one of them. Here they come. Shit. What's wrong now? Another bug. Fucking bugs. I programmed it so that if she keeps the keys we couldn't head back to pick the money. The app's not working on FB. Fucking testers. Why won't they answer. One call. Five calls. Ten e-mails. Report the bug. Wait for the engineers. Electricity bill is here. Fucking cold. So expensive to keep us warm. Get cash. Paper money is useless. I mostly use cards. Supplies defend the supplies. A horde is coming. Two hordes. Hit them in the head, save ammunition. Fucking job. I fucked up programming a WhichChoices, the game freezes. I need to fix it, quick. But the zombies keep on coming. I just can't finish killing them. I need more weapons. I light a cigarette. Then another. My partner says I don't tell her I like her anymore. Their heads explode, splattering blood. They're quick. I can't reload. I am no hero, just trying to survive. Killing zombies is the only thing I'm good at. But I'm pretty damn good at it. Pretty damn good. My lungs ache. Logic error. If I already saw the video that option shouldn't be there. Algorithmic narrative processes. Clicking here restarts the story. Eat. Work. Sleep. I can think like a machine. I know how the zombies move.

I know how long it takes for them to reanimate. New data. Get it on the server. Eat. Take care of the kids. Feed them. Kill zombies. They don't like my cooking. More zombies approaching. I feel cruel. I yell to whoever gets in my office. I can't get the supplies to the helicopter. I need more medicines. I kill more zombies. I've got to check illustrations. I cough. Black phlegm comes out. Maybe there was blood on it. Didn't get a good look at it. Report to hand in. And kill more zombies. Gotta check the scoreboard. Mobile app is not working. Unblocked missions. Eat. Report in. I dream intruders get into my house. I dream my lungs are rotting. Wake up. Withdraw cash. Tuitions to pay. Last day to do so. Before, I kill some zombies. Change dialogues. Reprogram storypaths. I've got to make myself acquainted with beauty projects. I know it's a weekend because the kids are in the house. Download the Muppets. Pretend to smile. Pretend to be interested. Haven't received my payment. Rescue a survivor. She looks nice. I'd definitely fuck her. No money. Out of cigarettes. My partner gives me some cash. They are killing Evelyn. Fucking zombies. In the head. In the head. I love how they programmed their movements. Dragging their legs. Twisted neck. Limits of human movement. Crawl, motherfucker. Nothing stops them. Relentless digital choreography. Until you shoot at them long enough. Drop in a pool of blood. Splattering. I've got olfactory hallucinations. I can smell their rotten meat. Sleep. Kids still here. They are hungry. Yesterday, the game crashed online. Twenty mails reporting it. We are losing money. Client won't pay. Is it the engine. Is it my data. Is it the server. I'm a Zombie Slayer. I eat right in front of my computer. Waiting for reports. They are fighting. I'll ignore them. Fix an easy bug. It wasn't my fault. Games are running again. Characters are trapped in their programmed routines. We need more options for them. Nothing noticeable. I program a couple of storypaths. And kill some zombies. At night, we watch some TV. I can't sleep. I go down. Light a cig. Kill zombies. Check product placement. Seventy brand impressions each ten minutes. Replayability is three games. 210 brand impressions every half hour. In the head. Drops dead. My aim unblocks more challenges. I should get a raise. They never pay me enough. And I eat. And I sleep. And I kill zombies. My partner is looking for lovers. These guys are morons. The game is down again. The phone won't stop ringing. I take a bath. I kill zombies. Seattle. Buenos Aires. Programmers in Poland.

It's not registering addresses. Promotion isn't working. Engineers aren't answering. My son has learned how to kill zombies. We buy guns together. Eat. Program some more endings without opening up the tree. There's an ending you can't get to. Supplies. Kill more zombies. Medicine. Kill more zombies. Watch TV. My partner falls asleep on my lap. Great job! You've got four endings! There are reports of gamers getting to the happy ending. I rest some and then kill more zombies. A game for men. A game for women. Wake up. Three projects in four months. We're due this week. Advertising will be up. Thousands of players. I get more supplies. New zombies incoming. Shoot. Shoot. Kill them all. Rejuvenating weekly treatment. Include all legal data in every single drawing. I love paychecks. Somebody! Please! Support me! Now! Me? I kill zombies. They are biting Evelyn. I won't be able to save her. The helicopter leaves the survivors. I've got to change storypaths. Client didn't approve them. Game is down again. If client doesn't pay, I won't get money. Lots of mistakes, little time to fix them. Pay for food. Pay for extra classes. Tuition again. Vacations. A party. Limits of human movement. Code more options. Many mistakes. Many gamer complaints. I'm not here. I don't pay attention. I don't answer the phone. I can't afford a grenade launcher. Friday. Get drunk. Wake up. Fifteen mails. Bad programming. Whose responsibility. Fuck. I can't see with my left eye. Fuck. How about closing it. There's a meeting with client tomorrow. Placement isn't registering. Can't see. Shoot. Shoot. Can't stop. Don't get distracted. To the head. Get them asshole. No mistakes. Too many of them. Hadn't we agreed to go to the movies. Advertisement may be recalled. Engineers won't answer the phone. And this. And that. And this.

And that.

And this

And that.

Meanwhile, I kill zombies.



PEPE ROJO is a writer and interventionist living in the California border zone. He has published five books and more than 250 texts dealing with fiction, media, and contemporary culture, in Spanish and English. He directed *You can see the future from here*, a series of sf-based interventions in the Tijuana-San Ysidro crossing border, as well as *Tú no existes* in Mexico City. He was most recently spotted raising “Tierra y Libertad” flags.



IT ALL MAKES SENSE HERE

BY ALBERTO CHIMAL

TRANSL. BY JESSE WARD

There are two men in the video. They're walking between the cars through the parking garage. The camera is attached to the ceiling, or maybe to one of the concrete pillars, and both are moving away from it. One of them is wearing a really dirty orange jumpsuit, and the other a greenish t-shirt that might at some point have been black denim pants, and old, worn-out tennis shoes. Their faces will never be clearly visible: right now, their backs are turned, of course, but in any case, their shadows will always be thick and black, in high contrast. Besides, the texture of the image is blurry, with low resolution. The colors are very intense—oversaturated—, which suggests that the recording was tampered with.

Suddenly there's movement at the edge of the screen. A third man has appeared in front of the other two. This one's dressed as a clown: green pants, a red jacket, and yellow shoes. He's wearing a white mask, probably rubber, with tufts of fake blue and purple hair.

The mask's features are those of a demon with big fangs.

The other two men, obviously baffled, stop in their tracks. For a few seconds, they don't move.

At that point, we notice that in front of the clown, between him and the two watching him, there's a body stretched out on the ground. It looks like it's moving a little. It's partly hidden by a shadow on the ground and looks, at first, like a blot, a shapeless form. The movement resolves into a coherent image: his head, with unclear facial features; his

left arm—a long sleeve, a big, shapeless spot that must be a hand—and maybe part of his torso.

Seconds pass. The other figures—the one in the jumpsuit, the one in the t-shirt, the clown—look like statues and allow us to focus our attention on the stretched-out body. Its movement might be intermittent or spastic, out of control. Is it wounded, drugged?

We'll never know. Suddenly the clown holds up a huge hammer (metal? did he always have it in his hands?) and swings it hard into the head of the body on the ground, which booms (or explodes? what's that sound?) and shoots out a red stream onto the jumpsuit guy and his friend.

Both scream. Both turn around, showing the camera their chests and faces splattered with the red liquid. Both run away with the clown right behind them, brandishing his hammer. All three leave the frame and don't come back.

The video ends. The reporter closes the tablet and hands it back to the editor.

"It's one of those hoaxes," he says. "The ones with a hidden camera. That thing on the ground is a dummy. The head is a ball filled with some kind of liquid, and there's a spring or something that moves the arm. The page doesn't say who made it, right? There's no logos or anything..."

"No."

"It's probably edited: they took it from another site. Typical. More than likely it's processed, which is why it looks that way. Send me the link so I can watch it later at home. And too bad about the jumpsuit guy, huh?"

"What do you mean?"

"They guy was a real porker. The moment he started running he must have had a heart attack."

They both chuckle a little, slightly.

"So, you'll send me the note tomorrow morning? What did the specialist tell you?" the editor asks. She's referring to an academic who agreed to talk with the reporter about his story: urban legends (and their many modern derivatives, including of course videos like the one with the clown) and their massive popularity in some countries with high rates of violence.

The reporter takes out his own tablet, turns it on, and opens a file. He says:

“It’s a little obvious, what he said. That reality is always stranger than fiction, that people know that the most meaningful horror stories are the ones from real life, the massacres... Here, let me find the section.” He uses his finger to move the text across the screen. “People in countries like ours, he says, can’t “escape,” or distract themselves with these violent stories like people who don’t have that stuff nearby. Simply because that’s their reality. Unless they’re very rich, politicians, or gangsters, they don’t need escapism. And so, they have to search for alternatives. That look real, but that have to do with other threats. Killer clowns, space monsters with lots of tentacles, the Slender Man...”

“What’s that?”

“The Slender Man? A really skinny guy, about 9 feet tall with no face who shows up in photos.”

“And people are scared of him?”

“He’s really popular. But the point, according to this guy, is that people like monsters not because they’re entertaining, but because in the end they provide comfort. Their victims are always seen from far away, they’re always worse off than you are, and what’s more, you can understand what’s going on, how they got into danger, what mistakes they made. You could say that the same thing happens in execution videos, decapitations: “what is that idiot doing in Syria,” “why do they mess with drug traffickers.” The editor makes a face and the reporter makes quotation marks in the air. “That’s how people think. But it looks bad to admit that you’re entertained by watching a real death. Better to watch deaths that are just as violent but that you can defend by saying they’re fake. The guy says something else...” The reporter looks at the file again. “Here it is. In real life, you don’t understand why things go bad, why you don’t have money, why your partner leaves you, why people with power do the things they do. But it all makes sense here.”

The editor chats some more with the reporter. Later he says goodbye and leaves the small office. On the other side of the door is the Attacker, but the man passes by him without paying any attention: he doesn’t look like a clown, a demon, an inhumanly tall being, a tentacle space monster, or a dangerous criminal. In other words, the Attacker

and his friends' strategy of misinformation—which is very arduous and complex: which includes videos like the one with the clown and a lot of other things—continues to work, and nobody notices him.

The reporter walks to the elevators. The Attacker briefly considers how easy it would be to follow him, tackle him in some discrete location, and carry him off. Nobody can fight back. The best they could do, once caught, would be to come up with some explanation and understand, helpless, what was going to happen to them.

But, of course, something like that would be absurd. Why would he attack a reporter, when he's one of the people who spread the faked or debunked stories that allow precisely the activities of the Attacker and his friends?

“Don't shit where you eat,” White Face, one of the Attacker's closest friends, often says. He's a vulgar and unpleasant person. He likes to be seen and then punish whoever makes the mistake of looking at him too closely. His saying may be unpleasant, but it's not wrong.

The Attacker waits until another elevator arrives. He goes down to the parking garage, pays his ticket, gets into his car, and drives out onto the street. He drives at a moderate speed without committing any traffic violations. Before long he pulls up to his house, parks, enters, and goes down to his huge, perfectly equipped basement.

The people he collected last week are still in cages or tied to tables. And they're still alive, conscious, lucid.

None of them sought him out. None of them had a prior fondness or interest in conspiracy theories and ghost stories. None of them are important enough that people would miss them or investigate their disappearance.

Some of them scream, begging or cursing him, but almost all of them are silent, tamed by their days or weeks or months of captivity. The most ravaged ones, the ones that no longer have their limbs or their skin, aren't always the most docile.

“What do you think?” the Attacker says, in a loud voice, but it's a rhetorical question. He steps into his little closet and comes out dressed in his white lab coat with a rubber apron, ready to select the tools he'll use tonight.



ALBERTO CHIMAL (Toluca, 1970) is the author of the novels *La torre y el jardín*, which was a finalist for the Rómulo Gallegos International Novel Prize in 2013, and *Los esclavos*, as well as multiple short-story collections, including micro and Twitter-fiction. The recipient of numerous literary prizes, including the National Short Story Prize and the Bellas Artes Prize for Narrative, his work has appeared in English in *The Kenyon Review*, *FLURB*, *Nagari*, *Asymptote*, *Latin American Literature Today*, and *World Literature Today*, and has been anthologized in *Best Short Fiction*, *Flash Fiction International*, and *Three Messages and a Warning*. He blogs at <www.lashistorias.com.mx> and tweets at @albertochimal

JESSE WARD (transl.) graduated from the University of Oklahoma with a double major in Vocal Music and Spanish. He has published translations on *Latin American Literature Today* and other magazines.



MUSIC AND PETALS

BY GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE
TRANSL. BY MEGAN BERKOBLEN

TUESDAY

Every time I go downstairs, I hear it. I don't want to go; it scares me. The music is horrible. They yell out my name and I know they'll ask me to go down there, but I don't want to. There are always things to bring up from Down Below: pots, pestles for grinding, the small grill, gas for the stove, the special dish that my mom uses to make chicken when someone comes to dinner—and it's always me who has to bring them up. Why? Sometimes Mom sends my brother to do it, but then he just orders me to, and I can't refuse because if not...

Maybe what my brother does isn't any worse than the music. But I don't like it.

It was fine going down to the basement before, inventing stories to fill the empty picture frames. And the trunk with all the old dress clothes from my deceased relatives, clothing so tight that it seemed like they had purchased it as skeletons. Sometimes I would put them on and play dress up between the objects Down Below. There was no reason to be afraid because I played with the lights on, shining down upon the heaps of random things, one time I remember I even swallowed a spider web just to see what it tasted like (like nothing, but it sticks horribly to the roof of your mouth).

Until I started to hear the music.

How do I describe it? *Ta ta ta... tara tá taratá...*

It's not for nothing that some very smart people invented a method of writing down how music sounds, because I don't think it's understandable when copied down like this. We keep the books from the piano lessons my brother gave up on some years ago Down Below, but all the same, I don't want to go downstairs.

I'd like to be able to describe what it sounds like. Sometimes I feel like if someone else could hear it, they would say to me: "Poor thing, what you must go through!"

Then I wouldn't feel so alone.

MONDAY

Our new neighbors arrived today. My mom says that that house, the one right next to ours, used to be a cigarette factory that once belonged to some of our relatives. It was there that they stripped the leaves and hung them to dry; the house always had a rich smell, like an unlit Negro San Andrés.¹ And at one time, that basement had been connected to ours. I stood with my mouth wide open, imagining how big Down Below would be if they were joined. Mom stroked my hair. I dared to ask: "Don't you hear the music sometimes?"

"What are you talking about?" she responded, with the hint of a smile that made everything clear. If she had heard it, she would have said: "Yes, and I wouldn't want for you to hear it, too."

She has no idea, poor momma. It's better that way.

FRIDAY

The new neighbors are young. The wife is really pretty, with dark hair and delicate features. And her skin! Exactly like polished wood. If you get close, she smells delicious, like a brand new ladle. I haven't seen the husband, but another neighbor said that he looked like one of those Spanish priests that you see in paintings. Maybe I'll meet him later this afternoon.

¹ Cigars made (manufactured) with black tobacco grown in the town of San Andrés Tuxtla, Veracruz

My brother has been pretty calm, but it seems like the wife unsettled him. We'll see how bothered he gets. I don't want to hear the music, everything seems so normal right now...

The first time that I heard it I was descending the stairs. They had asked me to bring up a wool blanket because a strong wind was blowing; most nights cooled down like that. The melody came across as hollow, muffled, as if through a wall. I thought that maybe someone next door was playing an instrument, practicing the same melody over and over again, a very short one—insistent. But, of course, the house was empty. There's nothing else to say, only the air blowing through a metal tube in order to repeat that phrase: what's it saying?

When I hear it, I feel the same sadness that I did when we visited the lighthouse on the harbor. To me, the siren sounded like a howl, but Mom said that the lighthouse stopped boats from getting lost in the seas at night. It seemed like the lighthouse was yelling: "Turn back, because here lies the danger, here there is nothing." That's what the music sounds like.

It's hard to explain. Perhaps the day that I manage to, I'll stop hearing it.

SATURDAY

My brother is a hypocrite. The bastard is a sweetheart when our mom is around. I don't tell on him because that would really disappoint her, and with how hard she works, and how alone she is...

Yesterday, the idiot was prowling in the area behind the two houses, taking advantage of how long the rain-nourished grass was in order to hide. I saw him watching the neighbor, who wasn't doing anything special, nothing more than arranging her cooking utensils in the kitchen and looking everywhere for a little packet that she then opened desperately. That's when her husband arrived. Luckily my brother wasn't watching anymore, although her husband was bothered quite a bit anyway. "What do you want?" he said sharply. "Nothing, I heard an animal running around over here," said his voice, which I loved to hear so frightened. To my surprise, the man must have sensed my presence, because he turned to look at me in my clumsy hiding place behind the

curtains. My brother turned around as well, and I only had to look at his face to know what was going to happen to me afterward.

He called his wife. Her name sounded strange, serious on his lips. My brother said good night and sped into the house through the stalks and mosquitos. "Let's go downstairs," he said. "No," I answered in a whisper, while he dragged me by the hair and led me to the stairs behind the door. I heard the music again when my brother shut off the lights Down Below; then he, along with all the junk, turned into shadow.

Sometimes I don't know what's worse, the music or my brother's labored breathing.

In the depths of my head the melody booms alongside a groan, deep and dry; the combination submerges me in a thick drowsiness. I feel so heavy that I sink, I feel like all of me is paralyzed, but the strangest part is that it's not my body that can't move, but me. And, yet, there I am, I see everything happening in front of me while the notes repeat themselves, while the terrible sensation of a never-ending fall tickles my legs, and the sensation that it's me and not my body that's submerged in a black well of heavy waters, the music taking hold of my hands, of my flesh... My brother puts back on his face of eternal idiocy as he climbs the stairs. And it's only at that point that I return from that darkness, from that death.

It didn't use to be like that. The first few times it didn't last long. But now he's more resistant each time. More dissatisfied.

MONDAY

Today I went out for a walk by the river and found my neighbor wandering barefoot around the shore. "Come here" she said, "Will you help me?" I stopped at her side and she took hold of my arm. She raised one of her tiny feet, so tiny, and with the other hand she pulled out a thorn caught inside of it. She thanked me with a flirtatiousness that I lack. She was swathed in a large sweater, now necessary due to the strange fog that descended upon the region during that time. She rummaged through her pockets and took out a cigarette, which she lit like one of those elegant movie stars. She spoke of different things, but I didn't pay

much attention until the wind caused me to shiver and she touched my arm. "Are you cold? I have hot chocolate at home, it's my treat." And I went.

Her house is almost the same as mine, even though the odor of the factory remains. The neighbor served the hot chocolate in blue cups, pretty little things, holding back the tight curls far from her face. It made me feel a bit sorry for her. She seemed lonely, mostly because she chatted with me as if I was a friend her age. She even asked if I had a boyfriend (I turned red, of course). "You're very pretty. If I were you I would do my hair like this and this" (she said this while lifting my hair to the top of my head and twisting it on both sides, fastening it with hairpins). "You'll have to scare away the suitors." Her expression suddenly seemed sad; she examined me and with a sigh said, "But you still have a girlish curiosity about you." If she only knew. I didn't know whether you could get drunk on hot chocolate, but I felt my face burning and my voice brave, so much so that I impertinently asked: "Do you like your basement?" She let out a laugh and answered, "Do you like yours?"

Come, she said, and I followed her for the third time.

We opened the door that lead to that other Down Below, and a colorless face came down upon us, like that of candle wax, eyes far-away, glass-like. Her husband.

"We're going downstairs," she informed him. The man didn't answer. He only looked at her, entranced and crippled like a doll made of wax that had descended from its pedestal, disoriented. He then walked on.

The basement had fewer objects out compared to ours. There were piles upon piles of boxes, some old pieces of furniture, others that belonged to the tobacco company. Better lit up, that's for sure.

"They told me that our basements are connected," I said, still drunk on chocolate.

"Yes, you go through here," she said, gesturing languidly to the wall. "It's sealed up now."

I didn't expect that answer. I got closer. Between the boxes and wooden crates I saw that you could make out the trace of a silhouette upon the wall, that of a door, perhaps. It seemed an irregular and illuminated scar that spoke of some wound suffered by both houses.

Leaning against that same wall was an elegant black box. The box of who knows what musical instrument.

“It was my father’s,” she told me, as if she had read my mind. *El Negro* she said booting the words from her mouth with bitter mocking.

It began like that, with nothing more. I felt uncomfortable but, once again, I thought of her loneliness. Talking about her family, now that she was married and far from her own, was the most logical thing for her to do.

“They had him here in the corner. Tied up. You know how people were with their slaves.”

She opened the box with her long, tanned fingers. It was some type of long flute, with lots of keys and disassembled tubes at its sides.

“It’s called a bassoon. God knows how it works,” she said, somewhere between scornful and smiling.

She shut the case. She then grabbed the rag she had in her apron in order to clean the box tops now covered with dust.

“Your family employed my father since he was a boy; he was their hired-hand. You should know what they say: that it was my father who infected your uncle, the crazy one. But it wasn’t like that. Everyone knows it was the other way around...but you have to blame it on the *negro*...”

She looked at me anxiously. “Ay, I don’t think I should talk to you about that...” and her face went from tan to the color of brick.

“I know the story, my mama tells it all the time,” I told her. A lie. My mother hates to speak of it. She hates to admit that my brother is like my papa’s family, she hates to remember that they, so fair and pure, preferred to marry amongst themselves, that she had been a bean amongst the rice of that French stock. How they looked down on us for staining their lineage, so reluctantly letting us live in our house when my papa died.

“Then you know why I’m here,” she said. I suppose that my cluelessness was evident because she gave a long sigh, sat on a crate, and taking out the packet that she had been looking for the other day, continued telling me the story.

“My father took this to stay lucid and strong,” she said while showing me a handful of colored petals contained in the packet. “What is it?” I asked. “Another type of tobacco,” she responded with a strange

glow in her eyes, as if holding back a smile. It smelled like a mix of vanilla and that secret musk of men, one I had only known on my brother. “My father worked with your uncle, there was something about him that he liked. He took him with him everywhere,” she began to say, putting a pinch of petals in her hand, some dried-out, others smooth. “He was his right-hand man, until my father fell in love with my mother and I was born. But you already know what your uncle was like, or didn’t they tell you?”

She didn’t give me time to respond, and I don’t think she expected me to say anything. She closed her eyes halfway as if trying to focus the image of that omnipresent man in my house, in the objects from *Down Below*, in the dust-covered photographs that my mother never even wanted to touch. “He was really stubborn, aggressive. Whatever he wanted, he got. He lost himself to those urges.” Now the neighbor put the petals on her tongue. “He had his eye on my mother. As fair-featured as he was—just like your brother—he felt like no one could resist him, but my mom wouldn’t give in so cooperatively...then he poisoned my father with this stuff,” she said shaking the petals that sounded alive, like pebbles swept along by the rain. “It drove him mad. He howled. I remember.”

Outside, the cicadas and mourning geckos were the only noise of the twilight. My skin felt sticky and moist inside of that place into which the life above trickled down: the steam of hot chocolate, the man of the house’s cologne, the aftertaste of the lime that whitened the walls, the honeyed aroma of those petals. Where did these flowers come from?

The woman chewed two or three as if they were tobacco. Her eyes widened; they seemed blacker, more brilliant. She looked at me strangely, but it didn’t scare me. I wanted to know.

“Your uncle was the madman from birth. My father was turned into one.”

And with that last sentence she coldly let out a laugh, her curls tangling up more and more. “He worked during the day, and at nightfall they locked him up here, in the basement. They thought that we would carry him off far away if he stayed with us, in our miserable little house. Nor did we have the choice to leave, taking our sorrow to some other town. My mother put on her Sunday best each time we went

to the basement, as if rouge could bring back his sanity. But neither his wife nor his daughter brought him peace: only the music could. Your uncle had given him his bassoon because he never learned to play well due to his laziness, carelessness. His filthiness. He preferred to keep himself busy with other things, like impregnating his sisters and sisters-in-law, even though they were married. My father learned to play the bassoon while he passed his confinement, in his basement kingdom. My father was a total Yanga.² He played beautifully..." the neighbor let her eyes, suddenly lit-up, close half-way. To me, everything seemed shining, magnificent in that moment, I don't know if she had noticed.

"As if he spoke to us through the music. The beautiful words he couldn't say he blew to us in those notes, which inflated like balloons so that we could understand them, in order to caress us with their melody."

"Do you want more?" she asked, offering me the packet with its fragile petals, so beautifully colored. I then realized that she had infused my hot chocolate with them. I laughed more than I should have. I shook my head no and let myself experience that soothing sensation. The neighbor continued, her dark eyelashes casting shadows on her cheekbones. "My mother took me to visit, dressed in my Sunday best as well, my hair done-up with ribbons. How huge and dark my father was. His eyes shone brightly—white, wide-open—in the thickness of that basement. He took me into his arms and kissed me so carefully, as if he were going to break me. He adored my mother. He caressed her cheeks, looking at her for a long time. Then he began to cry. He took up the bassoon and played those beautiful songs that he had composed himself. Until your uncle...anyway. After that he only played the one melody, over and over again, an unfinished song, out of tune, terrible."

The neighbor's gaze was lost in the corner of the basement, as if her eyes were cast upon an atrocity. Suddenly I felt my stomach drop and the music, my music, left her mouth. *Ta ta ta... tara ta tarata*. She then looked at me. Her eyes shone frenziedly. She kept silent for a

² Yanga: located some 150 km from the port of Veracruz, inhabited by slaves brought from Africa, who rebelled against Spanish colonialism on January 6, 1609, becoming the first free town in America. It is named in honor of Gaspar Nyanga, the leader of the rebellion, who is often described as a prince or warrior.

moment. Then her delicate face transformed. “Your uncle ruined her, right here. My father tied up over there, watching. I was sleeping. He knew my mother was fierce, fearless, that she would do something after such injury. That’s why he killed her.” She looked at the petals with bewilderment, putting two of them into her mouth. Her eyes changed once more, deep and compassionate like those of an animal. “*Ay, linda*, what a filthy world,” she said, her voice faltering.

TUESDAY

“I don’t like you nosing around with the neighbor. Her husband is a snob.” Mom told me today. “Did you know we’re almost related?” I retorted sarcastically; I had never spoken to her that way. I thought she’d get angry but instead she seemed surprised. “I supposed so,” she responded. This confirmed that my mother knew everything. Does she also know about my brother, about me...?

Anyway, we’re already so miserable that my misfortune has no means of inheriting a house to pay for the wrongs of a demented son.

WEDNESDAY

I asked the other neighbors what they knew about my uncle’s death. “His own madness killed him,” they told me. They also said that they treated him for *espanto*,³ but to no avail. Some think that they cast a spell on him; others, that rage consumed him. The one thing they all say is that his coffin was empty, God knows why. It didn’t seem strange to anyone because the family was like that with their things: off, detached. Indifferent. That’s how crazy people are.

It didn’t matter that I had asked about *El Negro*. As soon as they began to whisper about my new friend, theories slipped from their loose tongues: that she killed a young boy, that she fled one evening upon a

³ According to popular Mexican tradition, *el espanto* (fear) —also known as *ngitsé*, *susto* and *xixel*— is a sickness from which both humans and animal suffer (especially children). It is described as the loss of spirits or energy due to shock or intense fear.

cloud-colored horse, her enormous hands, blood-covered, staining its mane.

The other women on our street treated her well when they saw her in person, but they spoke about her impertinence behind her back, that you could see through her skirts, that she didn't wear a bra. About how her husband must be crazy for not realizing what kind of wife he had at home.

She waves at me normally, pretending like she didn't tell me anything. I haven't heard the music since. My brother walks about distracted in another neck of the woods, and I, happy, help my mom wash the mountain of laundry that remains to be done, imagining that she and I are all alone, that we're all each other needs in this world.

THURSDAY

I saw what happened through the curtains.

My brother was speaking with the neighbor. He was carrying some records, and he gave them to her. It flattered her a bit, but then she seemed very uncomfortable. She didn't sit down with him for even a second. She isn't the type of woman that the others claim she is. I don't think any woman is like what those women describe, the one they so like to insult. Afterward my brother got really close to her. So she opened the back door for him to leave. He started to make a fuss, saying rude things and making rude gestures. The neighbor pouted and made the same face that little girls do right before crying, but she didn't respond with the same nonsense. I wanted to leave, go to where mama was, surely in one of the houses where she went to iron. But when I opened the door, trapped in that strange fog, hot as it was, he caught me as he passed. "We're going downstairs," he told me, his voice filled with that smell.

While descending the stairs, my brother screamed horrible things about how woman live only to provoke men, to be only anxiety in a man's life, and how we liked to play dumb about it. He pulled my hair, biting me and squeezing my flesh, my poor flesh began to paralyze, to hear the music. We tripped over the piano bench, the sheet music scattered across the floor like a deck of cards. Would the antidote for this terrible music drawing near be written there? A shapeless mass

of sweat, blond hair, and tongue was my brother inside of me, and the music! An unexpected, relentless bang choked me. Then the music synchronized its rhythm with that of my heart, darkening everything. The light breath that I was fell into a slumber. My still body suddenly opened my eyes, other eyes. My hands, other hands, rose up thickly against the white neck of that man, squeezing tighter and tighter... My brother hit my girlish face, but my face, another face, slammed into his and bit it, devouring his cheeks in small chunks that tasted sweet, the sweetness of pork, and the warmth of blood in my mouth, another mouth, a big mouth, with white, white teeth. And then all of my body, another body, tall and raging, subjected my brother to kicks and bites; it detached his skin in blows, it ground and separated his limbs. My body, that other body, made of music, of solid melody, knocked down the wall that divided both basements in rage, and there it threw the bones and arms and hairs of that almost pure lineage, along with those other dreadful bones, old and eaten away. Afterward my glorious body, my fibrous other body, resounding, searched for something to close the opening in the wall.

I guess this time the music was hard to ignore. My mom had already made her way to the basement, Down Below, with me. She waited for me at the foot of the stairs with the shovel and a sack of cement.



GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE is a writer of narrative and essay. Film and literature journalist. Together with other authors, artists and people from different scientific disciplines, co-funded Cúmulo de Tesla, a collective that wishes to strengthen the relationships between art, science and science fiction. She has published in several anthologies in Spanish: *Los viajeros. 25 años de ciencia ficción mexicana*, *Festín de muertos*; *El silencio de los cuerpos: relatos sobre feminicidios*, and in *Three Messages and a Warning* (Small Beer Press, 2010), nominated for the World Fantasy Award. Twitter: @gabrielintica

NOTE: this short storie was published in *Palabras Errantes. Latin American literature in translation*: <http://www.palabraserrantes.com>

MEG BERKOBIE (trnsl.) is a writer and translator. She is currently pursuing her PhD at the University of Michigan. Her work has appeared in the journals *Words without Borders*, *A Public Space*, and *Poets & Writers*, among others.



CLEAN AIR WILL SMELL LIKE SILVER APRICOTS

WRITTEN AND TRANSLATED

BY ANDREA CHAPELA

EDITED BY KELSI VANADA

Rikka wakes up, jumps out of bed, sticks her feet into the pink, flowery slippers that wait beside it. Dad always used to scold her when she went barefoot. She runs to her mom's room. The door is open, the bed made, the book *World Trees* still open on the pillow to the chapter they read last night, the curtains are tightly drawn, and Mom isn't there. Rikka turns around and runs down the stairs to the kitchen.

She finds her mom sitting down, there's a mug in front of her, probably cold because there's no steam coming out of it. She has her head in her hands. The kitchen is dark and the shadows pile over Rikka, making her feel like she has to keep quiet, especially because for the last month her mom has been jumping at the smallest noise. But Rikka is sick of silence.

"Can I go check the levels? Can I? Please?"

Mom raises her head. She smiles softly and reaches out her hand. Rikka crosses the kitchen to walk into her arms. She lets her head rest on her mom's breast, and the smell of safety cloaks her. With her fingers, her mom combs back the straight, black strands of her hair. Rikka can bear the peace for only so long. When she can't wait any longer, she wriggles out of the embrace.

"Can I check the levels?"

"Can't you wait for your grandpa? He'll be here soon. You know what day it is today? We're going to the Regional Forest."

Rikka nods. Of course she knows.

"But we can check them before Jiji gets here."

“Rikka..”

“Pleeease,” she says, drawing out the vowel.

Mom stands up and Rikka notices she isn't wearing pajamas; she still has on yesterday's clothes. Rikka follows her to the glass door that opens onto the garden. The white capsule is waiting at the back, near the fence, where there aren't any trees to cast a shadow on the ginkgo that sprouted from it just a couple weeks ago. The capsule, or “pot,” as Mom calls it, is just tall enough to reach Rikka's neck, and wide enough that when she embraces it, her fingers touch on the other side.

It arrived twenty days ago. Jiji brought it in his truck and, without saying a word about his back pain, carried it into the garden. Since that day, Rikka has woken up early every morning to ask her mom if she can check the levels of the pot. Humidity, nutrients, light. This morning, Rikka presses every switch and looks seriously at the graphs on the little screen. Then she analyzes each small leaf with care, comparing their size to her own fingers to measure how much they've grown. She has been keeping track of every little change in number, color, and size. When the inspection is done, she smiles at her mom.

“I'm going to tell him about my tooth,” she says, displaying the new gap.

“Jiji will be here in an hour. Do you think you can be ready by then?”

Rikka nods and her mom goes back inside the house. Then the girl starts telling the ginkgo tree every detail about the tooth that fell out the night before. Mom was reading out loud to her while she fiddled with her tooth, enjoying the sensation of its movement, how close it was to falling out, when suddenly pop! the tooth was in her hand. A gentle breeze moves the green and golden leaves, making Rikka feel like it's listening to her. In the last few days it has grown so tall that it's ready to be planted somewhere else. Rikka was told several times that normal trees don't grow so fast, that the pot has been filled with modified nutrients to accelerate the growing process, but she hasn't understood much of this. Her interest lies in all the little changes she's seen from day to day: the seedling coming out of the earth, the first branches, the first leaves, the changes from green to yellow to falling and regrowing. Soon, Jiji has said, it will be as tall as she is. Right now, if Rikka grips

the trunk with both hands, it is thick enough that her fingertips barely touch.

She has been told that the ginkgo represents resilience, survival, and even rebirth. A hundred years ago, when the atomic bomb hit Hiroshima, a single ginkgo survived, and is still alive today. *World Trees* dedicates a chapter to the ginkgo, and it is this chapter that Mom reads to Rikka every night. So many times now that the girl can correct her mother when she gets distracted and skips some little detail. The *Ginkgo biloba* is a living fossil, a tree that existed even before the dinosaurs were alive, and is the lone survivor of its species, with no living relatives. Its lifespan is one of the longest in nature, and it makes a great air purifier. That's why it was selected thirty years ago as the species that should be genetically modified and replanted around the country to clean the air. Rikka has never been to a Regional Forest, the closest reservoir, but she's seen lots of videos, and Jiji has answered all her questions about them, because he's the best at knowing funny facts. He told her, for example, that when the president announced the new air-cleaning initiative, and how the citizens would contribute to it, he finished by saying that in the future the air would smell of apricots. Rikka crossed her arms when Jiji told her this, and told him that the ginkgo fruit smelled gross, not like an apricot, which was the translation of the Chinese name.

"Rikka! Jiji will be here soon. Please get dressed."

She chooses her best dress, a lacy white one she loves. She wears her yellow hiking boots. They're heavy, but her dad bought them for her so they could go camping for the first time next summer. When the doorbell rings, she runs down the stairs two at a time, yelling that she'll get it. Rikka doesn't slow down until she's wrapped in her grandfather's arms. Jiji, a giant of a man, has white hair, but his arms are strong, and he easily catches Rikka. She starts to talk about her tooth and the capsule, mixing everything together. Her mom embraces her father-in-law and looks Rikka over with disapproval.

"That dress—"

"Don't bother the child. She can wear whatever she likes," says Jiji. Mom sighs, but she doesn't press the issue.

"At least go upstairs and get a sweater. It's chilly."

Rikka walks up the stairs again. She grabs her sweater and, at the

last moment, picks up the tooth she hid among her socks the night before, so the tooth fairy wouldn't find it.

Back downstairs, she goes to the garden. She stops by the glass door and then walks to the spot where the pot used to be. The only sign that it ever was there is a yellow circle of dead grass. Do they really have to take the ginkgo away? Wouldn't it be better for him to stay here? Won't he clean the air wherever he is? Jiji's voice from over by the fence makes her turn her head. She walks to the garden door, toward the truck.

"Are you ready?" he asks.

"Can't he stay here with us?"

"The regulations are very clear. Ginkgoes must live in the Regional Forest," her mom says. She's standing by the open door of the truck, leaning against it like her knees might give way at any moment.

"But..."

"We have to go, Rikka. We have an appointment."

Rikka gets into the truck. They back out of the driveway onto the street, and drive away from the neighborhood with all its traditional houses. The small town passes by quickly. Her mom and dad chose to live there so that Rikka could grow up close to nature.

They cross a river. Its clear water shines in the sunlight. Twenty minutes later, Rikka points at a line of trees ahead. Then they pass under the arch that announces entry into the Regional Forest and drive slowly, looking for plot 3307.

A man waits for them next to the road. He's tall, dressed nicely in a dark suit with his very long hair in a low ponytail. He bows when they park and then approaches the back of the truck where the capsule is. He helps Jiji lift it out, but Jiji insists on carrying it alone. The man guides them into the Forest.

Rikka looks around. The trees, all ginkgoes, are huge. Bigger than the book said they would be. Some have started to turn golden, announcing the beginning of autumn. In front of each tree is an altar; some have pictures, and others only plaques with names and dates. Most of the trees here are more than twenty years old. Rikka looks at each of the nameplates, reading them out loud, still feeling the pleasure of her recently gained ability.

When they reach the plot, a hole has already been made. The man

and Jiji put the capsule in it, but they pause before turning on the little digging robot that made the hole and will soon fill it again.

“Do you need a moment?” the man asks Mom. “We have incense if you’d like.”

She shakes her head, then turns to Rikka, who pulls on her mother’s sleeve.

“Rikka?”

“Can I leave this?”

Rikka pulls her hand out of her pocket and shows her mom the little tooth. Her mom nods, unable to speak, and Rikka approaches the pot. She bends down and looks at the tooth for a long moment before burying it in the little patch of dirt between the sensors.

She walks back toward her mom, who takes her hand and squeezes it like she needs that touch to keep standing. The man turns the digging robot on. For the next ten minutes, the only noise is the metal shovel going up and down. Rikka doesn’t take her eyes from it; she doesn’t want to look at her mom, whose hand is trembling. With every metallic clank of the shovel, she thinks that maybe she should ask them to stop, maybe she should say something, maybe it’s not right that the pot stays behind, maybe he could come back with them. But she can’t find the words. The trembling of her mom’s hand silences her. When the digging robot has finished, the man bows again and walks back toward the parking lot, to give them some space.

Mom doesn’t say anything before turning around to follow him, still holding Rikka’s hand, but Rikka doesn’t move. She pulls in the opposite direction, refusing to walk away.

“What’s wrong?” Her mom’s voice is a whisper full of tears.

“Are you sure Dad can’t come with us? I don’t want him to stay anymore.”

Mom kneels so that she is the same height as Rikka. Her eyes are red.

“Love, Dad needs to stay here. Remember? We talked about it. Dad is a tree now. Dad is now a ginkgo, and he’ll live in the forest. He’s making oxygen and helping the planet. We’ll come visit. I promise.”

Rikka looks at the small tree, even smaller in between the full-grown trees. Her father’s ashes fed the tree when it was growing faster than it should. They are one now. She knows this, but she still doesn’t

move. Jiji has probably noticed her hesitation, because he takes her in his arms. Rikka feels like a hole is opening inside her, and for the first time since Jiji took her home from the hospital, she starts to cry as they walk away. What does it matter that a ginkgo signifies rebirth or that all the trees are cleaning the air so Rikka can play outside, unlike the generation before her, or that going to a cemetery now means entering the woods, transforming every forestry issue into a human one? What did anything matter, if Dad had to stay behind?

Of the last night she saw him, she remembers the noise of the rain against the windshield mixed with the sound of classical music from the station Dad always used to listen to. Rikka was sitting in the back seat, reading every sign along the road out loud. Mom and Dad were fighting in the front seat. She remembers the sound of their voices, but not what they were saying; she remembers her dad's face when he turned around to ask her to stop reading; she remembers the shame she felt, her complaints, his warning voice, and then the light that blinded her, and the sound of a horn. The sudden swerve, the crash, the silence. A smell like something burning. Arms pulled her from the car, her mom's voice coming from somewhere in between the cries of the ambulance's siren.

In her memories, the hospital is a white stain with people coming in and out of it. The next clear image is the arrival of the pot. Mom had explained to her that morning a month before how to open the capsule, how to mix the ashes with the fresh dirt to fill it, how to plant the modified seed, how to seal the capsule and attach the sensors. For a month, Rikka made a ritual out of observing how her dad became a tree, but now, as they walk away, she looks at the tree from Jiji's arms, and she can't stop remembering lying in the car, looking out the window into darkness and tree branches lit by the beam of the car's headlights.



ANDREA CHAPELA (México, 1990) has a degree in chemistry from the National Autonomous University of Mexico (UNAM) and an MFA in Spanish Creative Writing from the University of Iowa. The four books of her saga *Vãudiz* were published between 2009 and 2015 by the publishing house Urano. Some of the poems from her MFA thesis have been published and translated into English. She started translating while at the University of Iowa. In 2016, she was awarded a *Jóvenes Creadores* grant for a science fiction short story collection. Some of these stories have been published in *Samovar*, *Tierra Adentro* and *Alucinadas IV*, a Spanish anthology. She is an alumna of the Clarion West class of 2017. She lives in *La Residencia de Estudiantes* in Madrid, where she was given a grant to work on an essay collection. She continues to translate and write poetry, fiction, and non-fiction.

KELSI VANADA (North Carolina, 1987) has an MFA in Poetry from the Iowa Writers' Workshop, and an MFA in Literary Translation from the University of Iowa. Her translation of *The Eligible Age* by Berta García Faet (in Spanish, *La edad de merecer*) was published in 2018 by Song Bridge Press. Her poems and translations from Spanish and Swedish have appeared in various journals. She works as Program Manager for The American Literary Translators Association (ALTA).

RHIZOME

LIBIA BRENDA/RICHARD ZELA



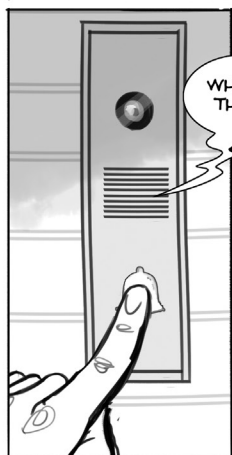
Language is a virus from Outer Space
William Burroughs (also a song from Laurie Anderson)
Transl. Libia Brenda and David Bowles.

YEAR 2043

I'M NERVOUS.

WHAT WAS THE SILENCE
MARIA LUISA

I'M GONNA MEET MY FAVORITE WRITER.



WHO IS THIS?



I'M ALEX,

I'M HERE TO INTERVIEW YOU.



PLEASE, COME IN AND WALK DOWN THE HALL.

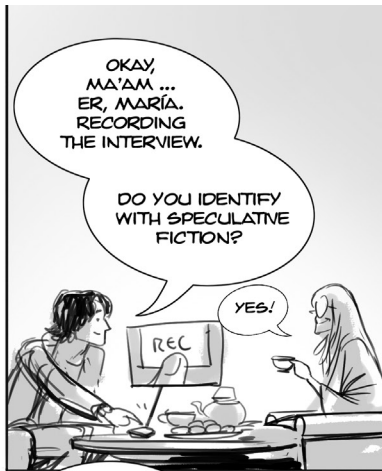


A LITTLE NERVOUS.

HAVEN'T DONE INTERVIEWS SINCE 2010.



AFTER YOU LIVE SO LONG, YOU LEARN TO LAUGH A LOT OR YOU BECOME BITTER.



OKAY, MA'AM ... ER, MARIA. RECORDING THE INTERVIEW.

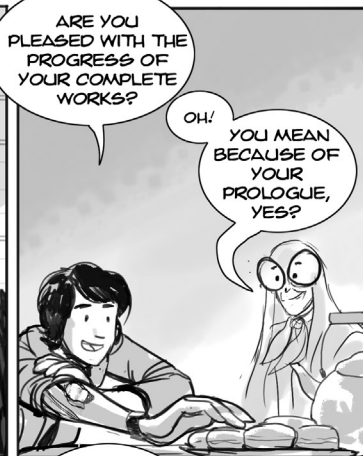
DO YOU IDENTIFY WITH SPECULATIVE FICTION?

YES!



WHY JUST SHORT STORIES AND NOT SOMETHING LONGER?

YIKES, NOT SURE WHAT TO SAY I ALWAYS PREFERRED...

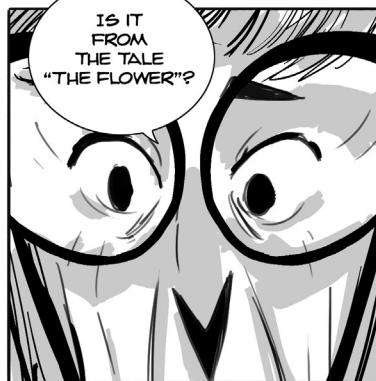


ARE YOU PLEASED WITH THE PROGRESS OF YOUR COMPLETE WORKS?

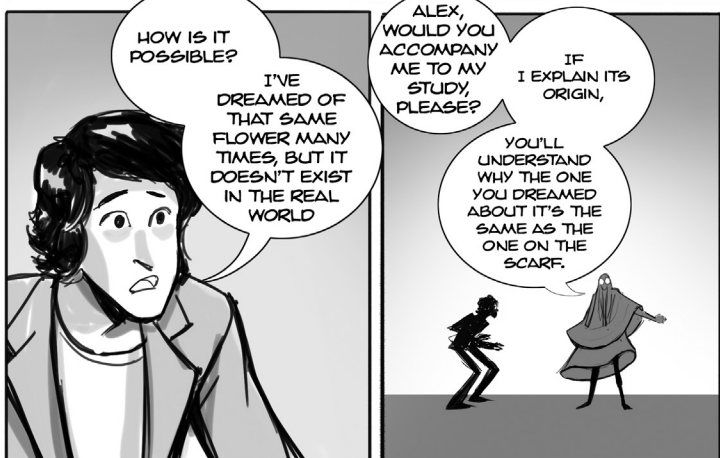
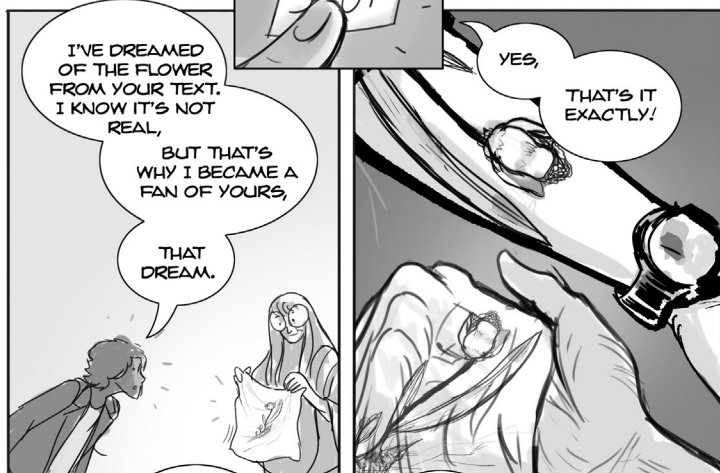
OH! YOU MEAN BECAUSE OF YOUR PROLOGUE, YES?



WHAT'S THAT DRAWING?



IS IT FROM THE TALE "THE FLOWER"?





IS IT A
TIMELINE?

WELL...
IF YOU CAN
CALL IT A LINE,
THEN YES.



OR A BUNCH
OF STORIES?
"GLUTENBERG
WAS
HANDSOME?"

ARE THESE
NOTES FOR A
SHORT STORY?
IT LOOKS
COMPLICATED.

MMM
NOT
EXACTLY.
IT'S A MAP,
FROM MY
TRAVELS.



YOUR
TRAVELS?



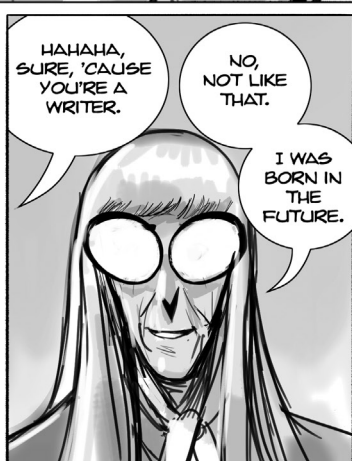
I HAVE
VISITED ALL
THOSE
MOMENTS.



YOU
MEAN,
LIKE ...
TIME
TRAVEL?

ALEX,
I KNOW HOW IT
SOUNDS, BUT
YES, I CAN TRAVEL
THROUGH
TIME.

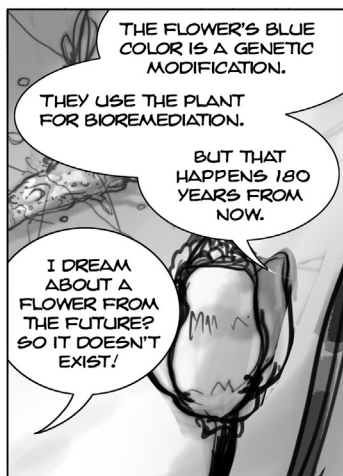
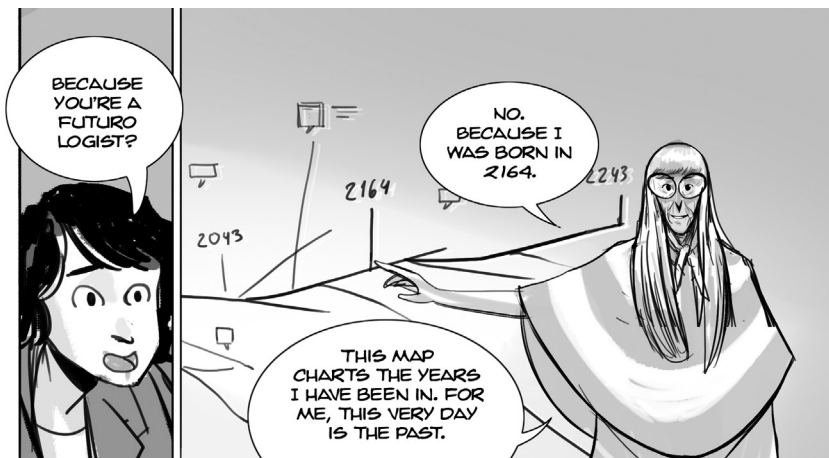
THROUGH
YOUR
STORIES?

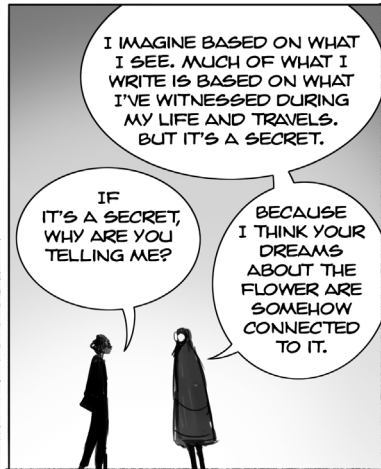
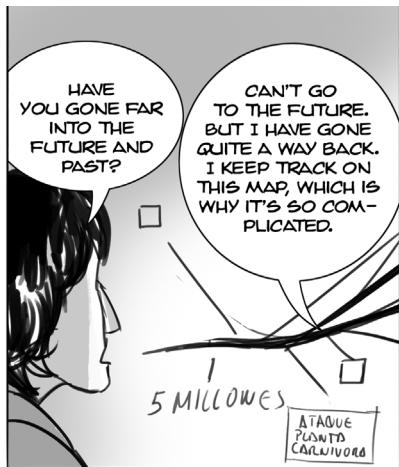
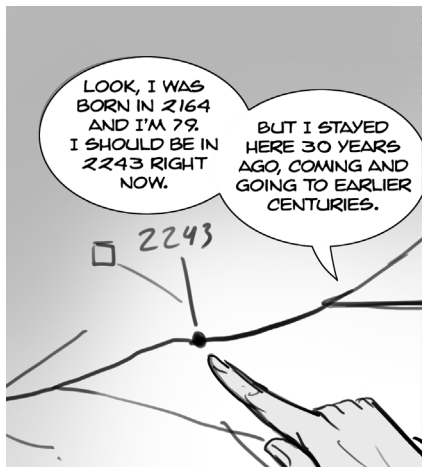


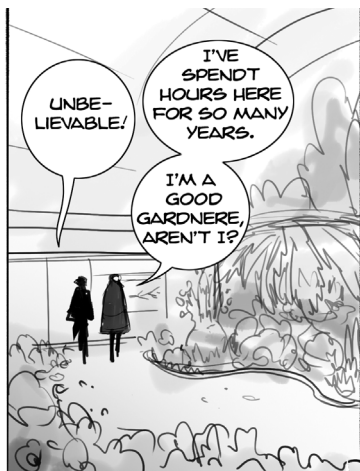
HAHAHA,
SURE, 'CAUSE
YOU'RE A
WRITER.

NO,
NOT LIKE
THAT.

I WAS
BORN IN
THE
FUTURE.



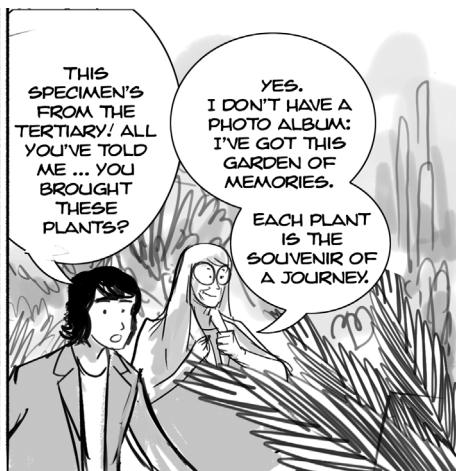




UNBELIEVABLE!

I'VE SPENDT HOURS HERE FOR SO MANY YEARS.

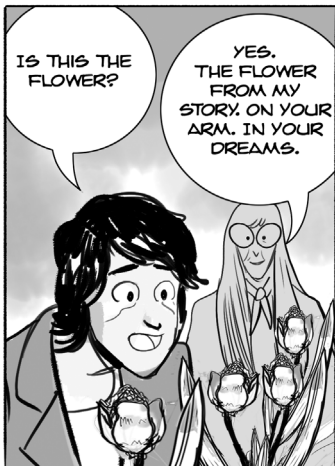
I'M A GOOD GARDNERE, AREN'T I?



THIS SPECIMEN'S FROM THE TERTIARY! ALL YOU'VE TOLD ME ... YOU BROUGHT THESE PLANTS?

YES. I DON'T HAVE A PHOTO ALBUM: I'VE GOT THIS GARDEN OF MEMORIES.

EACH PLANT IS THE SOUVENIR OF A JOURNEY.



IS THIS THE FLOWER?

YES. THE FLOWER FROM MY STORY. ON YOUR ARM. IN YOUR DREAMS.



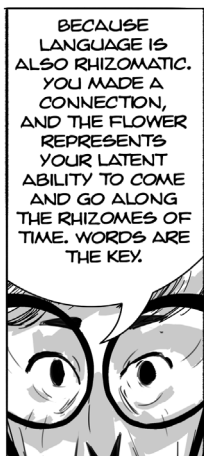
I CAN'T BELIEVE IT! IT'S REAL!

I DREAM OF A FUTURE FLOWER..

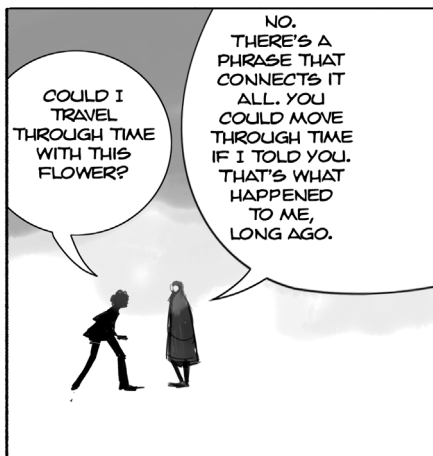
IN MY TIME, PEOPLE CALL THEM BLUE TULIPS, THOUGH THEY'RE NOT THE SAME SPECIES.



BUT HOW CAN I DREAM OF IT IF I'VE ONLY SEEN IT IN WORDS?

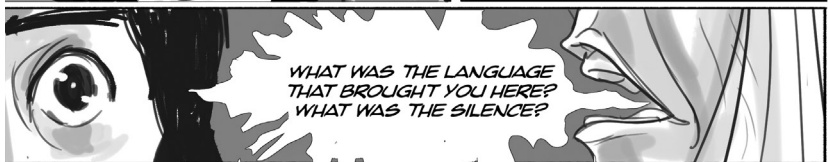


BECAUSE LANGUAGE IS ALSO RHIZOMATIC. YOU MADE A CONNECTION, AND THE FLOWER REPRESENTS YOUR LATENT ABILITY TO COME AND GO ALONG THE RHIZOMES OF TIME. WORDS ARE THE KEY.



COULD I TRAVEL THROUGH TIME WITH THIS FLOWER?

NO. THERE'S A PHRASE THAT CONNECTS IT ALL. YOU COULD MOVE THROUGH TIME IF I TOLD YOU. THAT'S WHAT HAPPENED TO ME, LONG AGO.



YEAR 2243

HOPE
HE HAD
TAKEN CARE
OF THE
GARDEN

WELCOME
HOME,
MARÍA LUISA.

IT'S GOOD
TO BE BACK

COMPLETE WORKS, MARÍA LUISA

MARÍA LUISA

-ALEX-

Dear María Luisa,

*When you arrived, I will be long gone.
I hope you like how I preserve the library, and how much
it grew year after year.*

Time travel has been ...



LIBIA BRENDA (Puebla, 1974) studied Hispanic Language and Literature, has spent the last twenty years making books, and writes science fiction and fantasy short stories. She is the co-founder of the Cúmulo de Tesla collective (@Cumulodetesla), a multidisciplinary working group that promotes the dialogue between the arts and sciences, with a special focus on science fiction. She has published stories, reviews, and essays in online and printed magazines, as well as various anthologies, such as *L'altra Penelope*, *Scrivere Donna*; *Especial Philip K. Dick*, *Así se acaba el mundo*. *Cuentos mexicanos apocalípticos*, *Futuros por cruzar: cuentos de ciencia ficción de la frontera México-Estados Unidos*. She has a secret identity dedicated to gastronomy. She's on Twitter: @tuitlibiesco

RICHARD ZELA is an Illustrator and comic artist, born in Mexico City, he studied Design and Visual Communication at National School of Plastic Arts. He has received some recognitions for his work, such as: Selected in the Young Creators FONCA scholarship, period 2012-2013 y 2017-2018 in the category of graphic narrative, First place in the 20th Catalog of Illustrators of the FILIJ, honorable mention in the 16th catalog of illustrators of FILIJ, selected in 18th Spectrum: The Best in Contemporary Fantastic Art, selected in the Catalog Expose 11 of Ballistic Publishing. *ZeZolla*, his first illustrated album, was selected to represent Mexico at the Bratislava Biennial and is part of the IBBY honor roll in the category of best illustration proposal in 2015. He currently divides his time trying to lead a healthier life, illustration and comics.

